



Jean-Jacques Rousseau

Pensamientos

@10enFilosofia

@10enFilosofía

PENSAMIENTOS

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

PUBLICADO: 1824

FUENTE: WIKISOURCE

TRADUCTOR: SANTIAGO DE ALVARADO Y DE LA PEÑA

EDITOR: IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS, MADRID

PENSAMIENTOS

DE

JUAN-JACOBO ROUSSEAU,

CIUDADANO DE GINEBRA;

O sea el espíritu de este grande hombre en sus obras
filosóficas, morales y políticas.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL ESPAÑOL

Por SANTIAGO DE ALVARADO Y DE LA PEÑA.

TOMO II.

MADRID,
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

1824.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.



PLACERES, Diversiones	Pág.	5
Teatro		7
Tragedia		16
Comedia		19
Cómicos, Cómicas		40
Música		45
Asambleas, ó reuniones de baile		49
Dibujo		52
Conversacion, Urbanidad, Arte de gobernar la casa		53
Juego		58
Amos y Criados		59
El campo		64
Pintura de la salida del Sol		68
Historia		69
Novelas		69
Viajes		86
Sátira del siglo presente		95
Hombre		117
Estudio del hombre		122
Libertad del hombre		124
Naturaleza del hombre, Inmaterialidad del alma		128
Razon		134
Entendimiento del hombre		135
Grandeza del hombre		136
Debilidad del hombre		137
Sabiduría humana		138
Hombre salvaje		140
Hombre civilizado		143
Diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje		146
El hombre comparado con el animal		149
Muger		152
Jóvenes solteras		165
Sociedad conyugal		171

Obligaciones de las madres	183
Obligaciones de los padres	188
Educacion	189
Niños	194
Adolescencia	212
Retrato y carácter de Emilio, ó del discípulo de Juan-Jacobo Rousseau á la edad de diez á doce años	219
Retrato y carácter del mismo discípulo en una edad más avanzada; de su entrada en el mundo, y como se comporta en él	227
Retrato y carácter de Sofía ó de la futura esposa de Emilio	233
Pensamientos morales	245
Pensamientos diversos	254

PLACERES, DIVERSIONES

Los placeres exclusivos son la muerte del placer.

El arte de sazonar los placeres consiste en ser avaro de ellos.

Abstenerse para gozar, es el epicurismo de la razón.

No es legítimo el placer, ni aun en el matrimonio, sino cuando es común el deseo.

Jamás amarán los corazones sensibles los placeres tumultuosos; vana y estéril felicidad de las personas que nada sienten, y que creen que atolondrar la vida, es gozar de ella.

La variedad de los deseos viene de la de los conocimientos, y los primeros placeres que se conocen, son por largo tiempo los únicos que se buscan.

El placer que un hombre quiere tener para que los otros lo vean, es perdido para todos; no lo es ni para él mismo ni para los demás.

Las verdaderas diversiones son aquellas de que se participa con el pueblo; los que quieren tenerlas para sí exclusivamente, no las tienen.

La ridiculez, que la opinión teme más que todo, está siempre á su lado para tiranizarla y castigarla. Nadie es ridículo sino con ciertas fórmulas determinadas. Quien sabe variar sus situaciones y sus placeres, borra hoy la impresión de ayer, y es como nulo en el espíritu de los hombres; pero goza, porque está entero en cada hora y en cada cosa.

Todo lo que depende de los sentidos y no es necesario para la vida, varía de naturaleza tan luego como se torna en hábito: convirtiéndose en una necesidad, deja de ser un placer, y es al mismo tiempo una cadena que uno se toma, y un goce de que se

priva. Prevenir siempre los deseos, no es el arte de contentarlos, sino el de extinguirlos.

Mudemos de gusto con los años: no disloquemos mas las edades que las estaciones: conviene ser uno en todos los tiempos, y no luchar contra la naturaleza: estos vanos esfuerzos gastan la vida y nos impiden usar de ella.

TEATRO

AL teatro es adonde conviene ir á estudiar, no las costumbres, sino el gusto: allí, mucho mas que en ninguna otra parte, es donde se manifiesta á los que saben reflexionar. El teatro no se ha hecho para la verdad, es hecho para adular, para divertir á los hombres: no hay escuela en donde se aprenda tan bien el arte de agradarles y de interesar el corazon humano.

El estudio del teatro conduce al de la poesía: ámbos tienen exactamente el mismo objeto.

El mal que se achaca al teatro no es precisamente el de inspirar pasiones criminales, sino el de disponer nuestra alma á sentimientos muy tiernos, que en seguida se satisfacen á costa de la virtud. Las dulces emociones que en él se experimentan, no tienen por sí mismas un objeto determinado, pero producen la necesidad de él: no dan precisamente el amor, pero preparan á sentirlo; no eligen la persona á quien debe amarse, pero nos obligan á hacer esta eleccion. Suponiendo que fuese cierto que en el teatro solo se pintan pasiones legítimas, ¿se sigue de aquí que las impresiones son mas débiles, y que los efectos son menos peligrosos? Como si las vivas imágenes de una ternura inocente fuesen menos dulces, menos seductoras, menos capaces de inflamar un corazon sensible, que las de un amor criminal á quien el horror del vicio sirve á lo menos de contraveneno. Cuando el patricio Manilio fué arrojado del Senado de Roma por haber dado un beso á su muger en presencia de su hija, considerando esta accion sino en sí misma, ¿que tenia de reprehensible? Nada sin duda; lejos de serlo, anunciaba un sentimiento laudable; pero los castos fuegos de la madre podian inspirarlos impuros á la hija. Esto era, pues, hacer de una accion

muy honesta un ejemplo de corrupcion. He aquí el efecto de los amores que se permiten en el teatro.

Si los héroes de algunas piezas someten el amor al deber, al admirar su fuerza prestamos el corazón á su debilidad: aprendemos menos á imitar su valor que á ponernos en el caso de necesitarlo: es, sí, mayor ejercicio para la virtud; pero quien se atreve á esponerla á estos combates, merece sucumbir á ellos. El amor, el amor mismo toma su máscara para sorprenderla; se adorna de su entusiasmo, usurpa su fuerza, afecta su language; y cuando uno se apercibe del error, ¡que tarde es ya para salir de él! ¡Cuántos hombres de buen fondo, seducidos por estas apariencias, de amantes tiernos y generosos que eran al principio, se han hecho por grados viles corruptores, sin costumbres, sin respeto á la fé conyugal, sin miramiento á los derechos de la confianza y de la amistad! ¡Dichoso aquel que sabe reconocerse al borde del precipicio, y guardarse de caer en él! ¿Debemos esperar á detenernos en medio de una carrera rápida? ¿Aprenderémos á hacernos superiores á la ternura, enterneciendonos todos los dias? Se triunfa con facilidad de una débil inclinacion; pero aquel que ha conocido el verdadero amor y ha sabido vencerle, ¡ah, perdonemos á este mortal, si existe, que se atreva á aspirar á la virtud!

Si es cierto que el hombre necesita diversiones, es menester á lo menos convenir que no son permitidas sino en cuanto son necesarias, y que toda diversion inútil es un mal para un ser cuya vida es tan corta y el tiempo tan precioso. El estado de hombre tiene sus placeres que derivan de su naturaleza y nacen de sus trabajos, de sus relaciones, de sus necesidades; y estos placeres, tanto mas dulces cuanto el que los gusta tiene el alma mas sana, hacen á cualquiera que sabe gozar de ellos poco sensible á todos los demas. Un padre, un hijo, un marido, un ciudadano, tienen deberes tan caros que llenar, que no les dejan tiempo alguno para abandonarse al fastidio; pero el descontento de sí mismo, el peso de la ociosidad, el olvido de los gustos sencillos y naturales, son los que hacen tan necesaria una diversion estraña. Yo no estoy muy bien con que necesitemos tener de continuo el corazón sobre la escena, como si estuviese mal dentro de nosotros. La naturaleza misma ha dictado la respuesta de aquel bárbaro á quien se alababa

la magnificencia del Circo y de los juegos establecidos en Roma. *¿No tienen los Romanos* (preguntó este buen hombre) *mugeres geras ni hijos?* El bárbaro tenía razón. Creemos reunirnos en el espectáculo, y allí es cabalmente donde cada uno de nosotros se aísla; allí es donde va á olvidar á sus amigos, á sus vecinos, á sus allegados, para interesarse en unas fábulas, para llorar las desgracias de los muertos, ó reír á costa de los vivos. El hombre firme, prudente, siempre igual á sí mismo, no es fácil de imitarse en el teatro; y aun cuando lo fuese, la imitación menos variada no agradaría al vulgo: este con dificultad se interesaría en una imagen que no es la suya, y en la cual no reconocería ni sus costumbres ni sus pasiones. Jamás se identifica el corazón humano con unos objetos que conoce serle absolutamente estraños. Así el hábil poeta, el poeta que sabe el arte de acertar tratándo de agradar al pueblo y á los hombres vulgares, se guarda bien de presentarles la imagen sublime de un corazón dueño de sí mismo, que no escucha más que la voz de la sabiduría; pero encanta á los espectadores con caracteres siempre en contradicción, que quieren y no quieren, hacen resonar el teatro con gritos y gemidos que nos obligan á compadecerlos aun en el mismo acto que cumple con su deber, y á pensar que la virtud es una cosa bien triste, pues que hace tan miserables á sus amigos. Por este medio, pues, es por el que, con imitaciones más fáciles y diversas, el poeta mueve y lisonjea más á los espectadores.

Este hábito de someter á sus pasiones á las gentes que se nos hace amar, altera y muda de tal modo nuestros juicios sobre las cosas laudables, que nos acostumbramos á honrar la debilidad de alma bajo el nombre de sensibilidad, y á mirar como hombres duros y sin sentimiento á aquellos en quienes la severidad del deber en todas ocasiones sobrepuja á las afecciones naturales. Al contrario, estimamos como gentes de un buen natural á aquellos que vivamente afectados de todo, son el juguete eterno de los acaecimientos; á aquellos que lloran como mugeres la pérdida de lo que amaban; á aquellos á quienes una amistad desordenada hace injustos para servir á sus amigos; á aquellos que no conocen otra regla que la ciega inclinación de su corazón; á aquellos, en fin, que

alabados siempre del sexo que los subyuga, no tienen otras virtudes que sus pasiones, ni otro mérito que su debilidad. De este modo la igualdad, la fuerza, la constancia, el amor de la justicia, el imperio de la razón, vienen á ser insensiblemente unas cualidades aborrecibles, unos vicios á quienes se desacredita. Los hombres se hacen honrar por todo lo que les hace dignos de desprecio; y este trastorno, esta ruina de las sanas opiniones, es el efecto infalible de las lecciones que vamos á tomar al teatro.

Bajo cualquier aspecto que este se mire, en lo trágico ó en lo cómico, siempre se vé que haciendonos de día en día mas sensibles por diversion y por juguete, al amor, á la cólera, y á todas las otras pasiones, perdemos toda la fuerza para resistirlas cuando nos asaltan de veras; y que el teatro, animando y fomentando en nosotros las disposiciones que convendria contener y reprimir, hace que domine lo que debería obedecer: lejos de hacernos mejores y mas felices, nos hace peores y aun mas desgraciados, y pagar a nuestra costa el cuidado que allí se tiene de agradarnos y lisonjearnos.

Nada hay que no sea bueno sobre la escena sino la razón. Un hombre sin pasiones, ó que á todas las dominase, no podría allí interesar á nadie; y ya se ha notado que un estoico en la tragedia sería un personaje insoportable, y en la comedia, cuando mas, haría reír.

El amor es el reinado de las mugeres: ellas son las que necesariamente dan en él la ley; porque segun el órden de la naturaleza las pertenece la resistencia, y los hombres no pueden vencer esta resistencia sino á costa de su libertad. Un efecto de las piezas en que domina el amor, es pues estender el imperio del sexo, hacer de las casadas y de las solteras los preceptores del público, y darlas sobre los espectadores el mismo poder que tienen sobre sus maridos ó sus amantes. ¿Y pensamos que este órden no tenga inconvenientes, y que aumentando con tanto interes el ascendiente de las mugeres, serán los hombres mejor gobernados?

La misma causa que en nuestras piezas trágicas y cómicas da el ascendiente á las mugeres sobre los hombres, le da tambien á los jóvenes sobre los ancianos; y este es otro trastorno de las

relaciones naturales, que no es menos reprehensible, pues que estando allí siempre el interes por los amantes, se sigue de aquí que los personajes mas avanzados en edad nunca pueden hacer mas que papeles subalternos, donde para formar el nudo de la intriga sirve de obstáculo á los deseos de los jóvenes amantes, y entónces son aborrecibles; ó ellos mismos son enamorados, y entónces son ridículos: *turpe senex miles*. En las tragedias se hace de ellos unos tiranos y usurpadores; en las comedias unos zelosos, unos usureros, y unos padres insoportables contra quienes todo el mundo conspira para engañarlos. He aquí bajo que aspecto tan honroso se muestra á la vejez en el teatro: he aquí que respeto se inspira á los jóvenes ácia ella. Agradezcamos al ilustre autor de *Zaira y Nanina* el haber sustraído á este desprecio al venerable *Lusiñán* y al buen viejo *Humbert*. Hay algunos otros; pero ¿basta esto para detener el torrente de la preocupacion pública, y para borrar el envilecimiento en que la mayor parte de los autores se complacen en mostrar la edad de la sabiduría, de la esperiencia y de la autoridad? ¿Quien puede dudar que el hábito de ver siempre en los ancianos unos personajes odiosos en el teatro no ayude á menospreciarlos en la sociedad, y que a acostumbrandose á confundir á aquellos que se ven en el mundo con los vejetes y los Don Roques de la comedia, no se desprecie á todos igualmente?

TRAGEDIA

LA impresion mas ventajosa de las mejores tragedias es la de reducir todos los deberes de la vida humana á algunas afecciones pasajeras, estériles y sin efecto; poco mas ó menos como sucede á esas personas urbanas que creen haber hecho un acto de caridad, diciendo á un pobre: *Dios le ampare á vmd.*

¿Por que se enternece mas bien el corazon por los males fingidos que por los males verdaderos? ¿Por que las imitaciones del teatro muchas veces nos arrancan mas lágrimas que las que nos haria verter la presencia misma de los objetos imitados? Porque las emociones que nos causan son sin mezcla de inquietud para nosotros: dando algunas lágrimas á estas ficciones, hemos satisfecho todos los deberes de la humanidad, en vez de que los infortunios reales en las personas exigirian de nosotros unos cuidados, unos

consuelos, unos trabajos que podrian asociarnos á sus pesares, que á lo menos costarian algo á nuestra indolencia, y de los que nos alegramos estar esentos. Con razon podria decirse que nuestro corazon se comprime de miedo de enternecerse á nuestra costa.

No siempre es necesario atender á la catástrofe para juzgar del efecto moral de una tragedia; pues, respecto á esto, está lleno el objeto cuando uno se interesa por el desgraciado virtuoso mas que por el culpable feliz. Asi como no hay persona alguna que no quisiese mejor ser *Britanico* que *Neron*, convengo en que debe tenerse por buena la pieza que los presenta, aunque *Britanico* perezca en ella. Pero guiados por el mismo principio, ¿que juicio formaremos de una tragedia en la que, aunque los criminales sean

castigados, se nos presentan bajo un aspecto tan favorable, que todo el interes está por ellos? ¿Una tragedia en que Caton, el mas grande de los humanos, hace el papel de un pedante; en que Ciceron, el salvador de la república, Ciceron, que de todos los que lleváron el nombre de Padres de la Patria fué el primero á quien se honró

con él, y el solo que lo mereció, se nos muestra como un vil orador retórico, un cobarde; miéntras que el infame Catilina, cubierto de crímenes que no se atreveria uno á nombrar, pronto á degollar á todos los magistrados, y á reducir la patria á cenizas, hace el papel de un grande hombre, y reúne por sus talentos, su firmeza y su valor, toda la estimacion de los espectadores? Está bien que tuviese, si se quiere, una alma fuerte; ¿pero era por esto menos un malvado detestable, y se necesitaba dar á los crímenes de un salteador de caminos, un bandido, el colorido de las espediciones de un héroe? ¿A que, pues, se dirige la moral de una pieza semejante, sino á animar á los Catilinas, y á dar á los malvados diestros premio de la estimacion pública, debido á las gentes honradas?

Oigo decir que la tragedia conduce á la piedad por el terror: sea asi enhorabuena; pero ¿cual es esa piedad? Una emocion pasagera y vana, que no dura mas que la ilusion que la ha producido; un resto de sentimiento natural, muy pronto sofocado por las pasiones; una piedad estéril, que se alimenta de alguna lágrimas, y que jamas ha producido ningun acto de humanidad. Asi lloraba el sanguinario Sila al oír la relacion de los males que él mismo no habia hecho. Asi se ocultaba el tirano Phera en el espectáculo, por miedo de que se le viese gemir con Andromaca y Priamo, miéntras que oía sin emocion los gritos de tantos desgraciados como se degollaban todos los dias de su órden.

COMEDIA

LA comedia debe representar al natural las costumbres del pueblo para quien es hecha, á fin de que por ella se corrija de sus vicios y de sus defectos, asi como delante de un espejo se quitan las manchas de la cara. Terencio y Plauto se engañaron en su objeto; pero ántes que ellos Aristofanes y Menandro habian manifestado ya á los Atenenses las costumbres atenienses, y despues el solo *Moliere* pintó con mas sencillez aun las de los Franceses del último siglo á la vista misma de estos. El cuadro ha mudado, pero sin embargo no ha vuelto á haber otro pintor. Ahora se copian en el teatro las conversaciones

de una centena de casas de Paris: fuera de esto nada se aprende en él de las constumbres de los Franceses.

Moliere se atrevió á pintar á los plebeyos y á los artesanos del mismo modo que á los marqueses: Socrates hacia hablar á los cocheros, carpinteros, zapateros y albañiles; pero los autores del dia, que son de otro porte, se creerian deshonorados si supiesen lo que pasa en el mostrador de un mercader ó en la tienda de un obrero: no necesitan sino de interlocutores ilustres, y buscan en el rango de sus personajes la elevacion que no pueden sacar de su genio.

Por fortuna la tragedia, tal como existe, dista mucho de nosotros: nos presenta ideas tan gigantescas y retumbantes, que el ejemplo de sus vicios casi no es mas contagioso que lo que es útil el de sus virtudes, y que á proporcion que ella nos instruye menos, nos daña tambien menos. Pero no sucede lo mismo con la comedia, cuyas costumbres tienen una relacion mas inmediata con nosotros, y

cuyos personajes se parecen mejor á los hombres: todo es malo y pernicioso en ella: todo es de importancia para los espectadores; y el placer mismo del cómico, fundandose sobre un vicio del corazón humano, es una consecuencia de este principio: que cuanto la comedia es mas agradable y perfecta, tanto mas funesto es su efecto para las costumbres.

Todos convienen (y cada dia se conocerá mas) en que Moliere es el autor cómico mas perfecto de los conocidos; pero ¿quien podrá dejar de convenir tambien en que el teatro de este mismo Moliere, de cuyos talentos soy el mayor admirador, no es una escuela de vicios y de malas costumbres, mas peligrosa que los libros mismos en que de intento se trata de enseñarlas? Su mayor esmero es convertir en ridículo la bondad y la sencillez, y poner la astucia y la mentira de parte de aquel á quien se toma interes. Sus personas honradas no son mas que personas que hablan; sus viciosos son personas que obran y á quienes favorecen las mas veces los mas brillantes sucesos; en fin, el honor de los aplausos que raramente es para la que mas estimacion merece, es siempre para el que es mas diestro.

Examinemos lo cómico de este autor: por todas partes hallarémos que los vicios de carácter son el instrumento, y los defectos naturales el asunto: que la malicia del uno castiga la simplicidad ó la sencillez del otro, y que los tontos son los pícaros; lo que por ser demasiado cierto en el mundo, no merece presentarse sobre el teatro con un aire de aprobación, como para escitar á las almas péfidias á castigar bajo el nombre de tontería el candor de las gentes honradas

Dat veniam corvis, vexat censura columbas.

He aquí el espíritu general de Moliere y de sus imitadores. Son gentes que, cuando mas, se burlan alguna vez de los vicios sin hacer jamas amar la virtud: de ellas decia un antiguo, que saben despavilar bien la lámpara, pero que jamas le echan aceite. He aquí como este hombre, para multiplicar sus burlas y sus chanzonetas, turba todo el orden de la sociedad; con quen escándalo da por tierra con todas las relaciones mas sagradas

sobre las cuales está fundada; como convierte en irrisión los respetables derechos de los padres como sobre sus hijos, de los maridos sobre sus mugeres, de los amos sobre sus criados. El hacer reir, es verdad, pero por eso mismo es mas culpable, pues por un encanto invencible precisa aun á los sabios á prestarse á aprobar unas burlas que deberían provocar su indignacion. Oigo decir que ataca los vicios; pero yo querria que se comparasen los que ataca con los que favorece. ¿Cual es mas vituperable, un plebeyo vano y sin talento que hace neciamente del caballero, ó un caballero bribon que le engaña? En la pieza de que hablo, ¿este último no es el hombre honrado? ¿no está el interes por él? ¿y el público no aplaude todos los engaños que hace al otro? ¿Quien es mas criminal, un aldeano bastante loco para casarse con una señorita, ó una muger que trata de deshonorar á su esposo? ¿Que se debe pensar de una pieza en que el patio aplaude la infidelidad, la mentira, la impudencia de esta muger, y se rie de la tontería del aldeano castigado? Seguramente es un gran vicio ser avaro y prestar á usura; ¿pero no lo es aun mayor en un hijo robar á su padre, faltarle al respeto, y hacerle mil insultantes reconvenciones, y responder con un aire burlon, cuando este padre irritado le echa su maldicion, que no sabe que hacer de sus regalos? Si la burla es escelente, ¿es por eso menos punible? Y la pieza en que se hace amar á este hijo insolente que la ha hecho, ¿es menos que una escuela de malas costumbres?

La comedia del *Misanthropo* nos descubre mejor que otra cualquiera la verdadera mira con que Moliere ha compuesto su teatro, y puede hacernos juzgar mejor de sus verdaderos efectos. Teniendo que agradar al público, ha consultado el gusto mas general de los que le componen: sobre este gusto se ha formado un modelo, y sobre este modelo un cuadro de los defectos contrarios, del que ha tomado sus caracteres cómicos, y distribuido las diversas acciones en sus piezas. No ha pretendido pues formar un hombre honrado, sino un hombre de mundo: por consiguiente no ha querido corregir los vicios sino las ridiculeces, y ha hallado en el vicio mismo un instrumento muy á propósito para conseguirlo. Asi, queriendo esponer á la risa pública todos los defectos opuestos á las cualidades del hombre amable, del hombre de sociedad, despues

de haber representado tantas otras ridiculeces, le ha quedado aun que representar la que el mundo perdona menos, la de la virtud: esto es lo que hace en el *Misanthropo*.

Seguramente no podrán negarseme dos cosas: una, que *Alceste* en esta pieza es un hombre recto, sincero, estimable, un verdadero hombre de bien; y la otra, que el autor hace de él un personaje ridiculo. Esto basta, á mi parecer, para hacer inescusable á Moliere. Se podria decir que ha representado en *Alceste*, no la virtud, sino un verdadero defecto, que es el aborrecimiento ó aversion á los hombres. A esto respondo, que no es cierto haya dado este aborrecimiento á su personaje. No debe engañarnos el nombre de *Misanthropo*, como si el que lo lleva fuese enemigo del género humano. Semejante aborrecimiento no seria un defecto, sino una depravacion de la naturaleza y el mayor de todos los vicios, pues que refiriendose todas las virtudes sociales á la beneficencia, nada la es tan directamente contrario como la inhumanidad. El verdadero Misanthropo es un monstruo: si fuese posible que existiese, no haria reir, causaria horror. Puede que mis lectores hayan visto en la comedia italiana una pieza intitulada: *La vida es un sueño*: si se acuerdan del héroe de esta pieza, verán en él el verdadero Misanthropo.

¿Que es pues el Misanthropo de Moliere? Un hombre de bien, que detesta las costumbres de su siglo y la malignidad de sus contemporáneos; que precisamente, porque ama á sus semejantes, aborrece en ellos los males que reciprocamente se hacen, y los vicios que son obra de estos males. Si se conmoviese menos por los errores de la humanidad, si se indignase menos de las iniquidades que vé, ¿seria él mismo mas humano? Tanto valdria sostener que un padre ama mas á los hijos de otro que á los suyos, porque se irrita de las faltas de estos, y jamas dice nada de las de aquellos.

Estos sentimientos del Misanthropo estan perfectamente desenvueltos en su papel: confieso que dice ha concebido un aborrecimiento terrible contra el género humano; pero ¿en que ocasion lo dice? Cuando llevado de cólera de haber visto á su amigo hacer traicion cobardemente á su sentir, y engañar al hombre que se lo pide, se vé aun él mismo mofado en lo mas fuerte de su cólera.

Es natural que esta cólera degenera en furia, y le haga decir entónces lo que no piensa estando sereno. Por otra parte, la razon que da de este aborrecimiento universal justifica plenamente la causa de él.

Les uns, parce qu'ils sont méchants;
Et les autres, pour être aux méchants complaisans.

Es decir: á los unos, porque son malos; y á los otros, por ser complacientes con los malos.

No es pues enemigo de los hombres, sino de la maldad de los unos, y del apoyo que esta maldad encuentra en los otros. Si no hubiese pícaros ni aduladores, amaria á todo el mundo. No hay un hombre de bien que en este sentido no sea Misanthropo, ó mas bien los verdaderos Misantrapos son los que no piensan asi.

Una prueba bien segura de que *Alceste* no es literalmente Misanthropo, es que con sus asperezas y extravagancias no deja de interesar y de agradar. Los espectadores, á la verdad, no querrian parecersele, porque tanta rectitud es incómoda; pero ninguno de ellos se enfadaria de tener que tratar con alguno que se le pareciese: lo que no sucederia si fuese el enemigo declarado de los hombres. En todas las otras piezas de Moliere el personaje ridículo es siempre aborrecible ó despreciable: en aquella, aunque *Alceste* tenga ciertos defectos reales que no dejen de merecer la risa, se experimenta sin embargo en el fondo del corazon un respeto ácia él, al que no podemos resistirnos. En esta ocasion, la fuerza de la virtud sobrepuja al arte del autor, y hace honor á su carácter.

Aunque Moliere compuso piezas muy reprehensibles, personalmente era un hombre honrado, y jamas el pincel del hombre honrado supo cubrir de colores odiosos los rasgos de la rectitud y de la probidad. Hay mas: Moliere ha puesto en boca de *Alceste* tan gran número de sus propias máximas, que muchos han creido que se quiso pintar á sí mismo. Asi pareció acreditarse en el disgusto que manifestó el patio en la primera representacion de esta pieza, no siendo sobre el soneto de la opinion del Misanthropo: porque bien se vé que esta era la del autor.

Sin embargo, este carácter tan virtuoso es representado como ridículo. Lo es con efecto bajo ciertos respectos; y lo que demuestra que la intencion del poeta es hacerlo tal, es el del amigo *Filinto* á quien pone en oposicion con el suyo. Este *Filinto* es el sabio de la pieza; uno de esos hombres honrados del gran mundo, cuyas máximas se parecen mucho á las de los picaros; uno de esas gentes tan moderadas que siempre hallan que todo va bien, porque tienen interes en que nada vaya mejor; que estan siempre contentos de todos, porque no se les da cuidado de nadie; que al derredor de una buena mesa sostienen ser falso que el pueblo tenga hambre; que con la bolsa bien provista llevan á mal que se declame en favor de los pobres; y que bien cerrada su casa, verian robar, saquear, degollar, asesinar á todo el género humano, sin compadecerse de él; puesto que Dios les ha dotado de una dulzura muy meritoria para soportar las desgracias de otro.

Ya se deja ver bien que la flema charlatana de este es muy propia para redoblar y hacer sobresalir de un modo cómico los furores del otro; y el yerro de Moliere no es el haber hecho del Misanthropo un hombre colérico y bilioso, sino el haberle dado unos arrebatos pueriles sobre unas cosas que no debían moverle. El carácter del Misanthropo no está á disposicion del poeta; está determinado por la naturaleza de su pasion dominante. Esta pasion es una violenta aversion al vicio, nacida de un amor ardiente á la virtud, y exasperada por el espectáculo continuo de la maldad de los hombres. Solo pues una alma grande y noble es susceptible de aquella aversion ó aborrecimiento. El horror y el desprecio que alimenta en ella esta pasion ácia todos los vicios que la han irritado, sirve aun para desviarlos del corazon que agita.

No quiere decir esto que el hombre no sea siempre hombre; que la pasion no le haga muchas veces débil, injusto y falto de razon; que quizá no espíe ú observe los motivos ocultos de las acciones de los otros con un secreto placer de ver la corrupcion de sus corazones; que un mal pequeño no le cause algunas veces una gran cólera, y que irritandole de intento un malvado diestro, no pueda llegar á hacerle pasar por un malvado como él; pero no es menos cierto que no todos los medios son buenos para producir estos efectos, y que deben asemejarse á su carácter para ponerlas

en uso; sin lo cual es sustituir otro hombre al Misanthropo, y pintarnoslo con unos colores que no son los suyos.

He aquí pues ácia donde debe dirigir sus defectos el carácter del Misanthropo; y he aquí tambien de lo que Moliere hace un uso admirable en todas las escenas de Alceste con su amigo, en que las frias máximas y las chanzas de este, desconcertando al otro á cada momento, le hacen decir mil impertinencias muy bien traidas; pero este carácter áspero y duro, que en la ocasion le da tanto odio y desabrimiento, le aparta al mismo tiempo de toda tristeza pueril que ningun fundamento racional tiene, y de todo interes personal muy vivo, del que de ningun modo debe ser susceptible. El encolerizarse por todos los desórdenes que está presenciando, es añadir nuevos rasgos al cuadro; pero es menester que sea frio sobre lo que se dirige directamente contra él, porque habiendo declarado la guerra á los malos, debe esperar que estos á su vez se la harán á él. Si no hubiese previsto el mal que le haria su franqueza, esta seria una imprudencia y no una virtud: el que una muger le venda, que amigos indignos le deshonren, que otros mas débiles le abandonen, debe sufrirlo sin murmurar: conoce á los hombres. Si son justas estas distinciones, Moliere ha pintado mal al Misanthropo: ¿y puede pensarse que sea por error? No, sin duda, sino porque el deseo de hacer reir á costa del personage, le ha forzado á degradarle contra la verdad del carácter.

Despues de la aventura del soneto, ¿como no espera Alceste los malos procederes de Oronte! ¿Puede admirarse cuando se le instruye de ellos, como si fuese la primera vez en su vida que hubiese sido sincero, ó la primera que su sinceridad le hubiese acarreado un enemigo? ¿No debe prepararse tranquilamente á la perdida de su pleito, lejos de mostrar anticipadamente el despecho de un niño?

Ce sont vingt mille francs qu'il m'en pourra coûter;

Mais, pour vingt mille francs, j'aurai droit de pester.

Es decir en castellano, poco mas ó menos:

Veinte mil francos solo

Será lo que me cuestes;

Pues por veinte mil francos

Quiero decir mil pestes.

Un Misanthropo no tiene necesidad de comprar tan caro el derecho de echar pestes ó invectivas contra todo el mundo, no tiene mas que abrir los ojos; y no estima bastante el dinero para creer haber adquirido en este punto un nuevo derecho por la pérdida de un pleito; pero era necesario hacer reir al patio.

En la escena con *Dubois*, cuanto mas motivo tiene Alceste para impacientarse, mas flemático y frio debe permanecer, porque la imprudencia del criado no es un vicio. El Misanthropo y el hombre colérico son dos caracteres muy diferentes, y allí era la ocasion de distinguirlos. Moliere no lo ignoraba; pero era menester hacer reir al patio.

A pique de hacer tambien reir al lector á mi costa, me atrevo á acusar á este autor de no haberse aprovechado de muy grandes conveniencias, de una gran verdad, y quizá de nuevas bellezas de situacion. Esto era hacer tal variacion en su plan, que Filinto entrase como actor necesario en el nudo de la pieza, de modo que pudiesen ponerse sus acciones y las de Alceste en una aparente oposicion con sus principios, y en una perfecta conformidad con sus caracteres: quiero decir, que era necesario que el Misanthropo estuviese siempre colérico contra los vicios públicos, y siempre tranquilo sobre las maldades personales de que él era víctima. Al contrario, el filósofo Filinto debía ver todos los desórdenes de la sociedad con una flema estoica, y enfurecerse al menor mal que se dirigiese directamente contra él. Me parece que trazando por esta idea los caracteres en cuestion, cada uno de los dos hubiera sido mas verdadero, mas teatral, y que el de Alceste hubiera hecho incomparablemente mas efecto; pero entónces el patio no hubiera podido reirse sino á costa del hombre de mundo, y la intencion del autor era que se riese á costa del Misanthropo.

Con el mismo objeto le hace decir algunas veces unas espresiones de enfado, de un gusto muy contrario á aquel que él le da. Tal es este chiste de la escena del soneto:

La peste de ta chute, empoisonneur du diable !

En eusses-tu fait une à te casser le nez !

Esto es:

¡Mal haya tu caída
Ponzoña endemoniado!
¡Ojalá tus narices
Se hubiesen aplastado!

Chiste tanto mas mal puesto en boca del Misanthropo, cuanto acaba de criticar otros mas soportables en el soneto de Oronte; y es bien estraño que el que lo ha hecho proponga un instante despues la cancion del Rey Enrique por un modelo de gusto. De nada sirve decir que se escapa esta palabra en un momento de despecho; porque el despecho nada dicta menos que chistes; y Alceste, que pasa su vida en regañar, debe haber tomado, aun regañando, un tono conforme á su espíritu.

Morbleu ! vil complaisant, vous louez des sottises !

Es decir:

¡Oh adulador maldito,
Que aplaudes las simplezas!

Asi es como debe hablar el Misanthropo colérico. Jamas vendrá bien un chiste despues de esto; pero era menester hacer reir al patio, y he aquí como se envilece la virtud. Una cosa bastante notable en esta comedia es que lo mucho que sin necesidad ha recargado el autor el papel del Misanthropo, le ha forzado á suavizar lo que era esencial al carácter; asi, miéntras que en todas sus otras piezas estan cargados los caracteres para hacer mas efecto, en esta sola lo estan para hacerla mas teatral. La misma escena de que acabo de hablar, suministra la prueba de esto. Se vé en ella á Alceste tergiversar y usar de rodeos para decir su parecer á Oronte. No es este el Misanthropo; es un hombre de mundo cortés, que le cuesta trabajo engañar á aquel que le consulta. La fuerza del carácter exigia que se le dijese ásperamente: *vuestro soneto no vale nada, arrojadlo al fuego*; pero esto hubiera quitado lo cómico que nace del embarazo en que se encuentra el

Misanthropo, y de sus *yo no digo eso* repetidos, que sin embargo en realidad son otras tantas mentiras. Si Filinto á su ejemplo le hubiese dicho en este lugar: *¡ola! ¿que dices tú, pues, traidor? ¿Que tenia que replicar?* En verdad que no merece la pena de permanecer Misanthropo para no serlo mas que á medias; porque si se permite la primera consideracion y la primera alteracion de la verdad, ¿donde estará la razon suficiente para detenerse y para no llegar á ser tan falso como un cortesano? El amigo de Alceste debe conocerle. ¿Y como se atreve á proponerle que visite á los jueces, es decir en términos políticos, que trate de corromperlos? ¿Como puede suponer que un hombre capaz de renunciar aun á las conveniencias por amor á la virtud, lo sea de faltar á sus deberes por interes? ¡Solicitar á un juez! No es necesario ser Misanthropo, basta ser hombre de bien para no hacerlo. En todo lo que haria al Misanthropo tan ridículo, no haria mas que el deber de un hombre honrado; y desde luego desempeñaría mal su carácter si su amigo supusiese que podia faltar á él.

Si el autor hábil deja obrar alguna vez á este carácter en toda su fuerza, es solamente cuando esta fuerza hace la escena mas teatral, y produce un cómico de contraste ó de situacion mas sensible. Tal es, por ejemplo, el humor taciturno y silencioso de Alceste, y en seguida la censura intrépida y vivamente apostrofada de la conversacion en casa de la coqueta.

Allons, ferme, poussez mes bons amis de cour.

Es decir:

¡Vamos! ¡firme! esfuerzaos, mis buenos amigos cortesanos.

Aquí ha marcado el autor fuertemente la distincion del maldiciente y del Misanthropo. Este, en medio de su humor acre y mordaz, abjura la calumnia y detesta la sátira: los vicios públicos, los malos en general, son los que ataca; la baja y secreta maledicencia es indigna de él; la desprecia y aborrece en los otros; y cuando habla mal de alguno, principia por decirselo á él mismo en su cara. Asi durante toda la pieza, en ninguna parte hace mas efecto que en esta

escena, porque en ella es lo que debe ser, y porque si hace reír al patio, las gentes moderadas no se avergüenzan de haber reído.

Pero en general no puede negarse que si el Misanthropo fuera más Misanthropo, sería mucho menos agradable, porque su franqueza y su firmeza no admitiendo nunca rodeos, jamás le dejarían en el embarazo. No es por consideración por lo que el autor suaviza alguna vez su carácter; es, por el contrario, para hacerle más ridículo.

Otra razón le obliga aun á ello, y es que el Misanthropo de teatro, teniendo que hablar de lo que vé, debe vivir en el mundo, y por consecuencia templar su rectitud y sus modales por algunos de esos respetos de mentira y de falsedad, que forman la política ó cortesía que el mundo exige de cualquiera que quiere que se le aguante en él. Si se mostrase de otro modo, no harían efecto sus discursos. El interés del autor es hacerle ridículo, pero no loco, y esto es lo que recería á los ojos del público, si fuese enteramente sabio.

Cuesta sentimiento dejar esta admirable pieza, cuando uno ha principiado á ocuparse de ella: cuanto más se examina, más bellezas se la descubren. Pero en fin, pues que, sin contradicción, de todas las comedias de Moliere es esta la que contiene la mejor y más sana moral, por ella juzgamos de las demás, y convenimos en que siendo la intención del autor agradar á los ánimos corrompidos, ó su moral conduce al mal, ó el falso bien que predica es más peligroso que el mal mismo: convenimos en que seduce por una apariencia de razón; en que hace preferir el uso de las máximas del mundo á la exacta probidad; en que hace consistir la sabiduría en cierto medio entre el vicio y la virtud; y en fin, convenimos en que para mayor consuelo de los espectadores, les persuade que, para ser hombre de bien, basta no ser un malvado descubierto.

CÓMICOS, CÓMICAS

¿QUE es el talento del cómico? El arte de contrahacerse, de revestirse de otro carácter que el suyo, de parecer diferente de lo que es, de apasionarse á sangre fría, de decir otra cosa de lo que piensa, tan naturalmente como si en realidad la pensase, y de olvidar en fin su propio lugar á fuerza de tomar el de otro. ¿Que es la profesion del cómico? Un oficio por el cual se da en representación por el dinero, se somete á la ignominia y á las afrentas, y cuyo derecho á hacérselas se compra, poniendo de este modo públicamente su persona en venta. Yo invito á todo hombre sincero á que diga si no siente en el fondo de su alma, que en este tráfico de sí mismo hay algo de servil y de bajo. Vosotros, filósofos, que pretendéis ser tan superiores á las preocupaciones, ¿no os moriríais de vergüenza si disfrazados vilmente en reyes os fuese preciso ir á hacer á vista del público un papel diferente del vuestro, y esponer vuestras magestades á la gritería del populacho? ¿Que es pues en realidad el talento que el cómico recibe de este estado? Una mezcla de bajeza, de falsedad, de ridículo orgullo, y de indigno envilecimiento, que le hace comun á toda clase de personajes, á escepcion del mas noble de todos, esto es, el de hombre que abandona. Yo sé que el ejercicio del cómico no es el de un pícaro que quiere engañar; que no pretende que se le tenga en efecto por la persona que representa, ni que se le crea poseido de las pasiones que imita, y que dando esta imitacion por lo que realmente es, la hace enteramente inocente. Asi yo no le acuso de ser precisamente un engañador, sino de cultivar por oficio el talento de engañar y de ejercitarse en unos hábitos que no pudiendo ser

inocentes sino en el teatro, no sirven en cualquiera otra parte sino para hacer mal. Estos hombres tan ataviados, tan bien ejercitados en el tono de la galantería y en los acentos de la pasión, ¿no abusarán jamás de este arte para seducir á los jóvenes? Esos criados rateros, tan sutiles de lengua y de manos sobre la escena, en la necesidad de un oficio mas dispendioso que lucrativo, ¿no tendrán jamás algunas travesuras útiles? ¿No tomarán alguna vez la bolsa de un hijo pródigo ó de un padre avaro por la de *Leandro* ó la *Argante*?^[1] Por todas partes la tentación de hacer mal se aumenta con la facilidad de hacerlo; y es necesario que los cómicos sean mas virtuosos que los otros hombres, sino son mas corrompidos. Ostentando un cómico sobre la escena otros sentimientos que los suyos, diciendo únicamente lo que se le hace decir, representando muchas veces un ser quimérico, se anonada, por decirlo así, se hace nulo con su héroe, y en este olvido del hombre, si de él resta alguna cosa, es para ser el juguete de los espectadores. ¿Y que diré de aquellos que parece temen valer demasiado por sí mismos, y se degradan hasta representar unos personajes a los cuales les disgustaría parecerse? Sin duda es un gran mal ver tantos malvados en el mundo hacer el papel de hombres de bien; pero ¿hay nada mas odioso, mas chocante y mas bajo, que un hombre de bien haciendo en la comedia el papel de un malvado, y desplegando todo su talento para hacer valer máximas criminales que á él mismo le causan horror?

Si en todo esto no se vé mas que una profesion poco decente, se debe tambien ver una fuente de malas costumbres en el desorden de las actrices, que fuerza y arrastra consigo el de los actores; pero ¿por que es inevitable este desorden? ¡Ah! ¿Por que? En cualquier otro tiempo no habria necesidad de preguntarlo; pero en este siglo en que tan soberbiamente reinan las preocupaciones y el error bajo el nombre de filosofía, embrutecidos los hombres por su vano saber, han cerrado su espíritu á la voz de la razón, y su corazón á la de la naturaleza.

¿Como un estado como el de cómica, cuyo único objeto es manifestarse al público, y (lo que es peor) manifestarse por dinero, convendría á unas mugeres honestas, y seria compatible con la

modestia y las buenas costumbres? ¿Hay acaso necesidad de disputar sobre las diferencias morales de los sexos, para conocer cuan difícil es que la que se pone en precio en representación no se ponga muy luego en persona, y no procure alguna vez satisfacer unos deseos que ella cuida tanto de escitar? ¡Que! á pesar de las mas esquisitas precauciones, una muger honesta y sagaz, aunque no se esponga sino al menor peligro, se vé apurada para preservar su corazon; y esas jóvenes atolondradas, sin otra educacion que un hábito constante de liviandad y ligereza, ejercitadas en representaciones amorosas, vestidas con poca decencia, siempre rodeadas de una juventud fogosa y atrevida, en medio de los dulces ecos del amor y del placer, ¿podrán resistir á su edad, á su corazon, á los objetos que las cercan, á los requiebros que las prodigan, á las ocasiones continuas, aloro á que ya anticipadamente estan medio vendidas? Era necesario que fuésemos escesivamente fatuos para que tal nos persuadieran.

Un cómico que tiene modestia, costumbres y honradez, es doblemente estimable, pues que en ello muestra que el amor á la virtud escede en él á todas las pasiones del hombre y al ascendiente de su profesion. El único yerro que se le puede imputar, es haberla abrazado; pero demasiadas veces un estravío de juventud decide de la suerte de la vida; y cuando uno se siente con un verdadero talento, ¿quien puede resistirse á su atractivo? Los grandes actores llevan consigo mismos su escusa; á los malos es á los que es menester despreciar.

1. ↑. Se ha censurado esto como exagerado y como ridículo, y se ha censurado con razón. No hay vicio del que sean menos acusados los cómicos que el de la ratería o robo. Su oficio, que les ocupa mucho y aun les da sentimientos de honor bajo ciertos respectos, les aparta de semejante bajeza. Dejo este pasaje porque me he impuesto por ley no quitar nada; pero lo desmiento altamente como una gran injusticia. *Nota de Rousseau en su carta al señor d'Alembert sobre los espectáculos.*

MÚSICA

TODA música no puede componerse sino de estas tres cosas: melodía ó canto, armonía ó acompañamiento, movimiento ó compas.

La armonía no es mas que un accesorio lejano en la música imitativa. No hay en la armonía, propiamente tal, ningun principio de imitacion: ella es verdad que asegura las entonaciones, testifica de su exactitud; y haciendo mas sensibles las modulaciones, añade energía á la espresion y gracia al canto; pero de la sola melodía es de donde sale esta potencia invencible de los acentos apasionados: de ella deriva todo el poder de la música sobre nuestra alma.

Formemos las mas sabias series

de conciertos sin mezcla de melodía, y nos hallarémos fastidiados al cuarto de hora; pero unos bellos cantos sin ninguna armonía resisten largo tiempo á la prueba del fastidio. Que anime el acento del sentimiento á los cantos mas sencillos, y ellos serán interesantes. Al contrario, una melodía que no habla, canta siempre mal, y la armonía sola jamas ha sabido decir nada al corazon.

Como la armonía tiene su origen en la naturaleza, es la misma para todas las naciones, ó si tiene algunas diferencias, son introducidas por las de la melodía; asi, pues, solamente de esta es necesario sacar el carácter particular de una música nacional; con tanta mas razon quanto este carácter dandose principalmente por la lengua, el canto propiamente tal debe resentir su mayor influencia. Pueden concebirse unas lenguas mas propias que otras para la música, y otras que absolutamente no serian á propósito para ella: tal podria ser una que solo se compusiese de sonidos mixtos, de

sílabas mudas, sordas ó nasales, pocas vocales sonoras, muchas consonantes y articulaciones. ¿Que resultaria de la música aplicada á tal lengua? En primer lugar, el defecto de fuerza ó espresion en el sonido de las vocales obligaria á darla mucha al de las notas; y como la lengua seria sorda, la música seria chillona: en segundo lugar, la dureza y la frecuencia de las consonantes forzaria á escluir muchas palabras, y á no proceder en las otras sino por entonaciones elementales, y la música seria insípida y monotoná: su marcha seria ademas lenta y fastidiosa por la misma razon, y aun cuándo se quisiese avivar un poco el movimiento, su velocidad pareceria á la de un cuerpo duro y anguloso que rueda sobre un empedrado. El compas, esto es, la tercera parte esencial de la música, es poco mas ó menos para la melodía lo que la sintáxis para el discurso: él es el que forma el encadenamiento de las palabras, el que distingue las frases, y el que da un sentido, una union al todo. Toda música de la cual no se conoce el compas, se parece, si el defecto viene del que la ejecuta, á una escritura en cifra, de la que es menester precisamente hallar la clave para encontrar el sentido de ella; pero si en efecto esta música no tiene compas sensible, entónces no es mas que una coleccion confusa de palabras tomadas por casualidad y escritas sin consecuencia, en las cuales no encuentra el lector ningun sentido, porque el autor no ha puesto ninguno en ellas. El compas depende tambien de la lengua, y singularmente del atributo llamado *Prosodia*: esto es evidente, porque es preciso que el compas siga las combinaciones de los breves y los largos que se hallan siempre en una lengua. Mas supongamos una nacion cuya lengua no tuviese mas que una mala prosodia, es decir, una prosodia poco botada, sin exactitud y sin precision; que los largos y los breves no tuviesen entre sí, en duraciones y en números, unas relaciones sencillas y propias para hacer la rima agradable, exacta y regular; que tuviese unos largos que lo fuesen mas ó menos unos que otros; unos breves que igualmente lo fuesen mas ó menos; unas sílabas ni breves ni largas, y en fin que las diferencias de unas y otras fuesen indeterminadas y casi inconmensurables: es claro que la música nacional, hallandose precisada á recibir en su compas las irregularidades de la prosodia, solo tendria una suerte vaga, desigual y muy poco sensible; que el

recitativo sobre todo se resentiría de esta irregularidad; que no se sabría casi como hacer convenir con ella los valores de las notas y los de las sílabas; que sería forzoso mudar en ellas el compas á cada momento; que jamas se podrian hacer los versos en una rima exacta y cadenciosa; y que aun en los aires compasados todos los movimientos serian poco naturales y sin precision.

El hombre tiene tres clases de voz, á saber: la voz parlante ó articulada, la cantante ó melodiosa, y la patética ó acentuada, que sirve de lenguaje á las pasiones, y anima el canto y la palabra. Una música perfecta es la que mejor reune estas tres voces.

ASAMBLEAS Ó REUNIONES DE BAILE

JAMAS he concebido bien por que nos espantamos tanto del baile y de las reuniones que él ocasiona, como si hubiese un daño mayor en bailar que en cantar; como si cada una de estas diversiones no fuese igualmente una inspiracion de la naturaleza, y fuese ua crimen regocijarse en comun por una recreacion inocente y honesta. Por lo que á mí

toca, pienso lo contrario; esto es, que siempre que hay reunion de los dos sexos, toda diversion pública se hace inocente, por lo mismo que es pública, en vez de que la ocupacion mas laudable es sospechosa á solas. El hombre y la muger estan destinados el uno para el otro; el fin de la naturaleza es que se reunan por el matrimonio. Toda religion falsa combate la naturaleza: la nuestra sola, que la sigue y la rectifica, anuncia una institucion divina y conveniente al hombre. Ella no debe, pues, añadir en el matrimonio, á los embarazos del órden civil, dificultades que el evangelio no prescribe, y que son contrarias al espíritu del cristianismo. Pero que se me diga de buena fé, ¿en donde los jóvenes que se hallan ya en disposicion de casarse tendrán mejor ocasion de inclinarse el uno al otro, y de verse con mas decencia y circunspeccion, que en una reunion en que la vista del público, fija incesantemente sobre ellos, les fuerza á observarse con mayor cuidado? ¿Acaso puede Dios ofenderse por un ejercicio agradable y saludable, conveniente á la vivacidad de la juventud, que consiste en presentarse los jóvenes uno á otro con gracia y recato, y en el cual el espectador impone una gravedad de que nadie se atreveria á salir? ¿Se puede imaginar un medio mas honesto de no engañar á nadie, á lo menos en cuanto

á la figura, y demostrarnos, con los atractivos ó defectos que podemos tener, á las gentes interesadas en conocernos bien ántes de obligarse á amarnos? El deber de amarse recíprocamente ¿no excede al de agradarse, y no es un cuidado digno de dos personas virtuosas y cristianas que tratan de unirse, el de preparar asi sus corazones al amor mutuo que Dios les impone? ¿Que sucede en aquellos parages en donde reina una eterna violencia, en donde los jóvenes de ambos sexos jamas se atreven á juntarse en público, y en donde la severidad de un *Pastor*^[1] no sabe predicar en nombre de Dios mas que un trabajo ó una compresion servil, la tristeza y el fastidio? Pero una tiranía insoportable, tal como esta, que la naturaleza y la razon desaprueban, se elude: á los placeres de que se priva á una juventud alegre y juguetona, esta sustituye otros mas peligrosos. Las reuniones á solas ó de silla á silla, diestramente concertadas, ocupan el lugar de las públicas. A fuerza de ocultarnos como si fuésemos culpables, nos hallamos tentados á serlo. La inocente alegría gusta evaporarse en plena luz, pero el vicio ama las tinieblas: jamas la inocencia y el misterio habitáron largo tiempo juntos.

1. ↑ No es estraño que Rousseau se espresese asi, puesto que profesaba la religion protestante. (*Nota del traductor.*)

DIBUJO

EL artista para hacer felizmente un dibujo no debe verle tal como esté en su papel, sino tal como está en la naturaleza. El lapiz no distingue una rubia de una morena, pero la imaginación que le guía debe distinguirlas. El buril marca mal los claros y las sombras, si el gravador no imagina también los colores. Lo mismo sucede en las figuras de movimiento; es menester ver lo que precede y lo que sigue, y dar una cierta latitud al tiempo de la acción, sin la cual jamás se comprenderá bien la unidad del momento que es necesario expresar. La habilidad del artista consiste en hacer imaginar al espectador muchas cosas que no están sobre la lámina, y esto depende de una feliz elección de circunstancias, de las cuales las que él presenta hacen suponer las que omite.

CONVERSACIÓN, URBANIDAD, ARTE DE GOBERNAR LA CASA

EL hablar mucho viene necesariamente ó de la presuncion de tener talento, ó del valor que damos á bagatelas de las que neciamente creemos que los demas hacen tanto aprecio como nosotros. El que conoce bastantes cosas para dar á todas su verdadero valor, jamas habla mucho, porque sabe apreciar igualmente la atencion que se las da, y el interes que puede tomarse en sus discursos.

Generalmente las gentes que saben poco hablan mucho, y las que saben mucho hablan poco: es natural que un ignorante tenga por importante todo lo que él sabe, y lo diga á todo el mundo; pero un hombre instruido no abre fácilmente su repertorio: tendría demasiado que decir, y vé que aun hay mas que decir despues de hablar él, y se calla.

El talento de hablar ocupa el primer rango en el arte de agradar: por él solo se pueden añadir nuevos encantos á aquellos á los cuales el hábito acostumbra á los sentidos. El talento es el que no solamente vivifica el cuerpo, sino que en cierto modo le renueva; por la sucesion de los sentimientos y de las ideas anima y varia la fisonomía, y por los discursos que inspira la atencion (suspensa entónces), sostiene largo tiempo el mismo interes sobre el mismo objeto.

El tono de la buena conversacion es suave y natural; no es pesado ni frivolo; es sabio sin pedantería, alegre sin ruido, político sin afectacion, cortés sin insipidez, y placentero sin equívoco. No deben hacerse disertaciones ni epigramas en la conversacion: en

ella se razona sin argumentar, se chancea sin juego de palabras; deben asociarse con arte el talento y la razon, las máximas y los pensamientos agudos, la ingeniosa chanza y la moral austera. En la conversacion se habla de todo para que cada uno tenga algo que decir: no se profundizan las cuestiones para no fastidiar; se las propone como de paso, ó se las trata con rapidez: la precision conduce á la elegancia; cada uno dice su parecer y le apoya con pocas palabras: nadie ataca con calor el de otro: nadie defiende tercamente el suyo: se disputa para ilustrarse: se debe prevenir toda disputa: de este modo cada uno se instruye, cada uno se divierte, y todos quedan contentos; y el sabio mismo puede sacar de estas conversaciones objetos dignos de ser meditados en silencio.

La verdadera urbanidad consiste en mostrar benevolencia á los hombres: el interes sencillo de la humanidad, el simple y espresivo desahogo de una alma franca tienen un language muy diferente de las falsas demostraciones de la cortesía, y de los engañosos rodeos que exige el trato del mundo. Es bien de temer que aquel que, desde la primera vez que nos vé, nos trata como un amigo de veinte años, nos trate al cabo de veinte años como un desconocido si se nos ofrece exigir de él algun servicio importante. Cuando vemos á tantos hombres disipados tomar un interes tierno por muchas gentes, puede fácilmente presumirse que no le toman por nadie. En general la urbanidad de los hombres es mas officiosa, la de las mugeres mas agasajadora. Entro, por ejemplo, en una casa abierta en la que los dos amos de ella hacen juntamente los honores. Ambos tienen la misma educacion, ámbos tienen igual política; ámbos estan igualmente llenos de gusto y de talento: ámbos en fin animados del mismo deseo de recibir gente, y de contentar á todos y cada uno en particular. El marido no omite medio alguno para atender á todas partes: va, viene, da la vuelta y se toma mil fatigas; en fin querría ser todo ojos. La muger se está quieta; un pequeño círculo de personas se reúne en su derredor, que parece ocultarla todo el resto de las demas; pero sin embargo nada pasa que no note, no sale persona de su casa á quien no haya hablado: nada ha omitido de lo que podía interesar á todos: no ha dicho nada á cada uno que no sea agradable; y sin turbar el orden, el último de la

compañía no ha sido menos atendido que el primero. Se trata de un convite: se ponen á la mesa los convidados; el hombre instruye á todos ellos para que se coloquen, y lo hará segun sabe: la muger, sin saber nada, no se engañará en ello: ya habrá leído en los ojos y en el porte de los convidados todas las conveniencias, y cada uno se hallará colocado segun quiere estarlo. No digo por esto que en el servicio no se haya olvidado á nadie: el dueño de la casa, dando la vuelta, habrá podido olvidar á alguna persona, pero la muger adivina lo que se mira con gusto, y lo ofrece; y hablando con el que tiene á su lado, tiene la vista al fin de la mesa: distingue quien no come porque no tiene hambre, del que no se atreve á servirse ó pedir, por ser poco esperto ó tímido. Al levantarse de la mesa, cada uno cree que no ha cuidado mas que de él solo: todos piensan que no ha tenido tiempo para comer un solo bocado; pero la verdad es que ha comido mas que nadie. Cuando todo el mundo se ha ido, se habla de lo que ha pasado: el hombre cuenta lo que se le ha hablado, y lo que han dicho y hecho aquellos con quienes ha conversado. Si sobre esto no es siempre la muger la mas exacta, en desquite ella ha visto lo que se ha dicho en secreto al otro extremo de la sala: sabe lo que alguno ha pensado, á que se dirigía tal proposicion ó tal gesto; y apénas se ha hecho un movimiento espresivo al cual no haya dado una pronta interpretacion, y casi siempre conforme á la verdad.

JUEGO

El juego no es una diversion del hombre rico, es el recurso de un ocioso.

El interes del juego, careciendo de motivo en la opulencia, jamas puede convertirse en una pasion desordenada sino en un espíritu dañado.

Las ganancias que un hombre rico puede hacer al juego le son siempre menos sensibles que las pérdidas; y como la forma de los juegos moderados (que a la larga consumen el beneficio) hace que en general se vaya mas en pérdidas que en ganancias, no puede uno razonando bien aficionarse mucho á una diversion en que se tienen contra sí los riesgos de toda especie.

Quien alimenta su vanidad con las preferencias, ó sean los favores de la fortuna, puede buscarlas en objetos mucho mas vivos; y estas preferencias no se notan menos en el juego mas pequeño que en el mas grande.

La aficion y el gusto al juego, fruto de la avaricia y del fastidio, no nacen sino en un espíritu y un corazon vacíos.

Raramente se vé á los que meditan mucho darse demasiado al juego, que suspende este hábito ó le convierte sobre áridas combinaciones; asi pues, uno de los bienes, y quizá el único que ha producido el gusto de las ciencias, es amortiguar un poco esta sórdida pasion: mejor querria uno ejercitarse en probar la utilidad del juego, que entregarse á él.

AMOS Y CRIADOS

Toda casa bien arreglada es la imágen del alma del dueño. Los techos dorados, el lujo y la magnificencia no anuncian otra cosa que la vanidad del que los ostenta, en vez de que en todas partes donde veamos reinar el orden sin tristeza, la paz sin esclavitud, la abundancia sin profusion, digamos con confianza: Un ser dichoso es el que manda aquí.

Un padre de familia que vive con gusto en su casa ó hacienda, tiene por premio de los cuidados que se toma por ella el goce continuo de los mas dulces sentimientos de la naturaleza. Solo entre todos los mortales es dueño de su propia felicidad, porque es feliz como Dios mismo (permítaseme decirlo así), sin desear nada mas que lo que goza: como este Ser inmenso, no piensa en estender sus posesiones, sino en hacerlas verdaderamente suyas por las relaciones mas perfectas y la mas arreglada direccion. Si no se enriquece por nuevas adquisiciones, se enriquece poseyendo mejor lo que tiene: ántes no gozaba sino de las rentas de sus tierras, ahora goza tambien de estas mismas, presidiendo á su cultura y recorriéndolas sin cesar: le era extraño su criado, hace su fortuna y la de su hijo, y se le apropia; no tenia derecho sino sobre las acciones, y se le adquiere sobre las voluntades; en fin, no era amo sino á precio de plata, y consigue serlo por el sagrado imperio de la estimacion y de los beneficios.

Es un gran error en la economía doméstica, así como en la vida civil, querer combatir un vicio por otro, ó formar entre ámbos una especie de equilibrio, como si lo que mina los fundamentos del

orden pudiese jamas servir para establecerlo; por esta mala policia no se hace otra cosa que reunir todos los inconvenientes. Los vicios tolerados en una casa no reinan solos en ella; dejemos germinar uno, y en seguida nacerán mil.

En una casa en que el amo es querido y respetado sinceramente, mirandose todos sus criados como perjudicados en las pérdidas que le pusiesen menos en estado de recompensar á uno que le sirve bien, son igualmente incapaces de tolerar en silencio el daño que quisiese hacerle alguno de ellos. Es seguramente una policia bien sublime la que sabe transformar asi el vil oficio de acusador en una funcion de celo, de integridad y de valor, tan noble ó á lo menos tan laudable como lo era entre los Romanos.

El precepto de cubrir las faltas de su prójimo no se refiere sino á aquellas que no hacen daño á nadie: una injusticia que se vé, y se calla perjudicando á un tercero, la comete uno mismo; y como solamente el sentimiento de nuestros propios defectos es el que nos obliga á perdonar los de otro, nadie quiere tolerar á los bribones, á menos que el que los encubre no lo sea tambien. Estos principios, en general verdaderos de hombre á hombre, son aun mucho mas rigurosos en la estrecha relacion de criado á amo.

¿Que pensáremos de esos amos indiferentes á todo menos á su interes, que no quieren mas que ser bien servidos, sin inquietarse por lo demas que hacen sus criados? Los que solo se contentan con ser bien servidos, no lo serán largo tiempo: las uniones muy íntimas entre los dos sexos jamas producen sino mal: de los conciliábulos que se forman entre las criadas y camareras nacen la mayor parte de los desórdenes de una casa. La armonía ó buena inteligencia de los hombres y las mugeres entre sí no es bastante seguridad para sacar consecuencia alguna; pero sin embargo entre hombres y mugeres se establecen siempre esos ocultos monopolios que á la larga arruinan las familias mas opulentas.

La insolencia de los criados anuncia mas bien un amo vicioso que débil; porque nada les da tanta audacia como el conocimiento de sus vicios, y todos los que descubren en él son otras tantas dispensas de obedecer á un hombre á quien ya no podrían respetar.

Los criados imitan á los amos; mas imitandolos groseramente, manifiestan en su conducta los defectos que en estos oculta mejor

el barniz de la educación.

Quien no se incomoda viendose despreciado y aborrecido de sus criados, y se cree sin embargo bien servido de ellos, es porque se contenta con ver una exactitud aparente, sin cuidarse de mil males secretos que incesantemente le hacen, y cuyo origen jamas percibe. Pero ¿donde está el hombre, se me dirá, tan falto de honor para poder soportar los desprecios de todos los que le rodean? ¿donde la muger bastante perdida para ser insensible á los ultrajes? ¿Cuántas señoras en Paris y Londres se creen muy honradas y respetadas, y se derretirian en lágrimas si oyesen lo que se dice de ellas en su antecámara? Felizmente para su reposo se tranquilizan sobre esto, teniendo por imbéciles á estos Argos, lisonjeandose de que nada ven de lo que ellas mismas no se dignan ocultarles. Asi los criados en su sediciosa obediencia casi no les ocultan á su vez el desprecio que les merecen. En fin, amos y criados conocen mutuamente que no vale la pena el hacerse estimar unos de otros.

En todas las cosas el ejemplo de los amos es mas fuerte que la autoridad, y no es natural que sus criados quieran ser mas honrados que ellos.

Si se examina de cerca la policía de las casas grandes, se vé claramente que es imposible á un amo que tiene veinte criados llegar á saber si hay entre ellos un hombre de bien, y que no tome por tal al mas malo y bribon de todos. Esto solo podria disgustar á cualquiera de contarse en el número de los ricos. Uno de los mas dulces placeres de la vida, el de la constancia y estimacion, es nulo para estos desgraciados: seguramente compran bien caro todo su oro.

EL CAMPO

El trabajo del campo es muy agradable de considerar, y nada tiene bastante penoso en sí mismo que escite á compasion. El objeto de la utilidad pública y privada le hace interesante, y aun es la primera vocacion del hombre; ofrece al espíritu una idea muy halagüeña, y al corazon todos los encantos de la edad de oro. La imaginacion no permanece fria é indiferente al aspecto de la labranza y de las mieses: la simplicidad de la vida pastoral y campestre tiene siempre alguna cosa que conmueve, al ver

los prados cubiertos de gente que siega la yerba, cantando alegremente, y los ganados esparcidos á lo largo, sin saber por que se enternece uno. Asi la voz dé la naturaleza ablanda muchas veces nuestros corazones, y aun cuando se la oiga con un sentimiento inútil, es sin embargo tan dulce que jamas se la oye sin placer.

Las gentes de la ciudad no saben amar el campo, ni aun estar en él: apénas cuando lo estan, saben lo que allí se bace: se desdeñan de sus trabajos y de sus placeres, porque los ignoran: ¿y es estraño que les disguste, estando en él como en pais estrangero? Es menester ser aldeano, ó no ir al campo; porque ¿que es lo que se va á hacer allí? Los habitantes de Paris que creen ir al campo, no van á él, llevan á Paris consigo. Los cantores, los talentos, los autores y los parasitos forman la comitiva que les sigue. El juego, la música y la comedia son en él su ocupacion: si añaden á ella alguna vez la caza, la hacen con tanta comodidad, que no tienen la mitad de fatiga ni disfrutan la mitad del placer. Su mesa está cubierta y servida como en Paris: comen á las mismas horas que allí, se les sirven los mismos manjares

con el mismo aparato; hacen las mismas cosas; en fin, tanto valdría estar en Paris, porque por muy rico que uno pueda ser, y por mucho cuidado y precaucion que haya tomado, siempre se experimenta alguna privacion, y no podria llevar consigo á Paris todo entero. Asi esta variedad que los cortesanos aman tanto, la huyen: jamas conocen mas que un modo de vivir, y siempre estan fastidiados de él.

La simplicidad, repito, de la vida pastoral y campestre siempre tiene alguna cosa que conmueve. No puede uno sustraerse á la dulce ilusion de los objetos que se presentan á la vista: se olvida de su siglo y sus contemporáneos, se transporta al tiempo de los patriarcas. ¡Oh tiempo del amor y de la inocencia, en que los hombres eran tan sencillos y vivían tan contentos! ¡Oh Raquel, jóven encantadora y tan constantemente amada! ¡feliz aquel que por obtenerte no sintió catorce años de esclavitud! ¡Oh dulce discípula de Noemi, feliz el buen anciano á quien calentabas los piés y el corazon! No, jamas reina la hermosura con mas imperio que en medio de los cuidados campestres. Allí es donde estan las gracias sobre su trono, donde las adorna la simplicidad, las anima la alegria, y donde es menester adorarlas á pesar de sí mismo.

Hay una impresion general que todos los hombres experimentan, aunque no todos la observen; y es que sobre las altas montañas, en donde el aire es puro y sutil, se experimenta mas facilidad en la respiracion, mas ligereza en el cuerpo, mas serenidad en el espíritu: los placeres son allí menos ardientes, las pasiones mas moderadas. Allí las meditaciones toman yo no sé que carácter grande y sublime, proporcionado á los objetos que nos afectan; yo no sé que voluptuosidad tranquila que nada tiene de acre ni de sensual. Parece que elevandose uno sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrestres: que á proporcion que uno se acerca á las regiones etéreas, el alma contrae algo de su inalterable pureza. Allí es uno grave sin melancolía, pacífico sin indolencia, contento de ser y de pensar: se embotan todos los deseos demasiado vivos, pierden la aguda punta que los hace dolorosos; no dejan en el fondo del corazon mas que una emocion ligera y suave; y asi es que un

clima feliz hace servir á la felicidad del hombre las pasiones que en otra parte le atormentan. Dudo que ninguna agitacion violenta, ninguna enfermedad de vapores pudiese resistir contra semejante permanencia prolongada; y estoy sorprendido de que los baños del aire saludable y bienhechor de las montañas no sean uno de los grandes remedios de la medicina y de la moral.

PINTURA DE LA SALIDA DEL SOL

Transportémonos á un lugar elevado ántes que salga el Sol. Ya se le vé anunciarse de lejos por los rayos de fuego que lanza como sus precursores: aparece todo el Oriente inflamado; se percibe el astro ántes de mostrarse; á cada momento parece versele aparecer; se le vé en fin. Un punto brillante destella como un relámpago, y al momento llena todo el espacio: se desvanece, y cae el velo de las tinieblas: reconoce el hombre su morada, y la encuentra llena de bellezas: durante la noche la verdura ha tomado un nuevo vigor; el naciente dia que la alumbra, los primeros rayos que la doran, la muestran cubierta de una red brillante de rocío, que refleja á los ojos la luz y los colores: las aves se reunen en coro, y de concierto saludan al padre de la vida: en este momento ni una sola calla: su gorgceo débil aun es mas lento y mas suave que en el resto del día; se resiente de lo largo de un pacífico y sosegado despertar. El concurso de todos estos objetos da á los sentidos una impresion de frescura que parece penetrar hasta el alma. Hay allí una media hora de encanto ó arrobamiento al cual ningun hombre resiste: un espectáculo tan grande, tan bello y tan delicioso, nadie puede mirarlo con indiferencia.

HISTORIA

Para conocer bien á los hombres es menester verlos obrar. En el mundo se les oye hablar, muestran sus discursos, y ocultan sus acciones; pero en la historia estas estan á descubierto: por ella se lee en sus corazones sin las lecciones de la filosofía, y se les juzga por los hechos: sus mismos discursos ayudan á apreciarlos; porque comparando lo que hacen con lo que dicen, se vé á un tiempo lo que son y lo que quieren parecer: cuanto mas se disfrazan, mejor se les conoce.

Sin embargo, este estudio tiene sus peligros y sus inconvenientes de mas de una especie. Es difícil ponerse en un punto de vista desde donde se pueda juzgar á sus semejantes con equidad. Uno de los grandes vicios de la historia es que pinta mucho mas á los hombres por el lado peor que por el mejor. Como la historia no es interesante sino por las revoluciones y las catástrofes, en tanto que un pueblo crece y prospera en la calma de un gobierno pacífico, no hace mérito de él, no principia á hablar de este pueblo, sino cuando no siendo suficiente á sí mismo toma parte en los negocios de sus vecinos, ó les deja que la tomen en los suyos; no le ilustra sino cuando va en declinación: todas nuestras historias principian por donde deberían acabar: tenemos demasiado exacta la de los pueblos que se destruyen, la que nos falta es la de los que se multiplican: son bastante felices y sabios para que tenga nada que decir de ellos; y en efecto, aun en nuestros dias vemos que los gobiernos que mejor se conducen son de los que se habla menos. No sabemos mas que el mal; el bien apenas forma época: no hay mas que malvados célebres: los buenos ó son

olvidados ó puestos en ridículo; y he aquí como la historia, así como la filosofía, calumnia sin cesar al género humano.

Además, puede suceder muy bien que los hechos descritos en la historia no sean la pintura exacta de ellos tal como han sucedido: variase de forma en la cabeza del historiador: se desfiguran por sus intereses, y toman el color de sus preocupaciones. ¿Quién es el que sabe situar exactamente al lector en el lugar de la escena para ver un suceso tal cual ha pasado? La ignorancia ó la parcialidad todo lo disfrazan. Aun sin alterar un rasgo histórico, con aumentar ó disminuir las circunstancias que se refieren á él, ¡cuantos aspectos diferentes pueden darsele! Poned un objeto á diversos puntos de vista, apenas parecerá el mismo, y sin embargo nada habrá mudado á los ojos del espectador. ¿Basta para el honor de la verdad decirme un hecho, haciéndome ver de un modo diferente del que ha sucedido? ¡Cuántas

veces un árbol más ó menos, una roca á la derecha ó á la izquierda, un torbellino de polvo elevado por el viento, han decidido la suerte de un combate, sin que nadie lo haya notado! ¿Y esto impide acaso al historiador que os diga la causa de la derrota ó de la victoria con tanta seguridad como si se hubiese hallado en todo? ¿Más que me importarán los hechos en sí mismos cuando se me oculta la razón de ellos, y que lecciones puedo sacar de un suceso de que ignoro la verdadera causa? El historiador me da una, pero la inventa; y la misma crítica que tanto ruido hace, no es más que un arte de conjeturar, el arte de escoger entre muchas mentiras la que más se parece á la verdad. ¿No habéis leído jamás á Cleopatra, Casandra, ú otros libros de esta especie? El autor escoge un suceso conocido; después, acomodándole á sus miras, adornándole de detalles y circunstancias de su invención, de personajes que jamás han existido, de retratos imaginarios, amontona ficciones sobre ficciones para hacer agradable su lectura. Yo hallo poca diferencia entre estas novelas y nuestras historias, sino es que el romancero ó novelista se entrega más á su propia imaginación, y el historiador se sujeta más á la de otro; á lo que añadiré, si se quiere, que el primero se propone un objeto moral, bueno ó malo, del que el otro cuida poco.

Me dirán que la fidelidad de la historia interesa menos que la verdad de las costumbres y de los caracteres; con tal que esté bien

pintado el corazón humano, importa poco que los sucesos se cuenten fielmente: porque, en fin, añaden, ¿de que nos sirven unos hechos sucedidos hace dos mil años? Y tienen razón, si los retratos son bien hechos por la naturaleza; pero si la mayor parte no tienen su modelo sino en la imaginación del historiador, ¿no es volver á caer en el inconveniente de que se quería huir, y dar á la autoridad de los escritores lo que se quiere quitar á la del maestro?

Los peores historiadores para un joven son los que juzgan los hechos: que juzgue él mismo, así aprende á conocer á los hombres. Si el juicio del autor le guía incesantemente, no hace más que ver por los ojos de otro; y cuando estos le faltan, no ve nada.

Dejo aparte la historia moderna, no solamente porque no tiene más fisonomía y porque nuestros hombres se parecen todos, sino porque nuestros historiadores, atentos únicamente á brillar, solo piensan en hacer retratos demasiado coloreados, y que muchas veces nada representan: buenos testigos son de esto *Davila, Guicciardin, Estrada, Solís, Maquiavelo*, y alguna vez el mismo de *Thou. Vertot* es casi el único que sabía pintar sin hacer retratos. Generalmente los antiguos los hacen menos; ponen menos espíritu y más sentido en sus juicios: sin embargo, hay aun que hacer una gran elección entre ellos; no deben adoptarse desde luego los más juiciosos, sino los más sencillos. Yo no quería poner en las manos de un joven á *Polibio*, ni á *Salustio*, ni á *Tacito*. Este es el libro de los ancianos, no es dado á los jóvenes entenderle: es menester aprender á ver en las acciones humanas los primeros rasgos del corazón del hombre, antes de querer sondear sus profundidades: es menester saber leer bien en los hechos, antes de leer en las máximas.

Tucidides es para mi gusto el verdadero modelo de los historiadores; cuenta los hechos sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias propias á hacernos juzgar

de ellos por nosotros mismos: pone todo lo que cuenta ante los ojos del lector: lejos de interponerse entre estos y los sucesos, se separa de ellos: no se cree leer, se cree ver. Por desgracia habla siempre de guerra, y casi no se ve en todas sus relaciones sino la cosa del mundo menos instructiva, á saber, los combates. La retirada de los

diez mil y los Comentarios de Cesar tienen poco más ó menos la misma sabiduría y el mismo defecto.

El buen *Herodoto*, sin retratos, sin máximas, siempre ameno, ingenuo, lleno de pormenores los más capaces de interesar y de agradar, sería quizá el mejor de los historiadores, si estos mismos pormenores no degenerasen muchas veces en simplicidades pueriles, más propias para dañar el corazón de la juventud que para formarla. Es menester discernimiento para leerle. Respecto de *Tito-Livio*, es político, es orador, es todo lo que no conviene á esta edad.

La historia en general es defectuosa en cuanto no es más que un registro de hechos sensibles y notables que se pueden fijar por nombres, lugares, y datos; pero las causas lentas y progresivas de estos hechos, que no pueden asignarse del mismo modo, quedan siempre incógnitas. La guerra no hace las más veces otra cosa que manifestar los sucesos ya determinados por unas causas morales que raramente saben ver los historiadores.

Añadamos á esto que la historia muestra mucho más las acciones que los hombres, porque solo toma á estos en ciertos momentos escogidos con sus vestidos de gala: no presenta más que al hombre público que se ha adornado para ser visto: no le sigue en su casa, en su familia, en medio de sus amigos: no le pinta, pues, sino cuando representa, y pinta más bien su vestido que su persona.

Yo querría mejor, para principiar el estudio del corazón humano, la lectura de las vidas particulares, porque el hombre entónces en vano se oculta: el historiador le persigue por todas partes; no le deja ningún momento de descanso, ningún rincón en que meterse para evitar la vista penetrante del espectador; y cuando el uno cree ocultarse mejor, el otro le hace conocer más bien. *Aquellos*, dice Montaigne, *que escriben vidas, por lo mismo que se paran más en los consejos que en los sucesos, más en lo que pasa dentro que en lo que sucede. fuera, son más propios para mí; y he aquí por que Plutarco es mi hombre.*

Es verdad que el genio de los hombres reunidos, ó de los pueblos, es muy diferente del carácter del hombre en particular, y que sería conocer muy imperfectamente el corazón humano no examinándolo también en la muchedumbre; pero no es menos cierto

que es menester principiarse por estudiar al hombre para juzgar á los hombres, y que quien conociese perfectamente las inclinaciones de cada individuo, podría prever todos sus efectos combinados en el cuerpo del pueblo.

Aun es necesario recurrir á los antiguos para este estudio del hombre, por lo que ya he dicho, y además porque estando desterrados del estilo moderno todos los pormenores familiares y bajos, pero verdaderos y característicos, los hombres se hallan tan adornados por nuestros autores en sus vidas privadas como sobre la escena del mundo. La decencia, no menos severa en los escritos que en las acciones, no permite ya decir en público lo que no permite hacer en público; y como no se puede mostrar á los hombres sino como representando siempre, no se les conoce mejor en nuestros libros que sobre nuestros teatros. En vano se querrá hacer y rehacer cien veces la vida de los reyes: ya no tendremos un Suetonio. *Plutarco* sobresale por estos mismos pormenores en que no nos atrevemos ya á entrar. Tiene una gracia inimitable en pintar á los grandes hombres en las pequeñas cosas; y es tan feliz en la elección de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademán, le basta para caracterizar á su héroe. *Anibal* con un chiste tranquiliza á su ejército, y le hace marchar riendo á la batalla que dio en Italia. *Agesilao* á caballo sobre un palo me hace amar al vencedor de un gran Rey. *Cesar* atravesando una pobre aldea hablando familiarmente con sus amigos, deja ver, sin pensar en ello, al pícaro que decía querer solo ser igual á *Pompeyo*. *Alejandro* bebe una medicina sin decir una sola palabra;^[1] este es el más bello momento de su vida. *Aristides* escribe su nombre sobre una concha, y justifica de este modo su sobrenombre (de justo). *Filopemenes*, doblada su capa, parte leña en la cocina de su huésped. He aquí el verdadero arte de pintar; la fisonomía no se muestra en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones: en las bagatelas es donde se descubre el natural. Las cosas públicas son ó demasiado comunes ó demasiado adornadas; y casi únicamente en estas es en las que la dignidad moderna permite detenerse á nuestros autores. Uno de los más grandes hombres del último siglo fué incontestablemente *Turena*. Se ha tenido el valor de hacer interesante su vida por

pequeños pormenores que hacen conocerle y amarle; pero ¡cuantos ha sido preciso suprimir, que lo hubieran hecho conocer y amar mas! Yo no citaré mas que uno que sé de buen original, que *Plutarco* no hubiera omitido, pero que *Rainsay* hubiera dejado de escribir, aunque lo hubiera sabido.

Un día de estío que hacia mucho calor, el vizconde de Turena con una bata blanca y un gorro estaba puesto á la ventana de su antecámara: viene uno de sus criados, y engañado por el vestido le tiene por un ayuda de cocina con quien gastaba este criado gran familiaridad: se acerca poco á poco por detras, y con una mano no muy ligera le da un gran golpe sobre las nalgas. El hombre á quien se había dado, vuelve al instante la cara: el criado vé temblando la de su amo: se arrodilla asombrado: «*Señor, dice, he creído que era Jorge. — Y aun cuando hubiese sido Jorge, exclama Turena frotandose el trasero, no era menester pegar tan recio.*

Historiadores, ved aquí pues lo que no os atreveis á decir; pero á fuerza de dignidad os haceis despreciables. En cuanto á tí, buen joven, que lees este rasgo y que sientes con enternecimiento toda la dulzura de alma que demuestra, aun en el primer movimiento, lee tambien todas las pequeneces de este grande hombre desde que se trató de su nacimiento y de su nombre: piensa que es el mismo Turena, que afectaba ceder en todo el paso á su sobrino, para que se viese bien que este niño era el gefe de una casa soberana. Reune estos contrastes, ama la naturaleza, desprecia la opinion, y conoce al hombre.

Veo en el modo con que se hace leer la historia á los jóvenes, que se les transforma, por decirlo asi, en todos los personajes que ven: que se hace un esfuerzo para llegar á hacerlos ya Ciceron, ya Trajano, ya Alejandro, para desanimarlos cuando vuelven á entrar en sí mismos, y para dar á cada uno el pesar de no ser mas que él mismo. Este método tiene ciertas ventajas que no niego; pero es conveniente reflexionar que el que principia por hacerse estraño a sí mismo, no tarda en olvidarse enteramente de sí mismo.

Los que dicen que la historia mas interesante para cada uno es la de su pais, se engañan. Hay países cuya historia ni aun puede leerse, á no ser un imbécil ó negociista: la mas interesante es aquella en que se encuentran mas ejemplos de costumbres y de

caracteres de toda especie, en una palabra, mas instrucciones. Os dirán que de esto hay tanto entre nosotros como entre los antiguos: eso no es verdad; abrid su historia, y hacedles callar. Os dirán que lo que nos falta son buenos historiadores; pero preguntadles ¿por que? Esto tampoco es verdad: dad materia para formar buenas historias, y se hallarán los buenos historiadores. En fin, dirán que los hombres en todos tiempos se parecen, qué tienen las mismas virtudes, los mismos vicios; que no se admira á los antiguos sino porque son antiguos: tampoco esto es verdad, porque antiguamente se hacían grandes cosas con pequeños medios, y en el día se hace todo lo contrario. Los antiguos eran contemporáneos de sus historiadores, y nos han enseñado empero á admirarlos. Seguramente que si la posteridad admira á los nuestros, no lo habrá aprendido de nosotros.

Los antiguos historiadores estan llenos de miras de que podria hacerse uso, aun cuando los hechos que las presentan fuesen falsos; pero no sabemos sacar ningun partido de la historia: todo lo absorbe la critica de erudicion, como si importase mucho que un hecho fuese verdadero, con tal que se pudiese sacar de él una instruccion útil. Los hombres sensatos deben mirar la historia como un tejido de fábulas cuya moral es muy apropiada al corazon humano.

1. [↑] Habiéndole suministrado su médico Filipo esta medicina, en el momento de tomarla Alejandro recibió una carta de Parmenion, en que lo decia que Filipo, ganado por Dario, rey de los Persas, con quien Alejandro estaba en guerra, pensaba envenenarle; pero Alejandro entregó dicha carta con una mano al facultativo, y tomo con la otra la saludable bebida, siendo un pronto restablecimiento el efecto de su noble confianza. (*Nota del traductor.*)

NOVELAS

En las grandes ciudades se necesitan espectáculos, en los pueblos corrompidos novelas.

Estas son quizá la última instrucción que queda por dar á un pueblo bastante depravado, para que toda otra le sea inútil. Sería pues muy á propósito que la composición de esta especie de libros no se fiase sino á gentes honradas pero sensibles, cuyo corazón se pintase en sus escritos, y á autores que no fuesen superiores á las flaquezas de la humanidad, que no mostrasen de un golpe la virtud en el Cielo, fuera del alcance de los hombres, sino que se la hiciesen amar pintandola desde luego menos austera, y despues, desde el seno del vicio les supiesen conducir á ella insensiblemente.

Oimos quejarse de que las novelas trastornan las cabezas; yo lo creo muy bien: mostrando á los que las leen los pretendidos encantos de un estado que no es el suyo, les seducen, les hacen tomar este con disgusto, y hacer de él un cambio imaginario por aquel que se les hace amar: queriendo uno ser lo que no puede, llega á ser otra cosa de lo que es; y he aquí como llega uno á ser loco. Si las novelas no ofreciesen á sus lectores sino pinturas de objetos que les rodean, deberes que pueden llenar, placeres de su condicion, no los harian locos, los harian sabios porque les instruirian interesandoles; y destruyendo las máximas falsas y despreciables de las grandes sociedades, les aficionarian, les adherirían á su estado. Pero una novela con estas cualidades, si está bien hecha, ó á lo menos si es útil, debe ser silbada, aborrecida, desacreditada por las gentes de moda, como un

libro muy trivial, desagradable, extravagante y ridículo; y he aquí como la locura del mundo es sabiduría.

Se leen muchas más novelas en las provincias que en París, y más en las aldeas que en las ciudades, y allí hacen mucha impresión. Pero estos libros que podrían servir á un mismo tiempo de diversión, de instrucción y de consuelo al aldeano, solamente desgraciado porque cree serlo, no parecen hechos, por el contrario, sino para disgustarle de su estado, estendiendo y fortificando la preocupación que se le hace despreciable: las gentes del gran tono, las mugeres de moda, los grandes y los militares, he aquí los actores de todas las novelas. La demasiada delicadeza de gusto de las ciudades, las máximas de la Corte, el aparato del lujo, la moral epicuriana, he aquí las lecciones que predicán, y los preceptos que dan. El colorido de las falsas virtudes empaña el brillo de las verdaderas; el artificio de las contiendas se halla sustituido á los deberes reales; los bellos discursos hacen despreciar las bellas acciones, y la simplicidad de las buenas costumbres pasa por grosería. ¿Que efecto producirán semejantes pinturas en un caballero de aldea, que vé burlarse de la franqueza con que recibe á sus huéspedes, y tratar de fiesta brutal la alegría que hace reinar en su pueblo? ¿de su muger, que oye que los cuidados de una madre de familia no son dignos de las señoras de su rango? ¿de su hija, á quien los modales afectados y el lenguaje de la ciudad hacen despreciar al honrado y rústico vecino con quien se hubiera casado? Todos de concierto, no queriendo ya ser unos simples aldeanos, se disgustan de su lugar, abandonan su viejo castillo, que muy luego es un edificio ruinoso, y van á la capital, en donde el padre con su cruz de San Luis, de señor que ántes era, se hace criado, ó tramposo y petardista: la madre establece una mesa de juego; la hija atrae á los jugadores, y muchas veces todos tres mueren de miseria y deshonorados.

VIAGES

No se abre un libro de viages en el que no se hallen descripciones de caracteres y de costumbres; pero causa estrañeza ver en él que esas gentes que tantas cosas han descrito nada mas han dicho que lo que ya cada uno sabia; y que no han sabido percibir al otro extremo del mundo sino lo que no hubiera dependido mas que de ellos mismos el notar sin salir de su misma calle; y que estos rasgos verdaderos que distinguen á las naciones, que hieren los ojos hechos para ver, se han escapado casi siempre á los suyos. De aquí ha venido aquel bello adagio de moral, tan rebatido por toda la turba filosófica, de que los hombres son los mismos por todas partes: que teniendo por todas partes los mismos vicios y las mismas pasiones, es bien inútil tratar de caracterizar á los diferentes pueblos; lo que es razonar casi tan bien como si se dijese que no se podria distinguir á Pedro de Juan, porque ámbos tienen una nariz, una boca y unos ojos.

¿No se verá jamas renacer aquellos tiempos felices en que los pueblos no se metian á filosofar, pero en los que los Platones, los Tales y los Pitagoras, arrebatados de un deseo ardiente de saber, emprendían los mayores viages únicamente para instruirse, é iban lejos á sacudir el yugo de las preocupaciones nacionales, á aprender á conocer á los hombres por sus semejanzas y por sus diferencias, y á adquirir aquellos conocimientos universales que no son de un siglo ó pais esclusíivamente, sino que siendo de todos los tiempos y de todos los lugares, son, por decirlo asi, la ciencia comun de los sabios?

Se admira la magnificencia de algunos curiosos que han hecho, á fuerza de grandes gastos, viages al Oriente con sabios y pintores para dibujar allí unas medidas, y descifrar y copiar inscripciones; pero me cuesta trabajo concebir como en un siglo en que se hace alarde de bellos conocimientos, no se hallen dos hombres bien unidos, ricos el uno en dinero y el otro en genio, ámbos amantes de la gloria y aspirando á la inmortalidad, que el uno sacrifique veinte mil escudos de su riqueza, y el otro diez años de su vida, á un célebre viage al derredor del mundo, para estudiar en él no siempre las piedras y las plantas, sino una vez los hombres y las costumbres; y que, despues de tantos siglos empleados en medir y considerar la casa, se paren en querer conocer á los habitantes.

Hay muchas gentes á quienes los viages instruyen menos aun que los libros, porque ignoran el arte de pensar; pues á lo menos en la lectura es guiado su espíritu por el autor, y en sus viages nada saben ver por sí mismos.

De todos los pueblos del mundo el que mas viaja es el Francés; pero poseido de sus usos, confunde todo lo que no se les parece. En todos los rincones del mundo hay Franceses: en él no hay pais en que se encuentren mas gentes que hayan viajado, que en Francia. Sin embargo de esto, de todos los pueblos de Europa el que vé mas los conoce menos. El Inglés viaja tambien, pero de otro modo; es preciso que estos dos pueblos sean contrarios en todo. La nobleza inglesa viaja, la francesa no: el pueblo francés viaja, el inglés no: los Franceses casi siempre tienen algun interes secreto en sus viages, los Ingleses nunca van á buscar fortuna entre las otras naciones sino es por el comercio y con las manos llenas cuando viajan por ellas, es para derramar allí su dinero, no para vivir de la industria; son demasiado orgullosos para ir á humillarse fuera de su casa. Esto hace que se instruyan mejor en el estrangero que lo hacen los Franceses, que tienen otro objeto en la idea. Los Ingleses tienen sin embargo sus preocupaciones nacionales, las tienen mas que nadie; pero estas preocupaciones dependen menos de la ignorancia que de la pasion. El Inglés tiene las preocupaciones del orgullo, y el Francés las de la vanidad.

Como los pueblos menos cultos son generalmente los mas sabios, los que viajan menos viajan mejor; porque estando menos adelantados que nosotros en nuestras investigaciones frivolas, y menos ocupados de los objetos de nuestra vana curiosidad, prestan toda su atencion á lo que es verdaderamente útil. Yo casi no conozco sino á los Españoles que viajen de este modo. Miéntras un Francés recorre las casas de los artistas del país, un Inglés hace dibujar en él alguna antigüedad, y un Aleman va con su librito de memoria á casa de todos los sabios, el Español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policia; y es el útiico de los cuatro que de vuelta á su casa trae de lo que ha visto alguna observacion útil á su país.

Los antiguos viajaban poco, leian poco, hacían pocos libros, y sin embargo se vé en los que de ellos nos quedan, que se observaban mejor unos á otros, que nosotros observamos á nuestros contemporáneos. Sin remontarnos á los escritos de Homero; el único poeta que nos transporta al país que describe, no se puede negar á Herodoto el honor de haber pintado en su historia las costumbres (aunque ella se vaya mas en narraciones que en reflexiones) mejor que lo hacen nuestros historiadores cargando sus libros de retratos y de caracteres. Tacito ha descrito mejor á los Germanos de su tiempo, que ningun autor lo ha hecho de los Alemanes del día. Incontestablemente los que estan versados en la historia antigua conocen mejor á los Griegos, á los Cartagineses, á los Romanos, á los Galos y á los Persas, que ningun pueblo de nuestros días conoce á sus vecinos.

Es preciso confesar tambien que borrandose de dia en dia los caracteres originales de los pueblos, se hacen por lo mismo mas difíciles de conocer. Al paso que se mezclan las castas y se confunden los pueblos, se ven desaparecer poco á poco las diferencias nacionales que en otro tiempo se percibían al primer golpe de vista. Antiguamente cada nacion permanecía mas encerrada en sí misma, habia menos comunicacion, menos viages, menos intereses comunes ó contrarios, menos uniones políticas y civiles de pueblo á pueblo, ninguna de tantas contiendas reales llamadas negociaciones, ningunos embajadores ordinarios ó residentes continuamente; eran raras las grandes navegaciones,

había poco comercio con países remotos, y el poco que había se hacía por el Príncipe mismo que se servía para él de extranjeros, ó por gentes despreciadas que á nadie daban el tono, ni atraían las naciones. Hay cien veces mas union ahora entre Europa y Asia que en otro tiempo entre la

Gaula y la España: la Europa sola estaba mas desparramada que la tierra entera lo está en el día.

Añádase á esto que mirándose los antiguos pueblos como autoctonos ú originarios de su propio país, lo ocupaban hacia muy largo tiempo para haber perdido la memoria de los siglos remotos en que sus antecesores se habían establecido en él, y para que el tiempo hubiese dejado al clima hacer sobre ellos impresiones durables; en vez de que entre nosotros, despues de las invasiones de los Romanos, las recientes emigraciones de los Bárbaros todo lo han mezclado, todo lo han confundido. Los Franceses del dia no son ya esos grandes cuerpos rubios y blancos de otro tiempo; los Griegos no son ya esos hermosos hombres hechos para servir de modelos al arte; la figura de los mismos Romanos ha mudado de carácter, asi como su natural; los Persas originarios de Tartaria cada día pierden de su fealdad primitiva por la mezcla de la sangre circasiana. Los Europeos no son ya Galos, Germanos, Liberianos, Alobroges; no son mas que Escitas diversamente degenerados en cuanto á la figura, y mas aun en cuanto á las costumbres.

He aquí por que las antiguas distinciones de las razas, las cualidades del aire y del terreno, demarcaban mas fuertemente de pueblo á pueblo los temperamentos, las figuras, las costumbres y los caracteres, que todo lo que se pueden demarcar en nuestros dias, en que la inconstancia europea no deja tiempo á ninguna causa natural para hacer sus impresiones, y en que cortados los bosques, desecados los pantanos, y cultivada la tierra con mas uniformidad, aunque mas mal, no permiten ya, ni aun á lo físico, la misma diferencia de tierra á tierra y de pais á país.

Quizá con semejantes reflexiones nos miraríamos mas en ello para criticar á Herodoto, Ctesias y Plinio, por haber representado á los habitantes de diversos países con unos rasgos originales y unas diferencias señaladas que ya no vemos en ellos. Seria necesario volver á hallar los mismos hombres para reconocer en ellos las

mismas figuras: seria necesario que nada les hubiese hecho mudar para que hubiesen permanecido los mismos. Si pudiésemos considerar á un tiempo á todos los hombres que han existido, ¿puede ponerse en duda que no los hallaríamos mas diversos de siglo á siglo, que lo que se les halla en el dia de nacion á nación?

Al mismo tiempo que las observaciones van haciendose mas difíciles, se hacen con mas negligencia y mas mal; y esta es otra razon del poco fruto de nuestras investigaciones en la historia natural del género humano. La instruccion que se saca de los viages es relativa al objeto que los hace emprender. Cuando este objeto es un sistema de filosofía, jamas vé el viagero lo que quiere ver: cuando este objeto es el interes, absorbe toda la atencion de aquellos que se entregan á él. El comercio y las artes que mezclan y confunden los pueblos, les impiden tambien estudiarse: cuando saben la utilidad que pueden sacar uno de otro, ¿que mas tienen que saber?

Hay una notable diferencia entre viajar para ver el país, ó para ver los pueblos. El primer objeto es siempre el de los curiosos; el otro no es para ellos mas que accesorio. Debe ser lo contrario para todo el que quiere filosofar. El niño observa las cosas con la esperanza de observar á los hombres. El hombre debe principiari por observar á sus semejantes, y despues observar las cosas si tiene tiempo para ello.

Para llegar al conocimiento de los pueblos, es preciso principiari por observarlo todo donde uno se halla, asignar en seguida las diferencias á medida que se recorren los otros países, comparar por ejemplo la Francia con cada uno de ellos, como se describe el olivo por un sauce, ó la palmera por el abeto, y esperar, para juzgar del primer pueblo observado, á que se hayan observado los demas.

No convienen los viages sino á muy pocas gentes: no convienen sino á los hombres bastante fuertes por sí mismos para oir las lecciones del error sin dejarse seducir, y para ver el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar por él. Los viages llevan el natural á su inclinacion, y acaban de hacer bueno ó malo al hombre. Cualquiera que viene de correr el mundo, es á su vuelta lo que será toda su vida.

SÁTIRA DEL SIGLO PRESENTE

Los antiguos políticos hablaban incesantemente de costumbres y de virtudes: los nuestros solo hablan de comercio y de dinero.

Nuestra admiracion solo recae sobre el saber, el espíritu y el valor. ¡Y tú, dulce y modesta virtud, siempre quedas sin honores! ¡Cuan ciegos somos en medio de tantas luces! Víctimas de nuestros insensatos aplausos, jamas sabrémos cuanto desprecio y aborrecimiento merece todo hombre que, para desgracia del género humano, abusa del genio y de los talentos que la naturaleza le da.

Los antiguos tenían héroes y presentaban hombres sobre sus teatros: nosotros por el contrario no presentamos en ellos sino héroes, y apénas tenemos hombres. Los antiguos en frases menos estudiadas y pomposas hablaban de humanidad, pero sabían ejercerla mejor. Bien podría aplicarse á ellos y á nosotros un pasage referido por Plutarco, y que no puedo menos de transcribir aquí. Un anciano de Atenas buscaba sitio en que colocarse en un espectáculo, y no le hallaba: viendole algunos jóvenes en este apuro, le hicieron señas desde lejos; vino el anciano, pero ellos se estrecharon y se burláron de él: el buen hombre dió de este modo la vuelta

á todo el teatro, demasiado embarazado de su persona, y siempre gritado de la juventud. Notandolo los embajadores de Esparta, y levantandose al punto, colocaron honorificamente entre ellos al anciano. Esta accion fué aplaudida por todos los concurrentes. ¡Ah que desgracia! exclamó dolorosamente el anciano: *los Atenienses*

saben lo que es honesto y virtuoso, pero los Lacedemonios lo practican. He aquí la filosofía moderna y las costumbres de los antiguos.

Yo observo que estas gentes tan pacíficas sobre las injusticias públicas, son siempre los que mas ruido meten al menor perjuicio que se les ocasiona, y que no conservan su filosofía sino en tanto que no la necesitan para sí mismos. Se parecen á aquel Irlandés que no queria levantarse de la cama, aunque habia fuego en la casa. ¡Que se quema la casa! se le grita: ¿Que me importa? responde, yo no soy mas que el inquilino: al fin penetra el fuego hasta él; al momento se arroja de la cama, corre, grita, se agita, y principia á comprender que algunas veces es necesario tomar interes por la casa que se habita, aunque no nos pertenezca.

Es tan general y unida la sociedad en las grandes ciudades, que no hay un asilo para el retiro, y aun en la propia casa de uno se está al público. A fuerza de vivir con todo el mundo, ya no se tiene familia; apénas conoce uno á sus parientes, se les mira como estraños; y la simplicidad de nuestras costumbres domésticas se estingue, como igualmente la dulce familiaridad que hacia su encanto.

La urbanidad, ó lo que es lo mismo, la política francesa, es reservada y circunspecta, y se rige únicamente por lo exterior: la de la humanidad desprecia los frivolos cumplimientos, y de lo que menos se precia es de distinguir á la primera ojeada los estados y los rangos, pues en general respeta á todos los hombres.

Veo que no podria usarse un language mas cortés que el de nuestro siglo, y he aquí lo que me admira; pero veo tambien que no podrian tenerse costumbres mas corrompidas, y he aquí lo que me escandaliza. Pensamos que hemos llegado á ser honestos, porque á fuerza de dar nombres decentes á nuestros vicios, hemos aprendido á no avergonzarnos de ellos.

Un habitante de un pais lejano, que tratase de formarse una idea de las costumbres europeas acerca del estado de las ciencias entre nosotros, de la perfeccion de nuestras artes, de la decencia y compostura de nuestros espectáculos, de la urbanidad de nuestros modales, de la afabilidad de nuestros discursos, de nuestras perpetuas demostraciones de benevolencia, y en fin, de

ese tumultuoso concurso de hombres de todas edades y de todos estados, que parecen exclusivamente ocupados en obligarse recíprocamente: este extranjero, digo, adivinaria exactamente lo contrario de lo que son nuestras costumbres.

En el día, en que ya el arte de agradar se baila reducido á principios por las mas minuciosas observaciones y por un gusto mas delicado, reina en nuestras costumbres una vil y engañosa uniformidad, y todos los talentos parecen vaciados en un mismo molde: sin cesar la política exige, la urbanidad ordena; sin cesar se siguen los usos y jamas el genio propio: no nos atrevemos á parecer lo que somos: es preciso, para conocer al amigo, esperar á las grandes ocasiones, es decir, esperar á que ya no sea tiempo de conocerle.

Un maestro Lacedemonio, á quien por burla se preguntaba ¿que enseñaría á su discípulo? respondió: *le enseñaré á amar las cosas honestas*. Si yo hallase entre nosotros á semejante hombre, le diria al oido: guardaos bien de hablar asi, porque jamas tendréis discípulos; pero decidles que les enseñaréis á charlar, agradablemente, y yo respondo de vuestra fortuna.

En vez de las armas que en otro tiempo se pintaban en los coches y carrozas, en el día se les adorna á costa de grandes gastos, de pinturas escandalosas, como si fuese mejor darse anticipadamente á conocer á los pasajeros por un hombre de malas costumbres, que por un hombre de calidad. Lo que mas incomoda, es que sean las mugeres las que han introducido este uso, y las que le sostienen. Un nombre sabio á quien se enseñaba una carroza de esta especie, no bien hubo echado los ojos sobre los paneles de ella, cuando dejó á su dueño diciendole: *Enseñad esta carroza á mugeres de corte; un hombre honrado no se atrevería á servirse de ella*.

Nuestros jardines estan adornados de estatuas, y de pinturas nuestras galenas. ¿Y que pensaréis que representan estas obras maestras del arte espuestas á la admiracion pública? ¿Los defensores de la patria, ó esos hombres aun mas grandes que la han enriquecido con sus virtudes? No, seguramente: representan imágenes de todos los extravíos del corazon y de la razon, cuidadosamente sacadas de la antigua mitología, y presentadas muy temprano á la curiosidad de

nuestros hijos, para que ántes de saber leer tengan á la vista modelos de malas acciones.

Nuestros escritos se resienten de nuestras frívolas ocupaciones, agradables si se quiere, pero que pequeñas y frías como nuestros sentimientos, todo su mérito consiste en darles aquel aire que cuesta tan poco dar á unas bagatelas. Esa multitud de obras efímeras que diariamente aparecen, no estando hechas sino para divertir á las mugeres, y careciendo de fuerzas y profundidad, desde el tocador vuelan todas al especiero, y este es el medio de volver á escribir incesantemente los mismos libros, y de hacerlos siempre nuevos. Pueden citarseme dos ó tres que servirán de escepcion, pero yo citaré cien mil que confirmarán la regla. Por esto la mayor parte de las producciones de nuestra edad pasarán con ella, y la posteridad creerá que en este siglo se han hecho pocos libros, á pesar de haberse hecho tantos.

Nada es la virtud en el gran mundo: no es todo en él mas que vana apariencia. Borranse los crímenes por la dificultad de probarlos; contra el uso que los autoriza, la prueba misma seria ridícula, y he aquí por que la debilidad de una jóven amante es un crimen irremisible, mientras que al adulterio de una casada se le da el nombre de galanteria. En casandose, cualquiera se desquita abiertamente de la poca sujecion é incomodidad en que vivía siendo soltera.

No siendo el género humano de una edad el género humano de otra, he aquí por que *Diogenes* no hallaba al hombre que buscaba, esto es, porque buscaba entre sus contemporáneos al hombre de un tiempo que ya no existia: del mismo modo *Caton* pereció con Roma y la libertad, porque existió fuera de su siglo; y asi es que el mas grande de los hombres no hizo mas que admirar al mundo alguien quinientos años antes hubiera gobernado.

Uno de los objetos favoritos de las conversaciones de las gentes de calidad, es el sentimiento; pero no se debe entender por esta palabra una efusion afectuosa en el serío del amor ó de la amistad, es únicamente el sentimiento puesto en grandes máximas, y quintaesenciado por todo lo mas sutil que tiene la metafísica; son pues sutilezas inconcebibles. El sentimiento entre estas gentes es como Homero entre los pedantes, que le descubren

mil bellezas quiméricas por no saber percibir las verdaderas: de este modo el sentimiento se gasta en espíritu, se exhala tanto en el discurso, que nada queda para la práctica. La urbanidad todo lo suple; por el uso se hacen casi las mismas cosas que se harían por sensibilidad, á lo menos en tanto que no cuestan mas que fórmulas y algunas pequeñas incomodidades que se impone uno á sí mismo, para hacer que hablen bien de sí; porque cuando los sacrificios llegan hasta incomodar largo tiempo, ó á costar muy caros, se acabó el sentimiento: la urbanidad no lo exige hasta este punto.

Todo se halla arreglado, pesado y medido en lo que se llama *modos ó proceder*: todo lo que ya no existe en los sentimientos, lo han puesto en regla entre sí los hombres de mundo. Nadie se atreve á ser el mismo: *es menester hacer como los demas*, es la primera máxima de la sabiduría. *Esto se hace, esto no se hace*, he aquí la decisión suprema. Establecidas así estas reglas, todo el mundo hace á la vez la misma cosa en las mismas circunstancias: todo se hace por tiempos, como en las evoluciones de un regimiento en batalla, y sin duda podría decirse que somos como otras tantas figurillas clavadas en una misma tabla, ó sujetas con un mismo hilo.

Bajo cualquier aspecto que se miren las cosas, todo en la sociedad no es mas que charla, fárrago y discursos sin consecuencia. Tanto sobre la escena como en el mundo, en vano se quiere escuchar lo que se dice: nada se aprende de lo que se hace. ¿Y que necesidad hay de aprenderlo? Tan pronto como ha hablado un hombre, ¿se ha informado uno de su conducta? ¿No lo ha hecho todo? ¿No está ya juzgado? El hombre de bien del día no es el que hace buenas acciones, sino el que dice bellas cosas; y un solo discurso, hecho sin reflexión, puede causar un daño irreparable al que lo pronuncia, que no borrarían cuarenta años de integridad. En una palabra, aunque las obras de los hombres apenas se parecen á sus discursos, veo que solo se les pinta por estos sin atender á aquellas: veo también que en una gran ciudad la sociedad parece mas suave, mas fácil y aun mas segura que entre gentes menos estudiadas; pero ¿son con efecto allí los hombres mas humanos, mas moderados y mas justos? Lo ignoro: allí, sin embargo, no hay mas que apariencias; y lo que se me quiere

probar con evidencia, es que solo el filósofo á medias atiende á la realidad de las cosas; que el verdadero sabio solo las considera por las apariencias; que debe tomar las preocupaciones por principios, las conveniencias por leyes, y que la mas sublime sabiduria consiste en vivir como los locos.

En las sociedades privadas, en las cenas de convite en que está la puerta cerrada á todo el que puede sobrevenir sin que se le espere, es donde se observan menos las mugeres, y donde se puede principiari á estudiarlas. Allí reinan tranquilamente los discursos mas refinados y mas satíricos: allí es donde discretamente se pasa revista á las anécdotas, donde se dejan ver todos los hechos secretos de la crónica escandalosa, en donde lo bueno y lo malo se hace igualmente chistoso y ridículo; y en donde, pintandose con arte y segun el interes particular los caracteres de los personajes, cada interlocutor traza mucho mejor, sin pensar en ello, el suyo propio: allí, en una palabra, es donde se afila cuidadosamente el puñal bajo el pretesto de hacer menos mal, siendo en efecto para profundizar mas con él.

Estos discursos, sin embargo, son mas burlones que mordaces, y recaen menos sobre el vicio que sobre la crítica. En general se hace poco uso de la sátira en las grandes ciudades, en donde es tan simple todo lo que no es mas que malo, que apénas merece la pena de hablarse de ello. ¿Que queda pues que criticar en donde ya no se aprecia la virtud? ¿Y de que se murmuraria cuando ya nada se tiene por malo? En Paris sobre todo, en donde solo se ven las cosas por el lado agradable, es siempre mal recibido todo lo que debe encender la cólera ó la indignacion, si no se pone en cancion ó en epigrama.

Las mugeres lindas no gustan de enfadarse, y asi es que raramente se enfadan; gustan de reir, y como no hay en el crimen una palabra que escite la risa, los bribones son tan honrados como todos los demas; pero desgraciado aquel que dé motivo á que se le ponga en ridículo: su marca cáustica es indeleble: no solamente despedaza las costumbres y la virtud, sino que hace impresion hasta en el vicio mismo; hace calumniar hasta á los malvados.

Lo mas admirable en estas sociedades selectas es ver á seis personas escogidas espresamente para divertirse juntas, y entre las cuales reinan tambien muchas veces uniones secretas, que no puedan permanecer una hora ceñidas en su conversacion á sí mismas, sin hacer intervenir en ella á la mitad de Paris; como si sus corazones nada tuviesen que decirse, y como si no hubiese en su sociedad persona que mereciese interesarlas.

Si por casualidad la conversacion recae sobre los convidados, es comunmente en cierto lenguaje enigmático de sociedad, cuya clave es necesario tener para entenderle. A favor de esta cifra se hacen recíprocamente, y segun el gusto del tiempo, mil chanzas pesadas en las cuales no es el que menos brilla el mas necio, miéntras que un tercero, mal instruido en la tal cifra, se halla reducido al fastidio, ó á reír de lo que no entiende.

Que en medio de esto aventure un hombre de forma un discurso grave ó agite una cuestion seria, al punto la atencion comun se fija sobre este nuevo objeto: hombres, mugeres, ancianos y jóvenes se ponen á considerarle bajo todos sus aspectos, y se admira uno del juicio y de la razon que como á porfía salen de estas frivolas cabezas, con tal que una chanza imprevista no venga á desordenar esta gravedad; porque entónces cada uno vuelve á su antiguo tono, toda gravedad desaparece, y ya no hay medio de volver á tomar el tono de seriedad de ántes.

No se discutiria mejor un punto de moral en una sociedad de filósofos, que lo es en la de una belleza de Paris: quizá fuesen en aquella menos severas muchas veces las conclusiones, porque el filósofo que quiere obrar como habla, vé allí en dos veces; pero aquí, en donde toda la moral es puro palabras, se puede ser austero sin consecuencia, y no se incomodaria nadie mucho para rebatir un poco el orgullo filosófico, en poner tan alta la virtud que aun el sabio mismo no pueda alcanzar á ella. Por lo demas, hombres y mugeres, instruidos todos por la esperiencia del mundo, y sobre todo por su conciencia,

se reunen para pensar de su especie todo lo mal que es posible, siempre filosofando tristemente, siempre degradando por vanidad á la naturaleza humana, siempre buscando en algun vicio la causa de

todo lo bueno que se hace, y siempre, en fin, murmurando por su propio corazon del corazon del hombre.

¿Que creeréis que se aprende en las conversaciones tan agradables de las grandes sociedades? ¿A juzgar sanamente de las cosas del mundo? ¿á hacer buen uso de la sociedad? ¿á conocer á lo menos á las gentes con quienes se vive? Nada de eso. Solo se aprende en ellas á defender la causa de la mentira, á trastornar á fuerza de filosofía todos los principios de la virtud, á dar un colorido á sus pasiones y preocupaciones con sofismas sutiles, y al error un cierto aire de moda segun las máximas del dia. No es necesario conocer el carácter de las personas, sino solamente sus intereses, para adivinar poco mas ó menos lo que dirán de cada cosa. Cuando un hombre habla, su hábito es, por decirlo asi, quien tiene un sentir, y lo mudará sin reparo tan frecuentemente como mude de estado. Dadle alternativamente una larga peluca, un uniforme y una cruz pectoral

le oiréis sucesivamente predicar con el mismo celo las leyes, el despotismo, y la inquisicion. Hay una razon que es comun á la ropa, otra á la hacienda, y otra á la espada: cada una prueba muy bien que son malas las otras dos, consecuencia fácil de sacarse por las tres. Asi nadie dice jamas lo que piensa, sino lo que le conviene hacer pensar á otro; y el aparente celo que los hombres muestran por la verdad, jamas es en ellos otra cosa que la máscara del interes.

Creeréis que las gentes aisladas y que viven en la independencia tienen á lo menos un espíritu propio de ellas mismas; nada de eso: son otras tantas máquinas que no piensan y que se les hace pensar por resortes. No hay mas que informarse de sus sociedades, de sus tertulias, de sus amigos, de las mugeres que tratan, y de los autores que conocen: en esto puede anticipadamente establecerse su futuro sentir sobre un libro que va á publicarse y que no han leído, sobre una pieza pronta á representarse y que no han visto, sobre tal ó cual sistema del que ninguna idea tienen; y como el reloj que ordinariamente no se le da cuerda sino para veinte y cuatro

horas, todas estas gentes van cada noche á aprender en sus tertulias lo que pensarán al dia siguiente.

Tambien hay un corto número de hombres y mugeres que piensan para todos los demas, y por los cuales todos los otros hablan y obran; y como cada uno piensa en su interes, y ninguno en el bien comun; y como todos los intereses particulares son siempre opuestos entre sí, es un choque perpetuo de partidos y de cabalas, y un flujo y reflujo de preocupaciones y de opiniones contrarias, en que los mas fogosos, animados por los otros, casi jamas saben de lo que se trata. Cada sociedad tiene sus reglas, sus juicios, sus principios, que en otra parte no son admitidos. El hombre honrado de una casa es un bribon en la del vecino. El bueno, el malo, el hermoso, el feo, la verdad, la virtud, solo tienen una existencia local y circunscrita. Cualquiera que gusta de tratar muchas personas y frecuenta muchas sociedades, debe ser mas flexible que Alcibiades; variar de principios como de reuniones; modificar su espíritu, por decirlo asi, á cada paso, y medir á palmos sus máximas: es necesario que en cada visita deje al entrar su modo de pensar, si tiene alguno; que tome otro conforme á la índole de la casa, asi como un lacayo toma un vestido de librea, que le deja del mismo modo al salir; y que vuelva á tomar el suyo, si quiere, hasta otro nuevo cambio.

Hay mas; y es que cada uno se pone continuamente en contradiccion consigo mismo sin que lo tenga por reprehensible: se tienen unos principios para la conversacion, y otros para la práctica: su oposicion á nadie escandaliza, y parece haber una convencion en que jamas se reunirán entre si. No se exige, ni aun de un autor (sobre todo si es moralista) que hable como sus libros, ni aun que obre como habla. Sus escritos, sus discursos y su conducta son tres cosas diferentes que no está obligado á conciliar. En una palabra, todo es absurdo y nada choca, proque se está acostumbrado á ello; y aun en esta inconsecuencia hay una especie de bien parecer de que se precian muchas gentes. En efecto, aunque todos predicán con celo la máxima de su profesion, todos sin embargo se precian de tener el rango de otro. El magistrado toma el aire del caballero, el arrendador hace del señor, el cortesano

habla de filosofía, el hombre de estado de marcialidad: no hay nadie, hasta el simple jornalero, que no pudiendo tomar otro tono que el suyo, no se vista de negro los domingos para tener el aire de un palaciego. Solo los militares, despreciando todos los otros estados, conservan sin reparo el tono del suyo.

Así, pues, los hombres á quienes se habla no son aquellos con quienes se conversa: sus sentimientos no salen de su corazón, sus luces no existen en su espíritu, sus discursos no representan sus pensamientos, no se percibe de ellos mas que su figura; y en una tertulia se está poco mas ó menos como ante un cuadro movible, donde el espectador tranquilo es el único ser movido por sí mismo.

¡Cuan dulce seria vivir entre nosotros mismos, si el porte exterior fuese siempre la imagen de las disposiciones del corazón, si la decencia fuese la virtud, si nos sirviesen de regla nuestras máximas, si fuese inseparable la verdadera filosofía del título de filósofo! Pero raramente se juntan tantas cualidades, y la virtud casi no marcha con tan grande aparato.

Penetremos, en medio de nuestras frívolas demostraciones de benevolencia, á lo que pasa en el fondo de los corazones, y reflexionemos lo que debe ser un estado de cosas en el que todos los hombres se ven forzados á halagarse y destruirse mutuamente, y en el que nacen enemigos por deber, y embusteros por interes: cada hombre, se dice, gana en servir á los demas; sí, pero gana mas aun en hacerles daño: no hay ninguna utilidad tan legítima, que no se halle escedida por la que puede sacarse ilegítimamente; y el daño hecho al prójimo siempre es mas lucrativo que los servicios. Ya no se trata de mas que de asegurar los medios de la impunidad; y en esto emplean los poderosos todas sus fuerzas, y los débiles todas sus astucias.

¡Que contraste se advierte entre los discursos, los sentimientos y las acciones de las gentes honradas! Cuando veo á los mismos hombres mudar de máximas segun las sociedades en que se hallan, siendo molinistas en una, jansenistas en otra, viles cortesanos y aduladores en casa de un ministro, críticos sediciosos del gobierno en la de un descontento; cuando veo á un hombre, lleno de oro de arriba abajo, prohibir el lujo,

un arrendador los impuestos, un prelado el desarreglo: cuando oigo á una dama cortesana hablar de modestia, á un gran señor de virtud, á un autor de sinceridad, á un abate de religion, y que estos absurdos á nadie chocan; ¿no debo al punto concluir que aquí ya no se cuida de entender la verdad, sino de decirla; y que lejos de querer persuadir á los otros cuando se les habla, no se trata ni aun de hacerles pensar que se cree lo que se les dice?

Los autores, los literatos y los filósofos no cesan de clamar que para llenar los deberes de ciudadano, para servir á sus semejantes, es menester habitar en las grandes ciudades: segun ellos, huir de París es aborrecer el género humano; el pueblo del campo nada es á sus ojos; y al oirlos, se creería que no hay hombres sino donde hay pensiones y academias. Poco mas ó menos la misma inclinacion arrastra á todos los estados. Los cuentos, las novelas, las piezas de teatro, todo recae sobre las provincias, todo las pone en ridículo; la simplicidad de las costumbres rústicas, todo predica los modales y los placeres del gran mundo; es una vergüenza no conocerlos, es una desgracia gracia no gustarlos. ¡Quien sabe de cuantos rateros y prostitutas puebla á Paris de dia en dia el atractivo de estos placeres imaginarios! Asi las preocupaciones y la opinion reforzando el efecto de los sistemas políticos, reunen, amontonan á los habitantes de cada país sobre algunos puntos del territorio, y dejan todo lo demas erial y desierto. Asi, para hacer brillar las capitales, se despueblan las naciones; y este brillo fútil, que hiera la vista de los necios, hace que la Europa camine á largos pasos á su ruina.

Los Franceses del gran tono nada mas que á sí mismos cuentan en el universo: nada es á sus ojos todo lo demas. Tener un coche magnífico, un volante, un mayordomo, es ser *como todo el mundo*. Para ser *como todo el mundo*, es preciso ser como pocas personas. Los que andan á pié no son del mundo, son plebeyos, esto es, hombres del pueblo, gente del otro mundo; y se diria que un coche no tanto es necesario para hacerse conducir en él, como para existir.

HOMBRE

En el estado en que se encuentran las cosas, un hombre abandonado desde su nacimiento á sí mismo entre los demas seria el mas desfigurado de todos. Las preocupaciones, la autoridad, la necesidad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que nos hallamos sumidos, sofocarían en él la naturaleza, sin reemplazarla con nada; seria en él como un arbolito nacido por casualidad en medio de un camino, que muy pronto perece á manos de los pasajeros que chocan con él por todas partes, y tiran de sus ramas en todas direcciones.

Se mejoran las plantas por el cultivo, los hombres por la educación. Si el hombre naciese ya grande y robusto, le serían inútiles su estatura y sus fuerzas, hasta que hubiese aprendido á servirse de ellas: le serían perjudiciales, impidiendo á los demas que cuidasen de socorrerle; y abandonado á sí mismo, moriría de miseria antes de haber hecho conocer sus necesidades. Nos quejamos del estado de la infancia, y no se vé que la especie humana hubiera perecido si hubiera principiado el hombre por ser adulto.

Supongamos que un niño al nacer tuviese la estatura y la fuerza de un hombre hecho; que saliese, por decirlo así, del seno de su madre, como Pallas del cerebro de Jupiter; este hombre niño seria un perfecto imbécil, un autómatas, una estatua inmóvil y casi insensible. Nada vería, nada entendería, no conocería á nadie, no sabría ni aun volver los ojos á lo que necesitase ver. No solamente no distinguiría fuera de él ningún objeto, sino que tampoco referiría ninguno al órgano del sentido que se lo hiciese

distinguir: los colores no estarían en sus ojos, ni los sonidos en sus oídos; los cuerpos que tocara no estarían sobre el suyo, ni aun él mismo sabría que tiene uno: el contacto de sus manos estaría en su cerebro; todas sus sensaciones se reunirían en un solo punto; no existiría sino en el sensorio común; no tendría más que una sola idea, la del yo, á la que referiría todas sus sensaciones; y esta idea, ó más bien este sentimiento, sería la única cosa que poseyese más que un niño ordinario.

La suerte del hombre es padecer en todo tiempo: hasta el mismo cuidado de su conservación está unido á la pena. Bien feliz es el no conocer en su infancia sino los males físicos, males mucho menos crueles, mucho menos dolorosos que los otros, y que mucho más raramente que ellos nos obligan á renunciar á la vida. Nadie se mata por los dolores de gota; únicamente los del ánimo producen la desesperación. Compadecemos la suerte de la infancia, cuando es la nuestra la que deberíamos llorar.

Mientras que los hombres se contentaron con sus cabañas rústicas, en tanto que se limitaron á coser sus vestidos de pieles con espinas ó raspas de pescados, á adornarse con plumas y conchas, á pintarse el cuerpo de diversos colores, á perfeccionar y hermosear sus arcos y sus flechas, á labrar con piedras cortantes algunas canoas ó barcas de pescadores, ó algunos groseros instrumentos músicos; en una palabra, en tanto que solo se aplicaron á obras que podía hacer uno solo, y á artes que no necesitaban la concurrencia de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y felices, tanto como podían serlo por su naturaleza, y continuaron gozando entre sí de las dulzuras de su comercio independiente; pero desde el momento en

que un hombre necesitó del auxilio de otro, desde que echó de ver que era útil á uno solo tener provisiones para dos, desapareció la igualdad; la propiedad se introdujo, se hizo necesario el trabajo: los inmensos bosques se convirtieron en bellas campiñas, que se hizo preciso regar con el sudor de los hombres, y en las que se vió bien pronto germinar la esclavitud y la miseria y crecer con las mieses.

Las dos artes cuya invención produjo esta grande revolución, fueron la metalurgia y la agricultura. El oro y la plata, según el poeta,

y el hierro y el trigo, según el filósofo, son los que han civilizado á los hombres y perdido al género humano.

Los hombres no son hechos para amontonarse como hormigueros, sino para derramarse sobre la tierra que deben cultivar. Cuanto mas se juntan, mas se corrompen: las enfermedades del cuerpo, así como los vicios del alma, son el efecto infalible de este concurso demasiado numeroso. De todos los animales el hombre es el que menos puede vivir en rebaños: amontonados los hombres como carneros, perecerían todos en muy corto tiempo. El aliento del hombre es mortal tal á sus semejantes, y esto no es menos cierto en lo propio que en lo figurado.

Si sólo se tratase de mostrar á los jóvenes la máscara del hombre, no habría necesidad de hacerlo, porque hartos la verían siempre; pero pues que la máscara no es el hombre, y no queremos que se dejen engañar por su barniz, al pintarles los hombres, pintádselos tales como son, no para que los aborrezcan, sino para que los compadezcan: á mi parecer este es el mas juicioso sentimiento que puede el hombre tener sobre su especie.

El Ser Supremo ha querido honrar en todo á la especie humana: dando al hombre pasiones sin límites, le da ni mismo tiempo la ley que las regla, para que sea libre y pueda mandarse á sí mismo: entregándole á pasiones inmoderadas, junta á estas pasiones la razón para gobernarlas: dando á la muger deseos ilimitados, junta también á estos deseos el pudor para contenerlos. Para colmo de todo añade aun una recompensa actual al buen uso de sus facultades, á saber, el placer que se experimenta en las cosas honestas cuando ellas reglan sus acciones.

Dicen los hombres que es corta la vida, y yo veo que ellos mismos hacen lo que pueden para hacerla mas corta. No sabiendo emplearla, se quejan de la rapidez del tiempo; y yo veo que este corre con demasiada lentitud según su deseo. Poseídos siempre del objeto á que aspiran, miran con dolor el intervalo que los separa de él: uno querría haber llegado ya á mañana, otro al mes próximo, otro diez años mas allá; nadie quiere vivir hoy; nadie está contento con la hora presente; todos los hombres la tienen por lenta en pasar.

¡Mortales! ¿no dejaréis jamás de calumniar á la naturaleza? ¿Por que quejaros de que es corta la vida, pues que no lo es aun bastante segun vuestro deseo? Si hay alguno entre vosotros que sepa templar suficientemente sus deseos para no anhelar nunca que corra el tiempo, ese no la tendrá por demasiado corta: vivir y gozar, serán la misma cosa para él; y aun cuando muriese joven, moriria satisfecho de sus días.

ESTUDIO DEL HOMBRE

El estudio que conviene al hombre es el de sus relaciones: en tanto que no se conoce sino por su ser físico, debe estudiarse por sus relaciones con los hombres; este es el empleo de su vida entera.

Un corazón recto es el primer órgano de la verdad; quien nada ha sentido, nada sabe aprender; no hace más que fluctuar de errores en errores; solo adquiere un vano saber y conocimientos estériles, porque la verdadera relación de las cosas con el hombre, que es su ciencia principal, le es siempre desconocida. Pero el no estudiar también las relaciones que las cosas tienen entre sí, es limitarse a la primera mitad de esta ciencia. Poco vale conocer las pasiones humanas, si no se saben apreciar los objetos, y este segundo estudio no puede hacerse sino en la calma de la meditación.

La experiencia y el sentimiento son nuestros verdaderos maestros; y jamás conoce bien el hombre lo que conviene al hombre, sino en las relaciones en que él mismo se ha hallado.

La juventud del sabio es el tiempo de sus experiencias; sus pasiones son los instrumentos de ellas; pero después de haber aplicado su alma para sentir las a los objetos exteriores, las recoge dentro de sí mismo para considerarlas, compararlas y conocerlas.

LIBERTAD DEL HOMBRE

Ningun ser material es activo por sí mismo, y yo lo soy: en vano se me quiere disputar esto; lo siento, y este sentimiento es mas fuerte que el raciocinio que le combate. Tengo un cuerpo sobre el cual obran los demas, y que obra sobre ellos: esta accion recíproca no puede ponerse en duda; pero mi voluntad es independiente de mis sentidos: consiento ó me resisto, me rindo ó soy vencedor; y siento perfectamente en mí mismo cuando hago lo que he querido hacer, ó cuando no hago mas que ceder á mis pasiones. Siempre tengo el poder de querer, no siempre la fuerza de ejecutar. Cuando me entrego á las sensaciones, obro segun el impulso de los objetos esternos: cuando me echo en cara esta debilidad, solo escucho á mi voluntad. Soy esclavo por mis vicios, y libre por mis remordimientos: el sentimiento de mi libertad no se borra en mí sino cuando me depravo, y cuando, en fin, estorbo que se levante la voz del alma contra la ley del cuerpo.

No conozco la voluntad sino por el sentimiento de la mía, y el entendimiento no me es mas conocido. Cuando se me pregunta cual es la causa que determina mi voluntad, pregunto á mi vez cual es la que determina mi juicio, porque es claro que estas dos causas solo son una; y si se comprende bien que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es otra cosa que el poder de juzgar y de comparar, se verá que su libertad no es mas que un poder semejante ó derivado de aquel. Elige el bien, si ha juzgado bien de lo verdadero; y el mal, si ha juzgado erróneamente. ¿Y cual es la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cual es la causa que determina su juicio? La facultad inteligente, su

potencia de juzgar: la causa determinante está en él mismo. En pasando mas allá, nada entiendo.

Sin duda que yo no soy libre de no querer mi propio bien, ni de querer mi mal; sin embargo, en esto mismo consiste mi libertad, en que no puedo querer sino lo que me conviene ó que yo pienso convenirme, sin que nada que me sea estraño me determine. ¿Se sigue de aquí que yo no soy árbitro de mí mismo porque no lo sea de otro que yo?

El principio de toda accion reside en la voluntad de un ser libre, y no es posible remontarnos mas allá. No es el nombre de libertad el que no significa nada, es el de necesidad. Suponer algun acto, algun efecto que no derive de un principio activo, es suponer verdaderamente unos efectos sin causa, es caer en el círculo vicioso: ó no hay primer impulso, ó todo primer impulso no tiene ninguna causa anterior, y no hay verdadera voluntad sin libertad. El hombre es pues libre en sus acciones, y como tal animado por una sustancia inmaterial.

Si el hombre es activo y libre, si obra por sí mismo, todo lo que hace libremente está fuera del sistema ordenado por la Providencia, y no puede ser imputado á esta. La Providencia no quiere el mal que hace el hombre abusando de la libertad que le da, pero no le impide hacerlo; ya sea porque de parte de un ser tan débil este mal sea nulo á sus ojos, ó ya porque no pudiese impedirlo sin violentar su libertad, y hacer un mal mayor, degradando su naturaleza. Le ha hecho libre para que hiciese, no el mal, sino el bien por eleccion. Le ha puesto en estado de hacer esta eleccion, usando bien de las facultades de que le ha dotado; pero ha limitado de tal modo sus fuerzas, que el abuso de la libertad que le deja no puede turbar el órden general. El mal que hace el hombre recae sobre él mismo, sin variar en nada el sistema del mundo, y sin estorbar que á despecho de sí misma se conserve la especie humana. Quejarse de que Dios no le estorba hacer el mal, es quejarse de que le haya hecho de una excelente naturaleza, de que haya puesto en sus acciones la moralidad que las ennoblece, y de que le dió derecho á la virtud. El goce supremo está en el contento de sí mismo: para merecer este contento, se nos ha puesto sobre la tierra, se nos ha dotado de libertad, somos tentados por las

pasiones, y contenidos por la conciencia. ¿Que mas podía hacer en nuestro beneficio la misma potencia divina? ¿Podía hacer contradictoria nuestra naturaleza, dando el premio de las buenas obras á quien no tuviese la potestad de obrar mal? ¡Que! para estorbar que el hombre fuese malo, ¿era preciso limitarle al instinto y hacerle bruto? No, no, Dios de mi alma, jamas te acusaré de haberla formado á imágen tuya para que como Tú pudiese ser bueno, libre y feliz.

NATURALEZA DEL HOMBRE, INMATERIALIDAD DEL ALMA

Reflexionando sobre la naturaleza del hombre, descubro en ella dos principios distintos, de los cuales el uno le eleva al estudio de las verdades eternas, al amor de la justicia y de la belleza moral, á las regiones del mundo intelectual, cuya contemplacion forma las delicias del sabio; y el otro le hace entrar humildemente en sí mismo, le sujeta al imperio de los sentidos, á las pasiones que son sus ministros, y por ellas contraría todo lo que le inspira el sentimiento del primero. Sintiendo me arrastrado y combatido por estos dos movimientos opuestos, me digo á mí mismo: No, el hombre no es uno; yo quiero y no quiero; me siento al mismo tiempo esclavo y libre: veo el bien, le amo, y hago el mal: soy activo cuando escucho la razon, pasivo cuando me arrastran mis pasiones; y el mayor tormento que tengo cuando me rindo á ellas, es conocer que he podido resistir.

Si es una inclinacion innata al hombre preferirse á todo, y es sin embargo innato en el corazon humano el primer sentimiento de la justicia, que aparte estas contradicciones el que hace del hombre un ser simple, y ya no reconozco mas que una sustancia. Por esta palabra *sustancia* comprendo en general el ser dotado de alguna cualidad primitiva, y hecha abstraccion de todas las modificaciones particulares ó secundarias. Si pues todas las cualidades primitivas que conocemos pueden reunirse en un mismo ser, no debe admitirse sino una sustancia; pero si hay algunas que la excluyan

mutuamente, hay otras tantas diferentes sustancias de quienes pueden hacerse semejantes exclusiones.

No necesito, diga lo que quiera Locke, conocer la materia sino como estensa, y divisible, para estar seguro de que no puede jamas pensar; y aun cuando un filósofo venga á decirme que los árboles sienten y que piensan las rocas, en vano querrá hacerme dudar con sus sutiles argumentos: no puedo ver en él mas que un sofista de mala fe, que quiere mas dar á las piedras el sentimiento, que conceder al hombre un alma.

Supongamos un sordo que niegue la existencia de los sonidos, porque jamás han herido su oido: pongo á su vista un instrumento de cuerda, y hago tocar su unísono en otro instrumento oculto: el sordo vé vibrar la cuerda, yo le digo: el sonido es el que hace eso. No hay tal, responde él; la causa de la vibracion de la cuerda está en ella misma, es una cualidad comun á todos los cuerpos el vibrar asi. Pues mostradme, le replico, esta vibracion en los otros cuerpos, ó á lo menos su causa en esta cuerda. No puedo, responde el sordo; pero, porque yo no concibo como vibra esta cuerda, ¿quereis que vaya á esplicarlo por medio de vuestros sonidos de que no tengo la menor idea? eso es esplicar un hecho oscuro: ó hacedme sensibles vuestros sonidos, ó digo que no existen. Quanto mas reflexiono sobre el pensamiento y la naturaleza del espíritu humano, mas me convenzo de que el raciocinio de los materialistas se parece al de este sordo. Son sordos en efecto á la voz interior que en un tono difícil de desoirse, les grita: una máquina no piensa, no hay en ella ni movimiento ni figura que produzca la reflexion: alguna cosa dentro de tí procura romper los vínculos que la comprimen: no es el espacio tu medida; el universo entero no es demasiado grande para tí; tus sentimientos, tus deseos, tu inquietud, tu mismo orgullo, tienen otro principio que ese estrecho cuerpo en que te sientes encadenado.

Si el alma es inmaterial, puede sobrevivir al cuerpo, y si le sobrevive, está justificada la Providencia. Aun cuando yo no tuviese otra prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malo y la opresion del justo en este mundo, esto solo no me dejaria dudar de ella. Una disonancia tan chocante en la armonía universal me haria

que procurase resolverla. Me diria á mí mismo: no acaba todo para nosotros con la vida; con la muerte todo vuelve á entrar en el órden. Yo á la verdad me veria indeciso al preguntarme ¿donde está el hombre, cuando todo lo sensible que habia en él se ha destruido? Esta pregunta no es una dificultad para mí, tan luego como he reconocido dos sustancias. Es cosa muy sencilla que durante mi vida corporal, no percibiendo nada sino por mis sentidos, se les escape lo que no está sometido á ellos. Cuando se ha disuelto la union del cuerpo con el alma, concibo que puede destruirse el uno, y conservarse la otra. ¿Por que la destruccion de aquel ha de acarrear la de esta? Al contrario, siendo de naturalezas tan diferentes, se hallaban por su union en un estado violento; y cuando cesa esta union, ambas vuelven á entrar en su estado natural. La sustancia activa y viviente recobra toda la fuerza que gastaba en mover la pasiva y muerta. ¡Ah! demasiado lo siento por mis vicios. El hombre durante su vida no vive sino á medias, y la vida del alma no principia hasta la muerte del cuerpo.

Concibo como se consume y destruye el cuerpo por la desunion de sus partes; pero no puedo concebir semejante destruccion del ser que piensa; y no imaginando como puede morir, presumo que no muere. Y pues que me consuela esta presuncion, y que no se opone á la razon, ¿por que he de temer abandonarme á ella?

Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y el pensamiento: sé que existe, sin saber cual es su esencia: no puedo racionar sobre ideas que no conozco: lo que sé bien, es que la identidad del yo se prolonga solo por la memoria, y que para ser efectivamente el mismo, es necesario que me acuerde de haber sido. Pero despues de mi muerte no podria acordarme de lo que he sido durante mi vida, sin acordarme tambien de lo que he sentido, y por consiguiente de lo que he hecho; y no dudo de que esta memoria constituya un dia la felicidad de los buenos y el tormento de los malos. En la tierra mil ardientes pasiones absorven el sentimiento interno y acallan los remordimientos. Las humillaciones y las desgracias que trae consigo el ejercicio de las virtudes impiden sentir todo su encanto. Pero cuando libres de las ilusiones que nos causan el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplacion del Ser Supremo y de las

eternas verdades de que es el manantial; cuando la belleza del orden embargue todas las potencias de nuestra alma, y cuando nos ocupemos únicamente en comparar lo que hemos hecho con lo que hemos debido hacer, entónces la voz de la conciencia recobrará su fuerza y poderio, entónces la voluntad pura que nace del contento de sí mismo, y el amargo dolor de haberse envilecido, distinguirán con sentimientos inagotables la suerte que cada uno se haya preparado.

Cuanto mas me recojo dentro de mí mismo, cuanto mas me examino, mas claramente leo escritas en mi alma estas palabras: *Sé justo, y serás feliz*. Mas no es asi si contemplamos el actual estado de cosas; prospera el malo, y el justo vive oprimido. ¡Que indignacion escita en nosotros el ver frustrada esta esperanza! La conciencia se exalta y murmura contra su autor, y gimiendo le clama: me has engañado. ¡Te he engañado, temerario! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Está aniquilada tu alma? ¿Has dejado de existir? ¡Oh Bruto! ¡oh hijo mio! no manches tu noble vida al acabarla. No dejes en los campos de Filipo con tu cadáver tu esperanza y tu gloria. ¿Por que dices: la virtud no es nada, cuando vas á gozar el premio de la tuya? ¿Piensas que vas á morir? no, vas á vivir, y entónces es cuando te cumpliré lo que te he prometido.

RAZÓN

Una de las adquisiciones del hombre, y quizá de las más lentas, es la razón. El hombre aprende á ver con los ojos del espíritu, del mismo modo que con los del cuerpo; pero es mucho más largo el primer aprendizaje que el segundo, porque no midiéndose como la extensión las relaciones de los objetos intelectuales, no se adquieren sino por estimación; y porque nuestras primeras necesidades, nuestras necesidades físicas, no nos hacen tan interesante el examen de estos mismos objetos. Es necesario aprender á ver dos objetos á un tiempo; es necesario aprender á comparar los objetos en la muchedumbre, á subir por grados á las causas, á seguirlas en sus efectos; es preciso haber combinado una infinidad de relaciones para adquirir ideas de conveniencia, de proporción, de armonía y de orden. El hombre que, privado del auxilio de sus semejantes, y ocupado incesantemente en subvenir á sus necesidades, está en todo reducido á la sola dirección de sus propias ideas, hace bien lentos progresos en aquella parte: envejece y muere ántes de haber salido de la infancia de la razón.



ENTENDIMIENTO DEL HOMBRE.

Se conoce ó puede conocerse el primer punto de que parte cada uno de nosotros para llegar al grado comun del entendimiento; ¿pero quien es el que conoce la otra estremidad? Cada uno adelanta mas ó menos segun su genio, su gusto, sus necesidades, sus talentos, su celo, y los motivos que tiene de abandonarse á ella. No sé que ningun filósofo haya sido todavía bastante atrevido para decir: he aquí el término adonde el hombre puede llegar y del que no podría pasar. Ignoramos lo que nuestra naturaleza nos permite ser: ninguno de nosotros ha medido la distancia que puede haber entre un hombre y otro. ¿Cual es el alma baja á quien jamas inflamó esta idea, y que en su orgullo no se dice á sí misma alguna vez: ¡Cuanto he pasado ya! ¡cuanto puedo aun alcanzar! ¿Por que mi igual iria mas lejos que yo?

GRANDEZA DEL HOMBRE.

El hombre es el Rey de la tierra que habita; pues no solamente sujeta y domina á todos los animales, y dispone por su industria de los elementos, sino que es el único sobre la misma tierra que sabe tambien disponer de ella, y aun apropiarse los astros (á que no puede acercarse) por medio de la contemplacion. Que se me muestre otro animal sobre la tierra, que sepa hacer uso del fuego y admirar el sol. ¡Que! puedo observar, conocer los seres y sus relaciones; puedo sentir lo que es el órden, la belleza, la virtud; puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que le gobierna; puedo, en fin, amar el bien y hacerlo, ¿y me compararia á los brutos? ¡Alma envilecida y despreciable! tu triste filosofía es la que te hace semejante á ellos, ó mas bien, en vano quieres envilecerte. Tu mismo genio depone contra tus principios, tu corazon bienhechor desmiente tu doctrina, y el abuso mismo de tus facultades prueba, á tu pesar, su escelencia.

DEBILIDAD DEL HOMBRE

Cuando se dice que el hombre es débil, ¿que es lo que se quiere decir? Esta palabra *debilidad* indica una relacion, una relacion del ser á que se aplica. Aquel cuya fuerza es superior á las necesidades, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades son superiores á la fuerza, aunque sea un elefante, un leon, aunque sea un conquistador, un héroe, aunque fuese un Dios (si cabe esplicarse asi), es un ser débil. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza, era mas débil que el feliz mortal que segun la suya vive en paz. El hombre es demasiado fuerte cuando se contenta con ser lo que es, y demasiado débil cuando quiere elevarse sobre la humanidad. No os figureis que estendiendo vuestras facultades estendeis vuestras fuerzas; por el contrario, las disminuís si vuestro orgullo se estiende mas que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera, y permanezcamos en el centro como la araña en medio de su tela: serémos siempre suficientes á nosotros mismos, y no tendrémos que quejarnos de nuestra debilidad, porque jamas la sentirémos.

SABIDURÍA HUMANA

El defecto grande de la sabiduria humana, aun de aquella que solo tiene por objeto la virtud, es un exceso de confianza que nos hace juzgar de lo futuro por lo presente , y por un momento de la vida entera. Se siente uno firme un instante, y ya se cuenta con que jamas será movido: lleno de un orgullo que todos los días confunde la esperiencia, cree no tener ya de que temer por haber evitado un lazo una vez. El modesto leuguage del denuedo es: *soy valiente un día*; pero quien dice: *soy valiente*, no sabe lo que será mañana; y teniendo por suyo un valor que él no se ha dado, merece perderlo al punto de servirse de él.

¡Cuan ridículos deben ser todos nuestros proyectos, y cuan insensatos todos nuestros razonamientos ante el Ser para quien no tienen sucesion los tiempos, ni distancia los lugares! Tenemos por nada lo que está lejos de nosotros, y no vemos lo que nos toca: y cuando hayamos mudado de situacion, serán contrarios nuestros juicios y no serán mejor fundados. Arreglamos lo futuro por lo que nos conviene en el día, sin saber si nos convendrá mañana; juzgamos de nosotros mismos como si fuésemos siempre los mismos, y variamos todos los días. ¿Quien sabe si amarémos lo que amamos, si querrémos lo que queremos, si serémos lo que somos, si los objetos estraños y las alteraciones de nuestros cuerpos no habrán modificado diferentemente nuestros ánimos, y si hallarémos nuestra miseria en lo que habíamos dispuesto para nuestra felicidad? Mostradme la regla de la sabiduría humana, y la tomo al punto por guia. Pero si la mejor leccion es

enseñarnos á que desconfiemos de ella, recurramos á la que no engaña, y hagamos lo que nos inspira.

HOMBRE SELVAGE

Los deseos del hombre selvage no pasan de sus necesidades físicas: los únicos bienes que conoce en el universo, son el alimento, una muger, y la holganza ó el reposo; y los únicos males que teme, son el dolor y no la muerte, porque jamas sabrá el animal lo que es morir; y el conocimiento de la muerte y sus terrores es una de las primeras adquisiciones que ha hecho el hombre alejandose de la condicion animal.

El hombre selvage estando siempre solo, ocioso, y próximo al peligro, debe gustar de dormir, y tener el sueño ligero como los animales, que pensando poco, duermen, por decirlo asi, todo el tiempo que no piensan. Formando su propia conservacion casi su único cuidado, sus facultades mas ejercitadas deben ser las que tienen por principal objeto el ataque y la defensa, ya para sujetar su presa, ya para garantizarse de ser él mismo la de otro animal. Al contrario, los órganos que solo se perfeccionan por la molicie y la sensualidad, deben permanecer en un estado de grosería que escluya en él toda especie de delicadeza; hallandose divididos sobre este punto sus sentimientos, tendrá el tacto y el gusto sumamente torpes, y la vista y el olfato de la mayor sutileza. Tal es en general el estado animal, y asi es, segun la relacion de los viajeros, el de la mayor parte de los pueblos selvages.

Siendo el cuerpo del hombre selvage el único instrumento que él conoce, le emplea en diversos usos de lo que son incapaces los nuestros por falta de ejercicio; nuestra industria es la que nos quita la fuerza y la agilidad que la necesidad obliga á adquirir. Si hubiese tenido el selvage una hacha, ¿romperia con sus puños tan fuertes

ramas? Si hubiese tenido una honda, ¿lanzaría con la mano una piedra con tanta fuerza? ¿Treparía tan ligeramente sobre un árbol, si hubiese tenido una escala? ¿Sería tan veloz en la carrera, si hubiese tenido un caballo? Dejemos el tiempo al hombre civilizado para reunir al rededor de sí todas sus máquinas, no puede dudarse que con dificultad sobrepuja al hombre selvage; pero si queremos ver una lucha todavía desigual, pongamoslos desnudos uno enfrente de otro, y bien pronto conocerémos cual es la ventaja de tener incesantemente todas sus fuerzas á su disposicion, de estar siempre pronto á todo acontecimiento, y de llevarse siempre, por decirlo asi, todo entero consigo mismo.

Hay dos clases de hombres cuyos cuerpos estan en un ejercicio continuo, y que seguramente cuidan tan poco los unos como los otros de cultivar su espíritu, y son la gente del campo y los selvages. Los primeros son rústicos, groseros, y faltos de habilidad; los otros, conocidos por su gran sentido, lo son mas aun por la sutileza de su espíritu: generalmente, nada hay mas torpe que un rústico del campo, ni mas astuto que un selvage. ¿De donde viene esta diferencia? De que el primero, haciendo siempre lo que se le manda, lo que ha visto hacer á su padre desde su juventud, no obra jamas sino por rutina; y en su vida casi autómata, empleado incesantemente en los mismo trabajos, el hábito y la obediencia ocupan el lugar de la razon.

Otra cosa sucede en cuanto al selvage: no estando adicto á ningun lugar, no teniendo obligacion alguna prescrita, no obedeciendo á nadie, sin otra ley que su voluntad, se vé forzado á raciocinar á cada momento de su vida; no hace un movimiento, no da un paso sin haber mirado ántes las consecuencias que puede seguirse. Asi, ilustra su espíritu: crecen á un tiempo su fuerza y su razon, y la una se estiende por la otra.

HOMBRE CIVILIZADO

El paso del estado de naturaleza al de civilización ha producido en el hombre una mudanza muy notable, sustituyendo en su conducta la justicia al instinto, y dando á sus acciones la moralidad que ántes les faltaba. Solamente entónces fué cuando sucediendo diendo la voz del poder al impulso físico, y el derecho al apetito, el hombre, que hasta aquella época no habia mirado mas que á sí mismo, se vió forzado á obrar por otros principios, y á consultar su razon ántes de escuchar á sus inclinaciones. Aunque se prive en este estado de muchas ventajas que posee de la naturaleza, reporta otras tan grandes, se ejercen y desenvuelven sus facultades, se ejercen y desenvuelven sus facultades, se estienden sus ideas, se ennoblecen sus sentimientos, y su alma entera se eleva á tal punto, que si los abusos de esta nueva condicion no la degradasen muchas veces hasta hacerla inferior á aquella de que ha salido, deberia bendecir sin cesar el feliz instante que le arrancó de ella para siempre, y que, de un animal estúpido y limitado, hizo un ser inteligente, un hombre.

¿Donde se halla el hombre honrado que nada debe á su pais? Cualquiera que sea, le debe lo que hay de mas precioso para el hombre, la moralidad de sus acciones y el amor de la virtud. Nacido en lo interior de un bosque, hubiera vivido mas feliz, mas libre; pero no teniendo nada con que luchar para seguir sus inclinaciones, hubiera sido bueno sin mérito, no hubiera sido virtuoso; y ahora sabe serlo á pesar de sus pasiones. La apariencia sola del órden le conduce á conocerle y amarle. El bien público, que solo sirve de pretesto á los otros, es para él solo un motivo real. Aprende á

combatir consigo mismo, á vencerse, á sacrificar su propio interes al interes comun. No es cierto que no saca ninguna utilidad de las leyes: ellas le dan valor para ser justo aun entre los malos; ni es tampoco cierto que no le han hecho libre, puesto que le han enseñado á dominarse, á reinar sobre sí mismo.

Quien come en la ociosidad lo que él mismo no ha ganado, lo roba: es un rentero ó un criado á quien paga el estado para no hacer nada por él; á mis ojos no se diferencia de un bandido que vive á costa de los pasajeros. Aisaldo el hombre fuera de la sociedad, no debiendo nada á nadie, tiene derecho á vivir como quiera; pero en la sociedad, donde necesariamente vive á costa de los demas, les debe en trabajo el precio de su conservación: esto es sin escepcion. Trabajar, pues, es un deber indispensable al hombre social. Rico ó pobre, poderoso ó debil, todo ciudadano ocioso es un bribón.

El hombre y el ciudadano, cualquiera que sea, no tiene otro bien que poner en la masa comun de la sociedad que él mismo: todos los demas á pesar suyo estan en ella; y cuando un hombre es rico, ó no goza de su riqueza, goza tambien de ella el público. En el primer caso, roba á los otros aquello de que se priva; y en el segundo, nada les da. Asi le queda la deuda social toda entera, en tanto que no paga de su propia riqueza.

DIFERENCIA ENTRE EL HOMBRE CIVILIZADO Y EL SELVAGE

El hombre selvage y el hombre civilizado difieren de tal modo por el fondo del corazón y por las inclinaciones, que lo que hace la suprema felicidad del uno reduciría al otro á la desesperación. El primero no respira más que el reposo y la libertad, no quiere más que vivir y estar ocioso, y aun la misma tranquilidad de alma del estoico no iguala con su profunda indiferencia á todo otro objeto. Al contrario, el ciudadano siempre activo suda, se agita y atormenta incesantemente para buscar ocupación aun más laboriosa: trabaja hasta la muerte, corre á ella para ponerse en estado de vivir, ó renuncia á la vida para adquirir la inmortalidad. Hace su corte á los grandes á quienes aborrece, á los ricos que desprecia; nada perdona para obtener el honor de servirlos; hace alarde orgullosamente de su bajeza y de su protección, y ufano de su esclavitud, habla con desprecio de los que no tienen el honor de participar de ella. ¡Que espectáculo sería para un Caribe ver los penosos y envidiados trabajos de un ministro europeo! ¡Cuántas muertes crueles no preferiría este indolente selvage al horror de semejante vida, que muchas veces si aun es endulzada por el placer de hacer el bien!

El selvage vive dentro de sí: el hombre social vive fuera, no saber vivir sino en las opiniones de los otros; saca de su solo juicio, por decirlo así, el sentimiento de su propia existencia. De aquí viene que preguntando siempre lo que oímos á los demás, y no atreviéndonos jamás á preguntarnos sobre esto á nosotros mismos, en medio de

tanta filosofía, de humanidad, de civilización, y de máximas sublimes, solo tenemos un exterior engañoso y frívolo, honor sin virtud, razón sin sabiduría, y placer sin felicidad.

El hombre salvaje, luego que ha comido, está en paz con toda la naturaleza, y es amigo de todos sus semejantes: si alguna vez trata de disputar su comida, jamás llega á las manos sin haber comparado ántes la dificultad de vencer con la de hallar su subsistencia en otra parte; y como no se mezcla el orgullo en el combate, este se termina por algunas puñadas: come el vencedor, el vencido va á buscar su fortuna por otro lado, y todo queda en paz. Pero otra cosa sucede entre los hombres en sociedad: primeramente se trata de proveer á lo necesario, y después á lo superfluo; en seguida vienen las delicias, luego las inmensas riquezas, después los súbditos, y en fin los esclavos: no tiene un momento de descanso; lo más singular es, que cuanto son menos naturales y urgentes las necesidades, más se aumentan las pasiones, y (lo que es peor) el poder de satisfacerlas: de suerte que, después de largas prosperidades, después de haber absorbido muchos tesoros, y muerto muchos hombres, mi héroe acabará por aniquilarlo todo, hasta que sea el único dueño del universo. Tal es en compendio el cuadro moral, sino de la vida humana, á lo menos de las secretas pretensiones del corazón de todo hombre civilizado.

EL HOMBRE COMPARADO CON EL ANIMAL

No veo en todo animal mas que una máquina ingeniosa á quien la naturaleza ha dado sentidos para dirigirse por sí misma, y para garantirse hasta un cierto punto de todo lo que termina á destruirla ó á desordenarla. Las mismas cosas precisamente percibo en la máquina humana, con la diferencia de que la naturaleza sola lo hace todo en las operaciones del bruto, en vez de que el hombre concurre á las suyas en calidad de agente libre. El uno escoge ó desecha por instinto, y el otro por un acto de libertad; lo cual hace que el bruto no pueda desviarse de la regla que le está prescrita; aun cuando le fuese ventajoso hacerlo, y que el hombre se desvie de ella muchas veces en perjuicio suyo. Asi es como un pichon moriria de hambre cerca de un plato lleno de carne, y un gato en un monton de frutas ó de granos, aunque uno y otro pudiesen mantenerse muy bien con el alimento que desprecian, si se determinasen á probar de ello. Asi los hombres disolutos se abandonan á excesos que les causan enfermedades y la muerte; porque el espíritu deprava los sentidos, y la voluntad habla todavía cuando se calla la naturaleza.

Todo animal tiene ideas, pues que tiene sentidos; y aun combina sus ideas hasta cierto punto, y el hombre respecto á esto difiere mas ó menos del bruto. Algunos filósofos han añadido que hay mas diferencia de tal á tal hombre que de tal hombre á tal bruto; no es pues tanto el entendimiento el que hace entre los animales la distincion específica del hombre, cuando su cualidad de agente libre. La naturaleza manda á todo animal, y el bruto obedece. El

hombre experimenta la misma impresion, pero se reconoce libre de consentir ó resistir; en la confianza de esta libertad es sobre todo en lo que se manifiesta la espiritualidad de su alma: porque la física en cierto modo explica el mecanismo de los sentidos, y la formacion de las ideas; pero en la potencia de querer, ó mas bien de elegir, y en el sentimiento de esta potencia, no se hallan mas que actos puramente espirituales, de los que nada puede explicarse por las leyes de la mecánica.

Pero aun cuando las dificultades que rodean todas estas cuestiones diesen márgen á disputar sobre esta diferencia del hombre al animal, hay otra cualidad muy específica que les distingue, y sobre todo la cual no cabe disputa, y que es la facultad de perfeccionarse; facultad que, á favor de las circunstancias, desenvuelve sucesivamente todas las demas, y reside entre nosotros, tanto en la especie quanto en el individuo; en vez de que un animal es al cabo de algunos meses lo que será toda su vida, y su especie al cabo de mil años lo que ella era en el primero de estos mil años. ¿Por que solo el hombre está sujeto á hacerse imbécil? ¿No es esto volver á su estado primitivo, y que mientras el bruto que nada ha adquirido, y que de consiguiente tampoco tiene nada que perder, permanece siempre con su instinto, el hombre volviendo á perder por la vejez ó por otros accidentes todo lo que le habia hecho adquirir la *perfectibilidad*, vuelve á caer asi en un estado inferior al del bruto mismo?

MUGER

La muger es hecha especialmente para agradar al hombre; y si este á su vez debe también agradar á ella, esto es de una necesidad menos directa: el mérito del hombre consiste en su poder: por solo ser fuerte, agrada. Esta no es la ley del amor, convengo en ello; pero es la de la naturaleza, anterior al amor mismo.

La rigidez de los deberes relativos de ámbos sexos no es ni puede ser la misma; y cuando la muger se queja sobre esto de la injusta desigualdad establecida por el hombre, no tiene razon: esta desigualdad no es una institucion humana, ó á lo menos no es obra de la preocupacion, sino de la razon: á aquel de los dos á quien la naturaleza ha confiado el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro. Sin duda que á nadie es lícito violar su fé, y todo marido infiel que priva á su muger del único premio de los austeros deberes de su sexo, es un hombre injusto y bárbaro; pero la muger infiel hace mas: disuelve la familia y rompe todos los vínculos de la naturaleza; dando al hombre unos hijos que no son suyos, hace traicion á los unos y á los otros, y á la infedilidad añade la perfidia. Apénas veo desórden y delito que no penda de este. Si hay algun estado horroroso en el mundo, es el de un padre desgraciado que falto de confianza en su muger no se atreve á entregarse á los sentimientos mas dulces de su corazon, que abrazando á su hijo duda si abraza tambien al de otro, prenda de su deshonor y ladron de los bienes de sus propios hijos. ¿Que es entónces la familia sino una sociedad de enemigos secretos, que una muger culpable arma uno contra otro, obligandoles á fingir un colorido de amor mutuo?

Los antiguos en general tenían un gran respeto ácia las mugeres; pero este respeto lo manifestaban absteniéndose de esponerlas al criterio del público, y creían honrar su modestia guardando silencio sobre sus otras virtudes. Ellos tenían por máxima que el país en donde las costumbres eran más puras era aquel en que se hablaba menos de las mugeres, y que la muger más honesta era también aquella de quien menos se hablaba. Por este principio, un Esparciata oyendo á un extranjero hacer magníficos elogios de una señora conocida suya, le interrumpió lleno de cólera: ¿No cesarás, le dijo, de murmurar de una muger de bien? — Del mismo principio provenía también que en su comedia jamás representaban los papeles amorosos ó de novias sino las esclavas ó mugeres públicas: tenían tal idea de la modestia del sexo, que hubieran creído faltar á los respetos que le debían, en poner á una joven honesta, aunque solamente en representación, sobre la escena.

Lo contrario sucede entre nosotros: la muger más estimada es la que mete más ruido y de quien se habla más, la que más se le vé en el mundo, aquella en cuya casa se come con más frecuencia, la que levanta la voz más imperiosamente, la que juzga, habla, decide, pronuncia, señala á los talentos, a los méritos, á las virtudes los grados y lugares que ocupan; aquella, en fin, de la que miserables pretendidos sabios mendigan más bajamente su favor. Si esto es malo, aun es peor sobre la escena, porque en realidad las mugeres en el mundo nada saben, aunque juzgan de todo; pero en el teatro sabias por el saber de los hombres, y filósofas (gracias á nuestros autores), superan á nuestro sexo con sus propios talentos; y los imbéciles espectadores van simplemente á aprender de las mugeres lo que tanto se han esmerado ellos en enseñarlas. Todo esto en realidad es burlarse de ellas, es tacharlas de una vanidad pueril, y no dudo que las más sabias se indignen de ello. Recorred la mayor parte de las piezas modernas: siempre es una muger la que lo hace todo, la que todo lo enseña á los hombres: siempre la señora de corte es la que hace decir el catecismo al niño: un niño no podría comer su pan si no se lo partiese su ama. He aquí una imagen de lo que pasa en las piezas modernas: la aya está sobre el teatro, y los niños en el patio.

La primera y mas importante cualidad de una muger es la dulzura: hecha para obedecer á un ser tan imperfecto como el hombre, frecuentemente tan lleno de vicios, y siempre tan lleno de defectos, ella debe enseñarle desde muy temprano á sufrir hasta la injusticia, y á soportar sin quejarse las de su marido. Debe ser dulce, no por él, sino por ella misma: el descubrimiento y la terquedad de las mugeres nunca hacen mas que aumentar sus males, y los malos procederes

deres de los maridos: estos conocen que no es con semejantes armas con las que se les debe vencer. No las hizo el cielo insinuantes y persuasivas para ser caprichosas; no las hizo débiles para tener imperiosidad; no las dió una voz tan dulce para decir injurias, y no las dió unas facciones tan delicadas para que las desfiguren con la cólera. Cuando se enojan, se olvidan de sí mismas: muchas veces tienen razon para quejarse, pero hacen siempre mal en regañar. Cada uno debe guardar el tono de su sexo: un marido muy dulce puede hacer á una muger impertinente; pero á menos que el hombre no sea un monstruo, la dulzura de una muger le retrae, y tarde ó temprano triunfa de él.

La muger todo lo tiene contra sí, nuestros defectos, su timidez, su debilidad; solo tiene en su favor su arte y su hermosura. ¿No es justo que ella cultive el uno y la otra? Pero la hermosura no es general, perece por mil accidentes, pasa con los años, y el hábito destruye sus efectos. El espíritu, el talento solo, es el verdadero recurso del sexo; no ese talento necio al cual se da tanto valor en el mundo, y que de nada sirve para hacer feliz la vida, sino el talento de su estado, el arte de sacar partido del nuestro y de prevalerse de nuestras propias ventajas.

Las mugeres tienen la lengua flexible, hablan ántes, mas fácil y mas agradablemente que los hombres: se las acusa tambien de hablar mas, y asi debe ser, y yo cambiaria en elogio este cargo con mucho gusto: la boca y los ojos tienen en ellas la misma actividad por la misma razon. El hombre dice lo que sabe, la muger lo que agrada; el uno necesita conocimiento para hablar, la otra gusto; el uno proponerse por objeto las cosas útiles, la otra las agradables. Sus discursos no deben tener mas formas comunes que las de la verdad.

Las mugeres no son hechas para correr; cuando huyen, es para que se las alcance: no es la carrera la única cosa que hacen mal, pero es la única que ejecutan con poca gracia: sus codos echados atras y pegados al cuerpo les dan una actitud risible.

Consultad el gusto de las mugeres en las cosas físicas que dependen del juicio de los sentidos, el de los hombres en las morales y que dependen mas del entendimiento. Cuando las mugeres sean lo que deben ser, se limitarán á las cosas de su incumbencia, y juzgarán siempre bien; pero desde que se han erigido árbitras de la literatura, desde que se han metido á juzgar de los libros y á hacerlos á destajo, ya no entienden cosa alguna. Los autores que consultan á las sabias sobre sus obras, estan siempre seguros de que les aconsejarán mal: los petimetres que las consultan acerca de su trage, van siempre ridículamente puestos.

La investigacion de las verdades abstractas y especulativas, de los principios, de los axiomas en las ciencias, todo lo que se dirige á generalizar las ideas, no es de la incumbencia de la mugeres: sus estudios deben referirse todos á la práctica; á ellas toca hacer la aplicacion de los principios hallados por el hombre, y las observaciones que dirijan á este al establecimiento de aquellos principios. Todas las reflexiones de las mugeres, en lo que no pertenece inmediatamente á sus deberes, deben dirigirse al estudio de los hombres, ó á los conocimientos agradables que solo tienen el gusto por objeto, porque en cuanto á las obras de genio, son superiores á su alcance: tampoco tienen bastante precision y atencion

para acertar en las ciencias exactas y en cuanto á los conocimientos físicos; y aquel de los dos que es mas activo, mas prevenido, que vé mas objetos; aquel que tiene la mayor fuerza y la ejercita mas, es quien debe juzgar de las relaciones de los seres sensibles y de las leyes de la naturaleza. La muger que es débil, que nada vé fuera de sí, aprecia y juzga los móviles de que puede valerse para suplir á su debilidad, y estos móviles son las pasiones del hombre. En ella su mecánica es mas fuerte que la nuestra: todas sus palancas tiran á mover el corazon humano. Todo lo que su sexo no puede hacer por sí mismo, y que le es necesario ó agradable, es preciso que posea

el arte de hacernoslo querer; es necesario pues que estudie á fondo el espíritu del hombre, no por abstraccion el del hombre en general, sino el espíritu de los hombres que la rodean, el espíritu de los hombres á que está sujeta, sea por la ley ó sea por la opinion. Es necesario que aprenda á penetrar sus sentimientos por sus discursos, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes. Es necesario que por sus discursos, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes, sepa tambien ella inspirarles los sentimientos que la agraden, sin que aun parezca cuidarse de ello. Los hombres filosofarán mejor que ella sobre el corazon humano, pero ella leerá mejor que ellos en el corazon de los hombres. A las mugeres toca hallar, por decirlo asi, la moral experimental y reducirnosla á sistema. La muger tiene más espíritu, y el hombre mas genio: la muger observa, el hombre raciona; de este concurso resultan la luz mas clara y la ciencia mas completa que el entendimiento humano puede adquirir por sí mismo: en una palabra, el mas seguro conocimiento de sí mismo y de los demas, que esté al alcance de nuestra especie.

El mundo es el libre de las mugeres; cuando leen mal en él, ó es falta suya, ó alguna pasion las ciega.

La razon de las mugeres es una razon práctica que las hace fallar fácilmente los medios de llegar á un fin conocido, pero que sin embargo no las hace hallar este fin.

Las mugeres tienen mas bien formado su juicio que los hombres; como que estan sobre la defensiva casi desde su infancia, y encargadas de un depósito difícil de guardar, el bien y el mal les son necesariamente mas bien conocidos.

Si ordinariamente es mas débil la razon y se estingue ántes en las mugeres, tambien está formada ántes, asi como un frágil tornasol crece y muere ántes que una encina.

La presencia de espíritu, la penetracion y las observaciones sutiles, son la ciencia de las mugeres; la habilidad de prevalerse de ella es su talento.

Se nos dice: las mugeres son falsas, se hacen falsas. La dote que les propia es la maña y no la falsedad; en las verdaderas inclinaciones de su sexo, aun mintiendo no son falsas. ¿Por que consultais su boca cuando no es ella la que debe hablar? Consultad

sus ojos, su color, su respiracion, su aire tímido, su dulce resistencia; he aquí el lenguaje que les da la naturaleza para responderos. La boca siempre dice *no*, y debe decirlo; pero el acento que junta á esta palabra no es siempre el mismo, y este acento no sabe mentir.

La educacion de las mugeres debe ser relativa á los hombres. Agradarlos, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando jóvenes, cuidarlos cuando son mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce; he aquí los deberes de las mugeres en todos tiempos, y lo que debe enseñarselas desde su infancia.

El ascendiente que las mugeres tienen sobre los hombres no se es en sí mismo un mal, es un don que les ha hecho la naturaleza para la felicidad del género humano; mejor dirigido, podria producir tanto bien quanto hace de mal en el dia. No se conocen lo bastante las ventajas que la sociedad sacaria de darse una educacion mejor á esta mitad del género humano que gobierna á la otra mitad. Los hombres serán siempre lo que quieran las mugeres: si quereis, pues, que ellos sean magnánimos y virtuosos, enseñad á las mugeres lo que es grandeza de alma y virtud.

El imperio de las mugeres sobre los hombres no le tienen porque los hombres lo han querido, sino porque asi lo quiere la naturaleza: existia en ellas ántes que pareciesen tenerlo. El mismo Hercules que creyó hacer violencia á las cincuenta hijas de Tespio, se vió sin embargo forzado á hilar junto á Onfala; y el fuerte Sanson no lo fué tanto como Dalila. Este imperio es de las mugeres res, y no se les puede quitar aun cuando abusen de él. Si fuese posible que alguna vez pudiesen perderlo, hace ya mucho tiempo que lo hubieran perdido.

Es cierto que las mugeres solas podrian establecer entre nosotros el honor y la probidad; pero desdeñan recibir de manos de la virtud un imperio que solo quieren deber á sus gracias.

¡Cuan grandes cosas se harian con el deseo de ser estimado de las mugeres, si se supiese poner en movimiento este resorte!
¡Desgraciado el siglo en que las mugeres pierden su ascendiente, ó no sirve ya de nada par los hombres! Este es el último grado de depravacion. Todos los pueblos que han tenido costumbres han

respetado á las mugeres. Veanse á Esparta, á los Germanos, á Roma, Roma, silla de la gloria y de la virtud, si alguna vez la tuviéron sobre la tierra. Allí eran las mugeres las que honraban las expediciones de los grandes generales, las que lloraban públicamente á los padres de la patria, y en donde sus votos ó sus lutos eran consagrados como el mas solemne juicio de la República. Todas las grandes revoluciones proviniéron de las mugeres. Roma adquirió la libertad por una muger; los plebeyos obtuvieron el consulado por una muger; la tiranía de los decemvros acabó por una muger; por las mugeres Roma sitiada fué salva de las manos de un proscrito. ¿Que hubiérais dicho vosotros, petimetres del dia, al ver pasar esta procesion tan ridícula á vuestros ojos burlones? La hubiérais acompañado con vuestros gritos y silbidos. ¡Con que diferentes ojos vemos nosotros los mismos objetos! y quizá todos tenemos razon. Formad esa comitiva de bellas damas francesas, yo no conozsco cosa mas indecente; pero componedla de Romanas, y todos tendréis los ojos de los Volscos y el corazon de Coriolano.

¡Oh mugeres, mugeres! ¡objetos amados y funestos, á quienes la naturaleza adornó para nuestro tormento, que castigais cuando se os resiste, que perseguis cuando se os teme, cuyo odio y amor son igualmente dañosos, y que no se os puede huir ni buscar impunemente! ¡Belleza, gracia, atractivo, simpatía, ser ó quimera inconcebible, abismo de dolores y de deleites! ¡Belleza mas terrible á los mortales que el elemento en que te se ha hecho nacer, desgraciado de aquel que se abandona á tu engañosa calma! Tú eres la que produces todas las tempestades que afligen al género humano.

JÓVENES SOLTERAS

Las niñas no solo deben ser vigilantes y laboriosas, sino que debe tenerse las sujetas desde muy pronto. Esta desgracia, si efectivamente lo es para ellas, es inseparable de su sexo, y jamás se libentan de ella sino para padecer otras más crueles. Toda su vida estarán sujetas á la opresión más continua y severa, cual es la de los miramientos: es preciso ejercitarlas desde luego á la violencia, para que jamás les cueste trabajo hacersela á sí mismas, y á domar sus caprichos para someterlos á la voluntad de otro.

Una muchacha que quiere á su madre á su aya, trabajará á su lado todo el día sin disgusto; la sola charla la indemnizará de toda su fatiga; pero si la es insoportable la que la gobierna, tomará el mismo disgusto á todo lo que haga á su vista. Es demasiado difícil que las que no se hallan más bien con sus madres que con nadie en el mundo, puedan algún día hacer cosa buena; pero para juzgar de sus verdaderos sentimientos, es necesario estudiarlas, y no fiarse en lo que ellas dicen, porque son halagüeñas, disimuladas, y saben disfrazarse desde muy temprano.

La primera cosa que notan las niñas á medida que van creciendo, es que todos los atractivos del adorno no les bastan si ellas no los tienen en sus personas. Nadie puede darse la hermosura ni hallarse tan pronto en estado de atraer á los hombres; pero puede ya tratar de dar un giro agradable á sus ademanes, un acento lisonjero á su voz, componer su porte, andar con garbo, tomar actitudes graciosas, y por todas partes sacar ventajas. La voz se aumenta, se afirma y toma sonido; se desenvuelven los brazos, se asegura el paso, y echa de ver que de cualquiera modo que se ponga tiene un arte

para hacerse mirar. Desde entónces ya no se trata solamente de aguja y de industria: nuevos talentos se presentan, y hacen sentir ya su utilidad.

En Francia viven en conventos y colegios las doncellas, y las casadas corren el mundo. Entre los antiguos era todo al contrario: las jóvenes tenían muchos juegos y fiestas públicas, y las casadas vivían retiradas. Este uso era más racional y conservaba mejor las costumbres. Una especie de coquetería es permitida á las jóvenes casaderas: divertirse, es todo su gran objeto: las casadas tienen otros cuidados consigo, y ya no tienen que buscar maridos; pero en esta reforma no les saldría su cuenta, y por lo mismo son por desgracia las que llevan la voz.

Es indigno de un hombre de honor abusar de la sencillez de una joven doncella, para usurpar en secreto las mismas libertades que ella puede permitir delante de todo el mundo; porque ya se sabe lo que la decencia puede tolerar en público, pero se ignora ó se queda en la sombra del misterio aquel que se constituye juez único de sus caprichos.

¿Quereis inspirar á las jóvenes el amor de las buenas costumbres? Pues sin decirlas continuamente: «Sed cuerdas». dadlas un grande interes en serlo; hacedlas sentir y conocer todo el precio de la cordura, y se la haréis amar. No basta tomar este interes á lo lejos en lo futuro: mostradsele en el momento mismo, en las relaciones de su edad, y en el carácter de sus amantes. Pintadlas el hombre de bien, el hombre de mérito; enseñadlas á reconocerle, á amarle, y á amarle por sí mismas; probadlas que bien sean amigas, mugeres, ó queridas, este hombre puede hacerlas felices. Traedlas á la virtud por la razon: hacedlas conocer que el imperio de su sexo y todas sus ventajas no penden solamente de su buena conducta y sus costumbres, sino tambien de la de los hombres: que tienen poca influencia sobre almas viles y bajas, y que no se sabe servir á su querida sino como se sabe servir á su querida sino como se sabe servir á la virtud. Estad seguros que entónces, pintandolas las costumbres de nuestros días, les inspiraréis un sincero disgusto ácia ellas; mostrandolas las gentes de moda, se las haréis despreciar, les

daréis desvío ácia sus máximas, desprecio para sus vanas galanterías: les haréis nacer una mas noble ambicion, la de reinar sobre las almas grandes y fuertes; la de las mugeres de Esparta, que era mandar á hombres.

Las mugeres no cesan de clamar que las educamos para ser vanas y coquetas, que incesantemente las divertimos con niñerías para permanecer nosotros con mas facilidad siendo los amos; y se nos quejan de los defectos que las echamos en cara. ¡Que locura cura! ¿desde cuando se mezclan los hombres en la educacion de las niñas? ¿Quien impide á las madres educarlas como mejor les parezca? No tienen colegios. ¡Que desdicha tan grande! ¡Ah, plugiera á Dios que no los hubiese para los niños! con mas juicio y con mas honestidad se educarian. ¿Precisan acaso á vuestras hijas á perder el tiempo en boberías? ¿Las hacen que contra su voluntad pasen, á ejemplo vuestro, la mitad de su vida al tocador? ¿Os estorban que las instruyais ó las hagais instruir á vuestro gusto? ¿Es culpa nuestra si nos agradan cuando son bellas, si su melindres nos seducen, si el arte que aprenden de vosotras nos atrae y nos losonjea; si gustamos de verlas vestidas con elegancia; si las dejamos afilar á sus anchuras las armas con que nos sojuzgan? ¡Ah! resolveos á educarlas como á los hombres, que ellos os lo consentirán gustosos: cuanto ellas mas quieran parecerseles, menos los gobernarán, y entónces sí que ellos serán verdaderamente los amos.

A fuerza de prohibir á las mugeres el canto, el baile y todas las diversiones del mundo, se las hace groseras, regañonas, é inaguantables en sus casas. Yo por mí querria que una jóven Inglesa cultivase los talentos agradables para complacer al marido que haya de tener algun dia, con tanto esmero como los cultiva una jóven Albanesa para el harem de Ispahan. Los maridos, se dirá, no se curan demasiado de todos estos talentos. Creo que asi sea cuando estos talentos, lejos de emplearse en agradarles, no sirven sino de cebo para atraer á su casa jóvenes sin pudor que les deshonran. Pero ¿pensais que una casada amable y cuerda, adornada de semejantes talentos, y que los consagrare á la diversion de su marido, no aumentaria la felicidad de su vida, y no le estorbaria, al salir de su gabinete con la cabeza cansada, que fuese

¿á buscar fuera de su casa otras diversiones? ¿No ha visto alguno familias felices, reunidas de esta suerte, donde cada uno pone su parte en las diversiones comunes? Que diga este si la confianza y la familiaridad que allí reina, si la inocencia y la dulzura de los placeres que allí se disfrutan, no compensan con ventaja lo que tienen de mas ruidoso los placeres públicos.

SOCIEDAD CONYUGAL

La relacion social de los sexos es admirable. De esta sociedad resulta una persona moral, de la cual la muger es la vista, y el hombre el brazo, pero con tal dependencia uno de otro, que la muger aprende del hombre lo que se necesita ver, y el hombre de la muger lo que se necesita hacer. Si la muger pudiese encumbrarse á los principios tan bien como el hombre, y este tuviese la inteligencia de los pormenores tan bien como ella, siempre independientes uno del otro vivirian en una eterna discordia, y no podria existir una sociedad. Pero en la armonía que reina entre ellos, todo tiende al fin comun, y no se sabe cual pone mas de su parte; cada uno sigue el impulso del otro, y ámbos son amos mutuamente.

El imperio de la muger es un imperio de dulzura, de maña y de complacencia: sus mandatos son caricias, sus amenazas son llantos; ella debe reinar en la casa como un ministro en el estado, haciendose mandar lo que quiera hacer. En este sentido, es constante que las mejores casas son aquellas en que tiene mas autoridad la muger. Pero cuando esta desconoce la voz del gefe, quiere usurpar sus derechos, y mandar por sí misma, jamas resulta de este desórden otra cosa que miseria, escándalo y deshonor.

Yo solo conozco en los dos sexos dos clases realmente distintas, á saber: una de gentes que piensan, y otra de genetes que no piensan; y esta diferencia proviene casi únicamente de la educacion. Un hombre de la primera de estas dos clases no debe unirse á la otra, porque el mayor encanto de la sociedad falta á la suya, cuando teniendo una muger se vé reducido á pensar solo. Las gentes que

pasan exactamente la vida entera en trabajar para vivir, no tienen otra idea que la de su trabajo ó de su interés, y todo su talento parece residir en el extremo de su brazo. Esta ignorancia no perjudica ni á la probidad, ni á las costumbres, y aun muchas veces las es útil; muchas veces se compone uno con sus deberes á fuerza de reflexionar, y se acaba por sustituir un lenguaje oscuro, ó por mejor decir un fárrago, en lugar de las cosas. La conciencia es el mas ilustrado de los filósofos; no se necesitan saber los Oficios de Ciceron para ser hombre de bien; y la muger mas honesta del mundo quizá es la que menos sabe lo que es honestidad. Pero no es menos cierto que un talento cultivado hace por sí solo el comercio agradable, y ese una cosa bien triste para un padre de familia que se complace en su casa, verse precisado á encerrarse en ella dentro de sí mismo, y no poder hacerse oír de nadie.

Por otra parte, ¿como educará á sus hijos una muger que no tiene el mas mínimo hábito de reflexionar? ¿Como distinguirá lo que les conviene? ¿Como los dispondrá á las virtudes que no conoce, ó al mérito de que ninguna idea tiene? No sabrá mas que adularlos ó amenazarlos, hacerlos insolentes ó tímidos: hará de ellos unos monos adiestrados, ó unos pillos atolondrados; jamas buenos talentos, ni hijos amables.

No conviene pues á un hombre de educación unirse á una muger que no la tenga, ni por consiguiente de un rango en que no podría tenerla; pero yo querria cien veces mejor una jóven sencilla y educada groseramente, que una erudita coqueta que viniese á establecer en mi casa un tribunal de literatura del que ella fuese la presidenta.

Una muger preciada de erudita es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados; en una palabra, de todo el mundo. Poseida de la sublime elevación de su grande ingenio, desprecia todos sus deberes de muger, y principia siempre por hacerse hombre, á la manera de la *señorita de l'Enclos*.* Por de fuera siempre es ridícula y justamente criticada, porque no puede uno dejar de serlo tan pronto como se sale de su estado, no siendo á propósito para el que se quiere tomar. Todas esas mugeres de grandes talentos jamas engañan sino á los necios: siempre se sabe

cual es el artista ó el amigo que lleva la pluma ó el pincel cuando ellas trabajan; se sabe cual es el hombre discreto é instruido que las dicta en

* Ana (conocida generalmente bajo el nombre de *Mademoiselle Ninon de l'Enclos*) fué una dama cortesana muy célebre del siglo de Luis XIV. Nació en Paris en 1615. Se distinguió por sus talentos, sus gracias y su filosofía. Su amor decidido á la libertad la impidió casarse jamas: inconstante en el amor, firme en la amistad, y escrupulosa en materia de probidad, murio en 17 de Octubre de 1706, dejando algunas obras suyas, como las *Cartas*, que, si no lo son, á lo menos pasan por tales. (*Nota del traductor.*) secreto sus oráculos. Toda esa charlatanería es indigna de una muger honesta; aun cuando tuviese verdaderos talentos, su vanidad y su orgullo los envilecerian: su dignidad consiste en ser ignorada, su gloria en la estimacion de su marido, y sus placeres en la felicidad de su familia.

La grande hermosura me parece mas digna de huirse que de buscarse en el matrimonio. La hermosura se gasta por la posesion; al cabo de seis semanas no es nada para el poseedor, pero sus peligros duran tanto como ella: una muger hermosa, á menos que no sea un ángel, hace á su marido el mas desgraciado de los hombres; y aun cuando fuese un ángel, ¿como estorbaria ella que sin cesar estuviese cercado de enemigos? Si la extrema fealdad no repugnase tanto, yo la preferiría á la estremada hermosura; porque una y otra siendo en poco tiempo nulas para el marido, la hermosura llega á ser un inconveniente, y la fealdad una ventaja; pero la fealdad, cuando llega á ser tanta que causa disgusto, es la mayor de las desgracias: este sentimiento, lejos de borrarse, se aumenta incesantemente, y se convierte en odio. Un matrimonio asi es un infierno, y mas valdria morir que vivir unidos de este modo.

Deseemos en todo la medianía, sin esceptuar la misma hermosura. Una figura agradable que interese, que no inspire el amor sino la benevolencia, es la que se debe preferir: no hay un perjuicio para el marido, y sí una ventaja que se convierte en utilidad comun. Las gracias no se consumen como la hermosura: tienen vida, se renuevan sin cesar, y al cabo de treinta años de matrimonio

una mujer honesta que las posee, agrada á su marido como el primer día.

La diversidad de fortuna y de estado se eclipsa y confunde en el matrimonio: de nada sirve para la felicidad; pero la del genio y del carácter permanece, y por ella es uno feliz ó desgraciado. El hijo que no se guía por otra regla que el amor, elige mal; el padre que no tiene mas regla que la opinión, elige aun peor.

¿Podemos acaso formarnos una suerte exclusiva en el matrimonio? ¿Los bienes y los males no son en él comunes á pesar de que la tengamos? ¿y los pesares que se dan uno á otro los casados, no recaen siempre sobre el que los causa?

La receta contra la tibieza del amor en el matrimonio es fácil y sencilla, á saber: continuar siendo amantes siendo esposos; los nudos que se quieren apretar mucho se rompen; he aquí lo que sucede en el matrimonio, cuando se quiere darle mas fuerza que la que debe tener. La fidelidad que impone a los dos esposos es el mas santo de todos los derechos, pero el poder que da á cada uno sobre el otro es demasiado: la violencia y el amor juntos se avienen muy mal, y el deleite no se manda; no sacia tanto la posesion como la sujecion. ¿Quieres ser amante de tu mujer? Pues dejala que sea dueña de sí misma y tuya: sed amantes felices, pero respetuosos; obtenedlo todo del amor sin exigir nada del deber; jamas sean para vosotros los menores favores derechos sino gracias; acordaos siempre que el deleite no es legítimo ni aun en el matrimonio, sino cuando es comun el deseo.

No siempre es necesario el amor para formar un matrimonio feliz. La honestidad, la virtud, ciertas conveniencias, menos condiciones y edades que caracteres y genios, bastan entre dos esposos, lo que no impide que resulta de esta union una adhesion muy tierna, que para no ser precisamente del amor, no es menos dulce, sin dejar por esto de ser mas durable. El amor se halla acompañado de una inquietud continua de celos ó de privacion poco conveniente al matrimonio, que es un estado de goce y de paz. Los esposos no se casan únicamente para pensar el uno en el otro, sino para desempeñar juntos los deberes de la vida civil, gobernar prudentemente su casa, y criar bien á sus hijos. Los amantes jamas ven otra cosa que á ellos mismo; no se ocupan continuamente sino

de sí, y lo único que saben hacer, es amarse. Esto no es bastante para los esposos que tantos otros cuidados tienen que cumplir.

¿Hay en el mundo espectáculo tan tierno ni tan respetables como el de una madre de familia, rodeada de sus hijos, ordenando los quehaceres de sus criados, procurando á su marido una vida feliz, y gobernando prudentemente su casa? Allí es donde se muestra con toda la dignidad de una muger honesta: allí donde verdaderamente inspira respeto, y donde la belleza participa con honor de los homenajes debidos á la virtud. Una casa cuya ama está ausente de ella, es un cuerpo

sin alma que muy pronto cae en la corrupcion; una muger fuera de su casa pierde su mayor lustre, y despojada de su verdadero ornato se muestra con indecencia.

No es solo interes de los esposos, sino tambien la causa comun de todos los hombres, el que no se altere la pureza del matrimonio. Cuando el hombre y la muger se unen por un vínculo solemne, interviene una obligación tácita de todo el género humano á respetar este vínculo sagrado, y á honrar en ellos la union conyugal; y esto á mi parecer es una razon muy fuerte contra los matrimonios clandestinos, que no manifestando ninguna señal de esta union esponen á algunos corazones inocentes á arder en una llama adúltera. El público sale en cierto modo garante de un contrato otorgado en su presencia, y puede decirse que el honor de una muger casta está bajo la especial proteccion de todas las gentes de bien; asi cualquiera que se atreve á corromperla, peca primeramente porque la hace pecar, y porque siempre son comunes los crímenes que hacen cometer; y peca tambien directamente él mismo, porque viola la fé pública y sagrada del matrimonio, sin lo cual nada puede existir en el órden legítimo de las cosas humanas.

No solo debe merecer la estimacion de su marido una muger virtuosa, sino que debe obtenerla; si la reprende, es porque es reprehensible; y aunque fuese inocente, ha obrado mal tan luego como se sospecha de ella, porque hasta las mismas apariencias entran en el número de los deberes.

¿Por que deben vivir las mugeres retiradas y separadas de los hombres? ¿Harémos al sexo la injuria de creer que esto sea por

razones deducidas de su debilidad, y solamente para evitar el peligro de las tentaciones? No; estos indignos temores no convienen á una muger de bien, á una madre de familia, sin cesar rodeada de objetos que alimentan en ella sentimientos de honor, y entregada á los mas respetables deberes de la naturaleza. lo que las separa de los hombres es la naturaleza misma, que las prescribe ocupaciones diferentes de las nuestras; es esa dulce y tímida modestia, que sin pensar precisamente en la castidad es la centinela mas segura de ella; es esa reserva atenta y amable, que alimentando á un tiempo en los corazones de los hombres los deseos y el respeto, sirve, por decirlo asi, de coquetería á la virtud. He aquí por que los esposos no se hallan esceptuados de esta regla. He aqui por que las mugeres mas honestas conservan en general mayor ascendiente sobre sus maridos, porque á favor de esta sabia y discreta reserva, sin capricho y sin contrariedad, saben en el seno de la union mas tierna mantenerlos á cierta distancia, y les impiden fastidiarse de ellas.

Cualquiera que sea la precaucion que pueda tomarse, el goce consume los deleites, y el amor ántes que todos los demas. Pero cuando este ha reinado largo tiempo, un dulce hábito llena su vacío, y el atractivo de la confianza reemplaza á los transportes de la pasion: los hijos forman entre los que les han dado el ser una union no menos dulce y muchas veces mas fuerte que el amor mismo.

Por muchas razones que se deducen de la naturaleza de las cosas, el padre debe mandar en la familia. 1ª La autoridad no debe ser igual entre el padre y la madre; pero es necesario que sea uno el gobierno, y que en la diversidad de pareceres haya una voz preponderante que decida. 2ª Por muy leves que quieran suponerse las comodiades particulaes de la muger, como para ella son siempre un intervalo de inaccion, es una razon suficiente para excluirla de esta primacía; porque cuando la balanza está en un perfecto equilibrio, una sola paja basta para hacerla inclinar. Además, el marido debe tener la inspeccion de la conducta de su muger, porque le interesa asegurarse de que los hijos á quienes está obligado á reconocer y alimentar, son suyos y no de otro. La muger que no tiene que temer coas semejante, no tiene el mismo derecho sobre su marido. 3ª Los hijos deben

obedecer al padre, en un principio por necesidad, y luego por reconocimiento: despues de haber aquel provisto á sus necesidades la mitad de su vida, deben ellos consagrar la otra á proveer á las suyas. 4^a Con respecto á los criados, estos le deben tambien sus servicios en cambio del sustento que les da, salvo el derecho que les queda de romper el pacto ó ajuste que tengan hecho, cuando deje de convenirles.

OBLIGACIONES DE LAS MADRES

El deber de las mugeres de alimentar á sus hijos es indudable; pero lo que se disputa es si, haciendo como ellas hacen un menosprecio de este deber, es igual á los hijos ser alimentados con su leche ó con la de otra cualquiera. Yo tengo esta cuestion cuyos jueces son los médicos; y por lo que á mí toca, pensaria tambien que es mejor que el niño tome el pecho de una nodriza sana que de una madre achacosa, si hubiese algun nuevo mal que temerse de la misma sangre que la ha formado.

Pero ¿debe mirarse esta cuestion solamente bajo el aspecto físico? ¿Necesita menos el niño de los cuidados de una madre que de su pecho? Otras mugeres, las mismas bestas podrán darle la leche que ella le niega; pero el cuidado maternal con nada se suple. La que cria al hijo de otra en vez del suyo, es una mala madre, y ¿como será una buena nodriza? podrá llegar á serlo, pero será muy poco á poco; será necesario que el hábito cambie la naturaleza, y el niño entretanto mal cuidado tendrá tiempo para morirse cien veces ántes que su nodriza tenga para él una ternura de madre.

De esta misma ventaja resulta un inconveniente que por sí solo deberia quitar á toda mujer sensible el valor de dar á criar á su hijo por otra, y es que el de partir con esta el derecho de madre, ó mas bien enagenarlo: el de ver á su hijo amar á otra muger tanto ó mas que á ella; el de conocer que la ternura que conserva ácia su propia madre es una gracia, miéntras que la que tiene á su madre adoptiva es un deber.

El modo con que se remedia este inconveniente es inspirando á los niños el desprecio ácia su nodriza, tratando á esta como á una verdadera criada. Cuando ha concluido su servicio, se le quita el

niño, ó se la despide. Despues, á fuerza de desaires y de recibirla mal, se la desanima de venir á ver á su hijo de leche: al cabo de algunos años este ya no la vé ni la conoce. La madre que cree sustituirse á ella y reparar su negligencia por su crueldad, se engaña: en vez de formar un hijo tierno, hace un hijo de leche desnaturalizado, le acostumbra á la ingratitud, le enseña á despreciar algun dia á la que le dió la vida, del mismo modo que á la que le alimentó con la leche de sus pechos.

Sin madre no hay hijo: entre ámbos los deberes son recíprocos, y si por una parte se desempeñan mal, será desatendidos por la otra. El niño debe amar á su madre ántes de saber que debe amarla. Si la voz de la sangre no se fortifica por el hábito y los cuidados, se estingue en los primeros años, y muere el corazon, por decirlo asi, ántes de nacer. Vednos, pues, apartados de la naturaleza desde el primer paso.

Tambien sale una muger por un camino opuesto, cuando en vez de desatender los cuidados de madre los lleva al esceso, haciendo un ídolo de su hijo, acrecentando y alimentando su debilidad para impedirle que la sienta, y con la esperanza de sustraerle á las leyes de la naturaleza aparta de él todo choque penoso, sin reflexionar cuantos accidentes y peligros acumula sobre su cabeza para lo futuro, por algunas incomodidades de que por el momento la preserva, y cuan bárbara precaucion es la de dilatar la debilidad de la infancia bajo las fatigas de los hombres hechos. Tetis, para hacer invulnerable á su hijo, le sumergió, segun cuenta la fábula, en la laguna Estigia. Esta alegoría es tan bella como clara. Las madres crueles de que hablo, obran de otro modo; á fuerza de sumir á sus hijos en la molicie, les preparan á padecer: abren sus poros á los males de toda especie, de que no podrán menos de adolecer cuando sean mayores. Todo el órden moral depende de la obligación de las madres á criar sus hijos. ¿Quereis hacer entrar á cada uno en su deber? pues, principiad por las madres, y os admiréis de las alteraciones que produzcais. De esta primera depravacion proviene sucesivamente todo: se altera todo órden moral: se estingue el buen natural en todos los corazones: lo interior de las casas pierde su

aspecto de vida: el tierno espectáculo de una naciente familia no inspira afecto á los maridos ni atenciones con los extranjeros: la madre que no vé á menudo á sus hijos es menos respetada: no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre: no hay padres, ni madres, ni hermanos, ni hermanas; apénas se conocen todos. ¿Como se han de amar? Cuando la casa no es otra cosa que una triste soledad, es forzoso ir á divertirse á otra parte.

Pero dignense las madres criar á sus hijos y las costumbres van á reformarse por sí mismas, y á despertarse los sentimientos de la naturaleza en todos los corazones: el estado va á repoblarse: este primer punto, este solo punto va á reunirlo todo. El mejor contraveneno contra las malas costumbres es el atractivo de la vida doméstica. Se hace agradable la bulla de los niños que se cree inoportuna, haciendo mas necesarios al padre y á la madre, y que estos se amen mas uno á otro, estrechando entre ámbos el lazo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, los cuidados domésticos forman la mas amable ocupacion de la muger y la mas dulce diversion del marido. Asi, de corregir este solo abuso resultaria muy luego una reforma general: muy pronto se veria reintegrada la naturaleza en todos sus derechos. Que una vez empiecen las mugeres á ser madres, y muy luego empezarán á ser padres y maridos los hombres.

OBLIGACIONES DE LOS PADRES

Asi como la madre es la verdadera nodriza del hijo, asi el verdadero maestro es el padre. Que ámbos se pongan de acuerdo en el órden de sus funciones asi como en su sistema, y que el niño pase de las manos del uno á las del otro, y saldará mejor educado por un padre juicioso y moderado que por el maestro mas hábil del mundo; porque el celo suplirá mejor al talento que el talento al celo.

Cuando un padre engendra y alimenta á un hijo, no lleva en esto mas que la tercera parte de su carga. Debe á su especie; debe á la sociedad hombres sociales, y debe á los ciudadanos al estado. Todo hombre que pudiendo pagar esta triple deuda no lo hace, es criminal, y lo es aun mas cuando la paga á medias. Quien no puede cumplir con las obligaciones de padre no tiene derecho á serlo: no hay pobreza, ni trabajos, ni respeto humano, que le dispensen de alimentar y de educar á sus hijos por sí mismo. Lectores, podeis creerme: pronostico á cualquiera que tiene entrañas y descuida tan santos deberes, que verterá largo tiempo por su falta amargas lágrimas sin hallar jamas consuelo.

Pero ¿que hace ese hombre rico, ese padre de familia, tan atareado, y forzado, segun dice, á dejar sus hijos abandonados? Paga á otro hombre para que se cumpla con los deberes que él está obligado á cumplir. ¡Alma venal! ¿crees tú dar otro padre á tu hijo con el dinero? No te engañes: no es ni aun un maestro el que le das, es un criado. El formará muy luego un segundo.

Un padre que conociese todo el precio de un buen maestro, tomaria el partido de pasarse sin él porque le costaria mas trabajo encontrarlo que serlo él mismo. ¿Quiere adquirir un amigo? pues

eduque á su hijo para serlo, y vedlo aquí dispensado de tener que ir á buscarle en otra parte, dandole ya hecha la mitad de la obra la naturaleza.

EDUCACIÓN

Nacemos débiles, necesitamos fuerzas: nacemos desprovistos de todo, necesitamos juicio. Todo aquello de que carecemos al nacer, y que necesitamos cuando somos mayores, se nos da por la educación.

Esta nos viene de la naturaleza, de los hombres, ó de las cosas. La educación de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y de nuestros órganos: el uso que se nos ensaña á hacer de este desarrollo, es la educación de los hombres; y lo que nuestra propia experiencia nos da á conocer en los objetos que hacen impresión sobre nosotros, es la educación de las cosas.

Cada uno de nosotros se forma por estas tres especies de maestros. El discípulo en quien se contrarían sus diversas lecciones, está mal educado, y jamás estrará de acuerdo consigo mismo: aquel en quien todas recaen sobre los mismos puntos y se dirigen á los mismos fines, es el único que va á su objeto y camina consecuentemente. Este solo merecerá el nombre de bien educado.

La que mas importa es la educación de la infancia, y esta primera educación pertenece incontestablemente á las mugeres. Si el Autor de la naturaleza hubiese querido que perteneciese á los hombres, habría provisto de leche sus pechos para alimentar con ella á sus hijos. Hablad pues siempre á las mugeres con preferencia en vuestros tratados de educación, porque además de que estan al alcance de velar sobre ella mas de cerca que los hombres, y siempre tienen mayor influencia, les interesa tambien el éxito mucho mas que á estos, pues que la mayor parte de las viudas vienen á hallarse casi á la merced de sus hijos, que entónces las hacen sentir

vivamente en bien ó en mal los efectos del modo con que ellas los han educado. Las leyes tan ocupadas siempre de los bienes y tan poco de las personas, porque tienen por objeto la paz y no la virtud, no dan bastante autoridad á las madres. Sin embargo, su estado es mas seguro que el de los padres, sus obligaciones mas penosas, sus cuidados importan mas al buen órden de la familia; generalmente ellas tienen mas apego á los hijos. Hay ocasiones en que un hijo que falta al respeto á su padre puede escusarsele en cierto modo; pero si en alguna ocasion, cualquiera que fuese, llegase á ser hijo tan desnaturalizado que fuese capaz de faltar á la madre que le ha llevado en su vientre, le ha alimentado con su leche, y durante algunos años se ha olvidado dado de sí misma para no ocuparse mas que de él, deberíamos apresurarnos á ahogar á este miserable como un monstruo indigno de ver la luz del dia.

El mejor educado de entre nosotros es el que sabe soportar mejor los bienes y los males de esta vida; de que se sigue que la verdadera educacion consiste mas en ejercicios que en preceptos.

Si naciesen los hombres apegados al suelo de un pais, si durase todo el año una misma estacion, si cada uno pudiese sujetar su fortuna de modo que jamas pudiera mudarse, en este caso, pues, la práctica de la educacion establecida seria buena bajo cierto respecto: educado el niño para su estado, no saliendo jamas de él, no podria estar espuesto á los inconvenientes de otro; pero en vista de la inestabilidad de las cosas humanas; en vista del espíritu inquieto y revoltoso de este siglo, que á cada generacion todo lo trastorna, ¿puede concebirse un método mas insensato que el de educar á un niño como si jamas hubiese de salir de su cuarto, y como si debiese estar siempre rodeado de su familia? Si este desgraciado da un solo paso sobre la tierra, si baja un solo grado, es perdido. Esto no es enseñarle á soportar la pena, es ejercitarle á sentirla.

Acordaos siempre que el espíritu de una buena institucion no es el de enseñar muchas cosas al niño, sino el de no dejar entrar jamas en su cerebro mas que ideas exactas y claras.

La parte mas esencial de la educacion de un niño, y de la que jamas se hace mérito en las mas cuidadosas educaciones, es hacerle conocer bien su miseria, su debilidad, su dependencia, y el

pesado yugo de la necesidad que impone al hombre la naturaleza; y esto no se le hará conocer solamente para que sea sensible á lo que se hace para aligerarle este yugo, sino sobre todo para que conozca desde muy temprano en que categoría le ha colocado la Providencia, para que no se haga mas superior que lo que le permite, y para que nada de lo humano le parezca extraño.

Apropiad la educacion del hombre al hombre, y no á lo que no es él. ¿No veis que trabajando para formarle exclusivamente para un estado, le haceis inútil para cualquier otro, y que si place á la fortuna, solo habréis trabajado para hacerla infeliz?

Poned todas las lecciones de los jóvenes en acciones mas bien que en discursos. Haced que nada aprendan en los libros de lo que pueda enseñarles la esperiencia.

El pedante y el institutor dicen poco mas ó menos las mismas cosas; pero el primero las dice á cada instante, y el segundo cuando está seguro de su efecto.

NIÑOS

En el principio de la vida, en que la memoria y la imaginación son aun inactivas, el niño solo atiende á lo que afecta actualmente sus sentidos. Siendo sus sensaciones los primeros materiales de sus conocimientos, el presentárselos en un orden conveniente, es preparar su memoria á que algun día los suministre en el mismo orden á su entendimiento; pero como no atiende sino á sus sensaciones, basta en un principio mostrarle bien distintamente la intimidad, la union de estas mismas sensaciones con los objetos que las producen. Todo quiere tocarlo, todo manejarlo: no os opongais á esta inquietud, pues que ella le sugiere un aprendizaje muy

necesario: aprende á sentir ó conocer el calor, el frio, la dureza, la blandura, la pesadez y la ligereza de los cuerpos; á juzgar de su tamaño, de su figura, y de todas sus cualidades sensibles, mirando, tentando, escuchando, y sobre todo comparando la vista con el tacto, y valuando por los ojos la sensación que experimentaríá tocando con sus dedos.

Solo por el movimiento sabemos que hay cosas que estan fuera de nosotros; y solo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la estension. Por no tener el niño esta idea, alarga indiferentemente la mano para coger el objeto que toca, ó el que no está á un paso de él. Este esfuerzo que hace os parece una señal de imperio, una órden que da al objeto de acercarsele, ó á vosotros de traerselo, y no es nada de esto: es solamente que los mismos objetos que al principio veía en su cerebro, y despues ante sus ojos, los vé ahora al extremo de su brazo, y no imagina otra estension

que hasta donde puede alcanzar. Cuidad de pasearle muchas veces, de transportarle de un sitio á otro, de hacerle conocer la mutacion de lugar, á fin de que aprenda á juzgar de las distancias. Cuando principie á conocerlas, es necesario variar de método, y llevarle como os parezca y no como él quiera; porque tan luego como deja de ser engañado por los sentidos, procede de otra causa su esfuerzo.

La inquietud ó sea la incomodidad de las necesidades se espresa con signos cuando es necesario socorro ageno para satsifacerlas. De aquí los gritos de los niños: lloran mucho, y debe de ser asi, pues que son efectivas todas sus sensaciones: cuando son agradables, gozan de ellas callando: cuando son penosas, las dicen en su lengua y piden alivio. En tanto que estan despiertos, casi no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen, ó sienten dolor ó gusto.

Todas nuestras lenguas son obras del arte: se ha indagado por mucho tiempo si habia un lenguaje natural y comun á todos los hombres: sin duda hay uno, y es el que hablan los niños ántes de saber hablar. No es articulada esta lengua, pero sí acentuada, sonora é inteligible. El uso de las nuestras nos la ha hecho descuidar hasta el punto de olvidarla enteramente. Estudiemos á los niños, y muy pronto con ellos la volverémos á aprender. Las nodrizas son maestras en esta lengua; entienden todo lo que las dicen sus hijos de leche; les responden, tienen con ellos conversaciones muy bien seguidas; y aunque pronuncian palabras, son voces perfectamente inútiles, porque no es la significacion de la palabra la que ellas entienden, sino el acento de que va acompañada.

Al lenguaje de la voz se reúne el de los ademanes, que no es menos enérgico: estos ademanes, que no es menos enérgico: estos ademanes no estan en las débiles manos de los niños, sino en su semblante. Admira el ver cuanta espresion tienen ya estas mal formadas fisionomías: sus semblantes varían de un instante á otro con una rapidez inconcebible: veis en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como el relámpago: cada vez creéis ver otra cara. Ciertamente que tienen los músculos del rostro mas movibles que los nuestros. En desquite sus ojos empañados

casi nada dicen. Este debe ser el género de sus signos en una edad en que no se tienen sino necesidades corporales: la expresión de las sensaciones consiste en gestos, y la de los sentimientos en miradas.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; pero si uno se descuida, muy luego se convierten en órdenes. Principian por hacerse asistir, y acaban por hacerse servir. Así, de su propia debilidad de donde nace al principio el sentimiento de su dependencia, nace en seguida la idea del imperio y de la dominación; pero como esta idea se excita menos por sus necesidades que por nuestros servicios, principian aquí á hacerse distinguir los efectos morales, cuya causa inmediata no se halla en la naturaleza; y ya se vé por que desde esta primera edad importa reconocer la intención secreta que dicta el ademán ó el grito.

Cuando el niño alarga la mano con esfuerzo sin decir nada, cree alcanzar al objeto, porque no valúa la distancia á que este se encuentra: es un error suyo; pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia: manda al objeto que se acerque á él, ó a vosotros que se lo acerqueis. En el primer caso, llevadle despacio ácia el objeto; en el segundo, ni aun le deis señal de entenderlo: cuanto mas grite, menos debeis escucharle. Conviene acostumbrarle desde muy temprano á no mandar, ni á los hombres, porque no es su amo, ni á las cosas, porque no le oyen. Así, cuando un niño desea alguna cosa que vé y se le quiere dar, es mejor llevarlo al objeto que traer este al niño. De esta práctica saca una conclusión que es propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

Un niño quiere desordenar todo lo que vé: quiebra, hace pedazos todo lo que puede alcanzar; empuña un pájaro como empuñaría una piedra, y le ahoga sin saber lo que hace. ¿Por que así? Al momento la filosofía va á señalar, por razón de este modo de obrar, nuestros vicios naturales, el orgullo, el espíritu de dominio, el amor propio, la malignidad del hombre. El sentimiento de su debilidad (se añadirá quizá) incita al niño á hacer actos de fuerza, y á probarse á sí mismo su propio poder. Pero ved á ese anciano quebrantado y achacoso,

tornado por el círculo de la vida humana á la debilidad de la infancia: no solamente permanece inmóvil y tranquilo, sino que tambien quiere que todo lo esté en su derredor: la menor mudanza le turba y le desasosiega, y quisiera ver reinar una calma universal. ¿Como produciria tan diferentes efectos en las mismas edades una misma impotencia unida á las mismas pasiones, si no hubiese variado la causa primitiva? ¿Y en que se puede hallar esta diversidad de causas, sino en el estado físico de los dos individuos? El principio activo, comun á ambos, se desenvuelve en el uno, y se estingue en el otro: el uno se forma, y el otro se destruye: el uno camina á la vida, y el otro á la muerte. La actividad falleciente se concentra en el corazon del anciano: en el del niño, es superabundante y rebosa fuera: se siente, por decirlo asi, con bastante vida para animar á cuanto le rodea: nada importa que haga ó deshaga, bastale que varíe el estado de las cosas, pues toda mudanza es una accion. Si parece tener mas inclinacion á destruir, no es por malicia, es porque la accion que forma siempre es lenta; y como la que destruye es mas rápida, se aviene mejor con su vivacidad.

Al mismo tiempo que el Autor de la naturaleza da este principio activo á los niños, cuida de que sea poco dañoso, dejandoles poca fuerza para abandonarse á él. Pero tan pronto como ellos pueden mirar á las gentes que les rodean como instrumentos de quienes depende hacer obrar, se sirven de ellos para seguir su inclinacion y suplir á su propia debilidad. He aquí como se hacen incómodos, tiranos, imperiosos, malos, indómitos: progresos que no proceden de un espíritu natural de dominacion, pero que se les da, porque no es necesaria una larga esperiencia para conocer cuan agradable es obrar por manos de otro, y no necesitar mas que mover la lengua para hacer mover el universo.

Conforme se va creciendo se cobran fuerzas, y se hace uno menos inquieto, mas parado, y se recoge mas dentro de sí mismo. El alma y el cuerpo se ponen, por decirlo asi, en equilibrio, y la naturaleza no nos pide mas que el movimiento necesario para nuestra conservacion. Pero el deseo de mandar no se estingue con la necesidad que le dió origen: el imperio dispierta y lisonjea al amor

propio que el hábito fortifica: así el antojo sucede á la necesidad, así echan sus primeras raíces las preocupaciones y la opinión.

Conocido una vez el principio, vemos claramente el punto en que se abandona el camino de la naturaleza. Veamos lo que es necesario hacer para mantenerse en él.

Lejos de tener los niños fuerzas superfluas, no tienen ni aun las necesarias para todo lo que les pide la naturaleza: es preciso, pues, dejarles el uso de todas las que ella les da y de que no pueden abusar. Primera máxima.

Es preciso ayudarles, y suplir lo que les falta, ya sea en inteligencia, ya en fuerza, ya en todo cuanto de necesidad física fuere. Segunda máxima.

En los socorros que se les den, es preciso limitarse únicamente á la utilidad real, sin conceder nada al antojo ó al deseo infundado; porque el antojo no los atormentará cuando no se haya dado origen ó motivo á él, atendido á que no es natural. Tercera máxima.

Es necesario estudiar cuidadosamente su lenguaje y sus signos, para que en una edad en que no saben disimular, se distinga en sus deseos lo que procede inmediatamente de la naturaleza, y lo que procede de la opinión. Cuarta máxima.

El espíritu de estas reglas es dejar á los niños mas verdadera libertad, y menos imperio; dejarles hacer mas por sí mismos, y que exijan menos de otro. Así, acostumbrándolos desde muy temprano á ceñir sus deseos á sus fuerzas, sentirán bien poco la privación de lo que no esté en su poder conseguir.

El niño que solo conoce las necesidades físicas, solo llora cuando padece; y esto es una gran ventaja, porque entónces se sabe á punto fijo cuando necesita de socorro, y no debe tardarse un momento en darsele si es posible. Pero si no podeis aliviarle, tranquilizaos sin halagarle para que calle: vuestras caricias no curarán su mal, y sin embargo él se acordará muy bien de lo que debe hacer para que se le halague; y si una vez logra ocuparos á su voluntad, es vuestro amo, y todo se ha perdido.

Los largos lloros de un niño que ni está atado ni enfermo, y que de nada carece, son únicamente lloros de costumbre y de obstinación: no son obra de la naturaleza, sino de la nodriza, que

por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensaren que haciendo callar á un niño hoy, se le escita á llorar mas mañana.

El único medio de curar ó prevenir esta costumbre es no hacer ningun caso de ella: nadie gusta de tomarse un trabajo inútil, ni tampoco los niños; son obstinados en sus tentativas; pero si vosotros teneis mas constancia que ellos terquedad, se cansan, y ya no vuelven á tenerla. Asi se les ahorran lágrimas, y se les acostumbra á no verterlas sino cuando el dolor les fuerza á ello.

En cuanto á lo demas, cuando lloran por capricho ó por obstinacion, es un medio muy seguro, para estorbarles que continúen, distraerlos con algun objeto agradable y vistoso, que les haga olvidar que querian llorar. La mayor parte de las nodrizas sobresalen en este arte, que es muy útil bien manejado; pero es de la mayor importancia que el niño no descubra la intencion de distraerle, y que se divierta sin que crea que se piensa en él; mas en esto es en lo que las nodrizas estan muy torpes.

Cuando principian á hablar los niños lloran menos, y esto es una consecuencia natural, pues sustituyen un language á otro. Tan pronto como pueden decir con palabras que padecen, ¿por que lo dirian a gritos, á menos que el dolor no sea tan vivo que no pueda espresarlo la palabra?

Es muy estraño que desde que los hombres se ocupan en la educacion de los niños, no se hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos, que la emulacion, los zelos, la envidia, la vanidad, la ansia, el miedo vil, todas las pasiones mas peligrosas, las que mas pronto fermentan, y las mas á propósito para corromper el alma, aun ántes que esté formado el cuerpo. A cada instruccion precoz que se quiere introducir en su cabeza, se planta un vicio en lo interior de su corazon: insensatos institutores piensan hacer maravillas haciendolos malos para enseñarles que cosa es bondad, y luego con un tono muy grave nos dicen: tal es el hombre. Sí, tal es el hombre que vosotros habeis formado.

Se han probado todos los instrumentos menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto, la libertad bien arreglada. No se debe encargar de educar un niño, quien no sabe conducirle adonde quiera por solas las leyes de lo posible y de lo imposible. Como

ignora igualmente la esfera de lo uno y de lo otro, se la ensancha ó se la estrecha en torno de él como se quiere: con el solo vínculo de la necesidad y sin que se disguste, se le encadena, se le impele ó se le contiene: por la sola fuerza de las cosas, se le hace dócil y obediente, sin dar motivo

á ningun vicio para que germine en él, porque nunca se animan las pasiones cuando son de ningun efecto.

Siendo los primeros movimientos naturales del hombre medirse con todo lo que le rodea, y experimentar en cada objeto que percibe todas las cualidades sensibles que pueden tener relacion con él, su primer estudio es una especie de física experimental relativa á su propia conservacion, y de que se le aparta por los estudios especulativos, antes que haya reconocido el sitio que ocupa en la tierra. Miétras que sus órganos delicados y flexibles pueden ajustarse á los cuerpos sobre los cuales deben obrar: miétras sus sentidos todavía puros estan libres de ilusiones, es tiempo de ejercitar los unos y los otros en las funciones que les son propias; es tiempo de aprender á conocer las relaciones sensibles que tienen las cosas con nosotros. Como todo cuanto entra en el entendimiento humano pasa por los sentidos, la primera razon del hombre es una razon sensitiva, que sirve de base á la razon intelectual: nuestros piés, nuestras manos y nuestros ojos son nuestros primeros maestros de filosofía. Sustituir á todo esto libros, no es enseñarnos á raciocinar, sino á servirnos de la razon de otro; es enseñarnos á creer mucho, y á no saber nunca nada.

Los mas brillantes pensamientos pueden encontrarse en el cerebro de los niños, ó mas bien las mejores palabras en su boca, como los diamantes mas preciosos en sus manos, sin que por esto ni los pensamientos ni los diamantes sean suyos; pues no hay verdadera propiedad de ninguna especie en esta edad. Lo que dice un niño no es para él lo que para nosotros, pues no atribuye a ello las mismas ideas. Estas, si tiene alguna, estan en su cabeza sin consecuencia ni conexion: nada hay fijo ni seguro en todo lo que piensa. Examinad vuestro pretendido prodigio: en ciertos momentos hallaréis en él un resorte de una extrema actividad, una claridad de entendimiento que traspasa las nubes; pero frecuentemente este mismo entendimiento os parecerá flojo, lacio, y como rodeado de

una densa niebla. Tan pronto corre mas que vosotros, os adelanta, y tan pronto se queda parado. En un instante dirémos: es un raro talento; y un instante despues, es un tonto; y siempre os engañaréis; es un niño: es un aguilucho que hiende el aire por un instante, y vuelve un momento despues á caer en su nido.

El hombre tiene tres especies de voz, á saber: la voz parlante ó articulada, la voz cantante ó melodiosa, y la voz patética ó acentuada, que es el idioma de las pasiones, y que anima el canto y la palabra. El niño tiene, lo mismo que el hombre, estas tres especies de voz, pero sin saberlas ligar entre sí: tiene como nosotros la risa, los gritos, los lamentos, la exclamacion, los gemidos; pero no sabe mezclar estas inflexiones con las otras dos voces. Lo que reúne mejor á las tres, es una música perfecta. Los niños son incapaces de esta música, y su canto jamas tiene alma. Del mismo modo en la voz parlante su language no tiene acento: gritan, pero no acentúan; y como en sus razonamientos hay poca energía, hay poco acento en su voz.

De los niños atolondrados se hacen los hombres vulgares, y no sé que haya una observacion mas general y mas cierta que esta: no hay cosa mas difícil que distinguir en la infancia la estupidez real de la aparente y engañosa que anuncia las almas fuertes. Parece extraño en un principio que estos dos extremos tengan unos signos tan semejantes, y sin embargo debe ser asi; porque en una edad en que el hombre no tiene todavía ningunas verdaderas ideas, la única diferencia que se encuentra entre el que tiene genio y el que no le tiene, es que este solo admite ideas falsas, y aquel, no hallando ninguna verdadera, las desecha todas: se parece pues al estúpido, en que este no es capaz de nada, en vez de que á él nada le conviene. La única señal que puede distinguirlos depende de la casualidad que puede presentar al último alguna idea á su alcance, en vez de que el primero es siempre y en todos casos el mismo. El joven Caton durante el tiempo de su infancia parecía un imbécil en su casa; era taciturno y terco. He aquí todo el juicio que se formaba de él. Solo en la antecámara de Sila aprendió su tio a conocerle. Si no hubiese entrado en esta antecámara, quizá hubiera pasado por un bruto hasta la edad de la razon: si no hubiese vivido Cesar, quizá se

hubiera tenido por un visionario á este mismo Caton que penetró su funesto genio y previó á lo lejos todos sus proyectos. ¡Oh cuan sujetos estan á engañarse los que juzgan de los niños tan precipitadamente! Mas niños son ellos muchas veces que los mismos niños.

La aparente facilidad de aprender origina la pérdida de los niños: no se vé que esta misma facilidad es la prueba de que nada aprenden. Su cerebro liso y pulimentado reflecta como un espejo los objetos que se le presentan; pero nada se le queda, nada penetra. El niño retiene las palabras, pero se reflectan las ideas: los que le escuchan las entienden; él es el único que no las entiende.

Son necesarias observaciones mas sutiles y delicadas que lo que se piensa para asegurarse del verdadero talento, del verdadero gusto de un niño, que manifiesta mas sus deseos que sus disposiciones, y que se juzgue siempre por los primeros, á falta de saber estudiar las otras. Yo querria que un hombre juicioso nos diese un tratado del arte de observar á los niños. El conocimiento de este arte seria muy importante: los padres y los maestros aun no poseen los elementos de él.

A los doce ó trece años se desenvuelven las fuerzas del niño con mucha mas rapidez que sus necesidades. Aun no se ha hecho sentir en él la mas violenta, la mas terrible de todas: los mismos órganos permanecen en la imperfeccion, y parece que para salir de ella le fuerza su voluntad. Poco sensible á las injurias del aire y de las estaciones, su naciente calor le sirve de vestido, y su apetito de condimento: en su edad todo lo que puede nutrir es bueno: si tiene sueño, se tiende sobre la tierra y duerme: por todas partes se vé rodeado de lo que necesita: ninguna necesidad imaginaria le atormenta: nada puede sobre él la opinion: no van lejos sus deseos: no solamente puede ser suficiente á sí mismo, sino que tiene mas fuerza de la que necesita; es el único tiempo de su vida en que se hallará en este caso.

¿Que hará pues de este exceso de facultades y de fuerzas que tiene de mas al presente, y que le faltan en otra edad? Tratará de emplearle en cuidados que puedan aprovecharle en caso de necesidad. Echará, por decirlo asi, en lo futuro el sobrante de su ser

actual: el muchacho robusto hará provisiones para el hombre débil; pero no establecerá sus almacenes ni en los cofres que se pueden robar, ni en heredades que le son estrañas: para apropiarse verdaderamente su adquisición, la depositará en sus brazos, en su cabeza, en él mismo. He aquí el tiempo de los trabajos, de las instrucciones y de los estudios.

No se trata de enseñar las ciencias al niño, sino de darle gusto para que las ame, y método para enseñarselas cuando esté mejor desenvuelto este gusto.

ADOLESCENCIA

Dos veces nacemos, por decirlo así: una para existir, y otra para vivir; una para la especie, y la otra para el sexo. Sin duda yerran los que tienen á la muger por un hombre imperfecto; pero la analogía exterior está por ellos. Los niños de ámbos sexos ninguna apariencia que los distinga tienen hasta la edad nubil: el mismo rostro, la misma figura, el mismo color, la misma voz; en todo son iguales: las niñas son criaturas como los niños, y este mismo nombre basta para calificar á seres tan semejantes. Los varones en quienes se impide el desarrollo ulterior del sexo, conservan toda su vida esta conformidad, y siempre son niños grandes; y las mugeres que no la pierden, parecen bajo muchos aspectos no ser jamás otra cosa.

Pero generalmente el hombre no está destinado á permanecer en la infancia. Sale de ella al tiempo prescrito por la naturaleza, y este momento de crisis, aunque bien corto, tiene influencias muy largas.

Así como el bramido del mar precede de lejos á la tempestad, así esta tempestuosa revolución se anuncia por el murmullo de las nacientes pasiones. Una sorda fermentación avisa de que el peligro se acerca. Mudanza en el genio, frecuentes enfados, una continua agitación de ánimo, hacen casi indisciplinable al niño: se hace sordo á la voz á que ántes era dócil; es un león con la calentura. A los signos morales de un genio que se altera se unen mudanzas sensibles en su figura. Se desenvuelve su fisonomía, y se imprime en ella un carácter: el vello suave que crece bajo sus mejillas pardea y toma consistencia: muda su voz, ó mas bien la pierde: no es niño ni hombre, y no puede tomar el tono de ninguno de los dos. Sus

ojos, los órganos del alma, que hasta aquí nada han dicho, adquieren lenguaje y expresión: un fuego naciente los anima; sus miradas más vivas tienen todavía una santa inocencia, pero no su primera simplicidad:

siente ya que pueden decir demasiado: principia á saber bajarlos y á sonrojarse: se hace sensible ántes de saber lo que siente: está inquieto sin motivo. Todo esto puede venir lentamente y dejaros todavía tiempo; pero si su vivacidad se hace demasiado impaciente, si su arrebató se convierte en furia, si de un instante á otro se irrita y se entenece, si vierte lágrimas sin motivo, si cerca de los objetos que empiezan á ser peligrosos para él, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si la mano de una muger puesta sobre la suya le hace estremecer, si se turba ó se intimida cerca de ella, ¡Ulises, sabio Ulises! guardate; las odres que cerrabas con tanto cuidado están abiertas, y los vientos desencadenados; no dejes un momento el timón, ó eres perdido.

Siempre es más temprana la pubertad y la potencia del sexo en los pueblos instruidos y civilizados, que entre los ignorantes y bárbaros. Los niños tienen una singular sagacidad para descubrir, ó por mejor decir, penetrar por medio de los melindres de la decencia, las malas costumbres que cubre. El apurado lenguaje que se les dicta, las lecciones de honestidad que se les dan, el velo del misterio que se afecta correr ante sus ojos, son otros tantos aguijones para su curiosidad.

Las instrucciones de la naturaleza son tardías y lentas; las de los hombres casi siempre son prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan á la imaginación: en el segundo, la imaginación despierta a los sentidos, les da una actividad precoz que no puede menos de enervar, de debilitar en un principio á los individuos, y á la larga á la misma especie.

El primer sentimiento de que es susceptible un jóven cuidadosamente educado, no es el amor, es la amistad. El primer acto de su naciente imaginación es enseñarle que tiene semejantes, y la especie hace impresión en él ántes que el sexo.

Siempre he visto que los jóvenes corrompidos desde muy temprano, abandonados á las mugeres y á la disolución, eran inhumanos y crueles: la fogosidad de su temperamento les hacia

impacientes, vengativos y furiosos; llena su imaginacion de un solo objeto, se negaba á todo lo demas; no conocían ni piedad ni misericordia: habrian sacrificado padre, madre, el universo entero al menor

de sus placeres. Por el contrario, á un jóven educado en una feliz sencillez, le incitan los primeros movimientos de la naturaleza á las pasiones tiernas y afectuosas: su corazon compasivo se conmueve por las penas de sus semejantes; se estremece de alegria cuando vuelve á ver á su compañero; sus ojos saben verter lágrimas de ternura; es sensible á la vergüenza de desagradar, y al dolor de haber ofendido. Si el ardor de una sangre que se inflama le hace vivo, arrebatado y colérico, un momento despues se vé toda la bondad de su corazon en la efusion de su arrepentimiento; llora, gime sobre la herida que ha hecho, y querria al precio de su sangre rescatar la que ha vertido: todo su arrebatado se estingue, toda su fiereza se humilla ante la conciencia de su furor; si él es el ofendido, le desarma una sola palabra: perdona los agravios que le hacen, de tan buena gana como repara los suyos. No es la adolescencia la edad de la venganza ni del odio, es la de la conmisericordia, de la clemencia, de la generosidad. Sí, lo sostengo, y no temo ser desmentido por la esperiencia: un niño que no es de mala índole, y que ha conservado su inocencia hasta veinte años, es á esta edad el mas generoso, el mejor, el mas amante, y el mas amable de los hombres.

Introducid en el mundo á un jóven de veinte años; bien dirigido, será en un año mas amable y mas juiciosamente cortés que el que haya sido educado en él desde su infancia; porque siendo el primero capaz de conocer los motivos de todos los procedimientos relativos á la edad, al estado, al sexo, que constituyen este uso, puede reducirlos á principios, y estenderlos á los casos imprevistos: en vez de que el otro no teniendo otra regla que su práctica, se halla perplejo tan pronto como sale de ella. Todas las señoritas francesas se educan en los conventos ó en los colegios hasta que se casan. ¿Y se echa de ver que las cueste entónces trabajo tomar unos modales que las son tan nuevos? ¿Y se acusará á las mugeres de Paris de no tener desenvoltura ni gracia, ó de ignorar el arte del mundo, por no haber sido criadas en él desde su infancia? Esta

preocupacion nace de las mismas gentes de mundo, que no conociendo nada mas importante que esta mezquina ciencia, se imaginan falsamente que nunca es demasiado temprano para adquirirla. Es verdad que tampoco se ha de aguardar á muy tarde; cualquiera que ha pasado toda su juventud lejos del gran mundo, tiene en él todo el resto de su vida un aire embarazado y violento: dice siempre cosas fuera del caso; sus modales son pesados y sin maña, que jamas borra el hábito de vivir en él, ántes por el contrario se hace mas ridículo por el mismo esfuerzo que hace para no serlo. ¡Cuántas precauciones deben tomarse con un jóven de buena índole, ántes de esponerle á las costumbres del siglo! Estas precauciones son penosas, pero indispensables; la negligencia en este punto pierde á la juventud; los hombres degeneran por el desórden de la primera edad, haciendose lo que son en el día: viles y cobardes aun en sus mismos vicios, solo tienen pequeñez de alma, porque consumidos sus cuerpos, se han estragado desde muy temprano, y apénas les queda bastante aliento para moverse; sus pensamientos sutiles manifiestan espíritu sin talento; nada de grande y noble saben sentir, no tienen sinceridad ni vigor. Despreciables en todo, y malos con bajeza, son únicamente vanos, bribones y falsos; ni aun tienen bastante valor para ser grandes malvados.

RETRATO Y CARACTER DE EMILIO, Ó DEL DISCÍPULO DE J.-J. ROUSSEAU, A LA EDAD DE DIEZ Ó DOCE AÑOS

Su figura, su semblante y su continente anuncian la seguridad y el contento: la salud brilla sobre su rostro; sus firmes pasos le dan un aspecto de vigor; su color delicado aun, sin carecer de viveza, nada tiene de una molicie afeminada; el aire y el sol han impreso ya en él la honrosa marca de su sexo; sus músculos aun ocultos empiezan á manifestar algunos rasgos de una naciente fisonomía: sus ojos á los cuales no anima todavía el fuego del sentimiento, tienen á lo menos toda su nativa serenidad; no los han oscurecido aun largas tristezas, ni llantos eternos han surcado sus mejillas. Contemplad en sus movimientos prontos, pero seguros, la vivacidad de su edad, la entereza de la independenciam, y la esperiencia de multiplicados ejercicios. Tiene la presencia despejada y libre, pero no insolente ni vana; su rostro, que jamas se pegó á los libros, no se deja caer sobre su pecho; no hay necesidad de decirle, *alza la cabeza*; jamas la vergüenza ni el miedo se la hiciéron bajar.

Demosle lugar en medio de la asamblea: examinadle, señores, preguntadle con toda confianza; no temais ni su impertinencia, ni su charlatanería, ni sus indiscretas cuestiones; no temais que se apodere de vosotros, que pretenda que os ocupeis solamente de él, y que no podais quitaroslo de encima.

No espereis tampoco agradables discursos, ni que os diga lo que yo le haya dictado: no espereis otra cosa que la verdad ingenua y

sencilla, sin adorno, sin aparato y sin vanidad; os dirá lo malo que ha hecho, ó lo que piensa hacer, con tanta franqueza como lo bueno, sin curarse de ninguna manera del efecto que haga sobre vosotros lo que dijere; y usará de la palabra con toda la sencillez de su primera institucion.

Gustamos de pronosticar bien de los niños, y nos dolemos del flujo de necedades que casi siempre viene á trastornar las esperanzas que quisiéramos fundar sobre alguna feliz ocurrencia que por casualidad

les viene á la boca. Si rara vez da el mio semejantes esperanzas, nunca causará este sentimiento, porque jamas dice una palabra inútil, ni se apura por hablar de lo que no sabe, ni se le escucha. Sus ideas son cortas, pero limpias; si nada sabe de memoria, sabe mucho por experiencia; si no lee tan bien como otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza; no está su entendimiento en su lengua, sino en su cabeza; tiene menos memoria que discernimiento y solo sabe hablar un idioma, pero entiende lo que dice; y si no habla tan bien como hablan los otros, en recompensa obra mejor que los otros obran.

No sabe lo que es práctica, uso, hábito; lo que hizo ayer no influye en lo que hace hoy; jamas sigue formulario: no cede á la autoridad ni al ejemplo, ni habla ni obra sino como le conviene. Por lo tanto, no espereis de él discursos estudiados, ni modales afectados, sino siempre la fiel espresion de sus ideas, y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Hallais en él un corto número de nociones morales que se refieren á su estado actual, y ninguna acerca del estado relativo á los hombres. ¿Y de que le servirian, puesto que un niño no es aun miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propiedad, y aun de recíproca conveniencia; hasta ahí puede saber: sabe por que lo suyo es suyo, y por que no lo es lo ageno; pero pasad de aquí, y ya nada sabe. Habladle de obligacion y de obediencia, y no sabe lo que quereis decirle; mandadle alguna cosa, y no os entenderá; pero decidle: «si me haceis tal favor, tal placer, os lo volveré en cualquiera ocasion que se ofrezca,» y al punto se apresurará á complaceros, porque no desea mas que entender su dominio, y adquirir sobre vosotros derechos que sabe ser

inviolables: quizá no le disgusta ocupar un puesto, hacer de hombre, y que se le tenga por algo; pero si tiene este último motivo, vedle aquí ya echado fuera de la naturaleza, y no habeis cerrado bien de antemano todas las puertas de la vanidad.

Si él por su parte tiene necesidad de algun auxilio, le pedirá indiferentemente al primero que encuentre; le pedirá al rey lo mismo que á su lacayo: los hombres todos son aun iguales á sus ojos; en el tono con que suplica, veis que conoce que nada se le debe; sabe que lo que pide es un favor, pero sabe tambien que la humanidad inclina á concederselo: sus espresiones son sencillas y lacónicas: su voz, su mirar, su ademan, son los de un ser acostumbrado igualmente á la concesion y á la negativa; no es la baja y servil sumision de un esclavo, ni el acento imperioso de un amo; es una modesta confianza en su semejante, es la noble é insinuante dulzura de un ser libre, pero sensible y débil, la que implora el auxilio de un ser libre, pero fuerte y bienhechor. Si le concedeis lo que os pide, no os dará gracias, pero conocerá que ha contraido una deuda: si se lo negais, no se quejará, porque sabe que esto seria inútil; no se dirá á sí mismo: sé me ha negado; pero sí dirá: no podia ser; nadie se enoja contra la necesidad bien conocida.

Dejadle solo en libertad; vedle obrar sin decirle nada; contemplad lo que hará y como se gobernará. No necesitando convencerse de que es libre, jamas hace nada por atolondramiento, y sí únicamente por hacer un acto de poder sobre sí mismo. ¿No sabe que siempre es dueño de sus acciones? Está alerta, pronto, dispuesto: sus movimientos tienen toda la viveza de su edad, pero no veis ninguno en él en que no se proponga un fin. Cualquiera que sea la cosa que quiere hacer, jamas emprenderá nada que sea superior á sus fuerzas, porque las tiene bien esperimentadas y las conoce: sus medios son siempre adecuados á sus planes, y raramente obrará sin estar seguro del feliz éxito de lo que pretende. Sus ojos tendrán atencion y discernimiento; no irá neciamente preguntando á los demas acerca de lo que vé, sino que lo examinará por sí mismo, y se fatigará por hallar lo que quiere aprender ántes de pedirlo. Si se halla en un apuro, se turbará menos que otro; y si hay peligro, tambien se asustará menos. Como su imaginacion está todavía sin

ejercitarse, y nada se ha hecho para animarla, no vé las cosas sino como son en sí; no estima los peligros en mas de lo que valen, y conserva siempre su serenidad. Frecuentemente se agrava sobre él la necesidad para que aun choque contra ella: desde su nacimiento lleva su yugo, y por lo mismo vedle bien acostumbrado á él; en fin, está siempre dispuesto á todo.

Bien se ocupe ó se divierta, una y otra cosa es igual para él: sus juegos son sus ocupaciones, y no conoce entre ámbas cosas diferencia alguna. Toma en todo lo que hace un interes que hace reir, y una libertad que agrada, mostrando á un mismo tiempo la forma de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es el espectáculo de esta edad un espectáculo agradable y dulce, viendo á un lindo niño con ojos vivos y alegres, aspecto contento y sereno, la fisonomía despejada y risueña, hacer jugando las cosas mas serias, ú ocupado profundamente de los mas frivolos entretenimientos?

¿Quereis ahora juzgarle por comparacion? pues, juntadle con otros niños, y dejadle obrar: bien pronto veréis cual está mas verdaderamente formado, y el que mas se acerca á la perfeccion, de su edad. Ninguno es mas ágil que él entre los muchachos de la ciudad; pero él es mas fuerte que ningun otro: á los lugareños los iguala en fuerza, y les escede en habilidad. Juzga, razona y prevee mejor que todos ellos en todo lo que está al alcance de la niñez. ¿Se trata de ejercitarse, correr, saltar, mover cuerpos, levantar masas, valuar distancias, inventar juegos, y ganar premios? Se diría que tiene á sus órdenes la naturaleza: tal es la facilidad con que hace que todo ceda á su voluntad.

Su destino es guiar y gobernar á sus iguales: el talento y la esperiencia equivalen para él al derecho y á la autoridad. Dadle el vestido y el nombre que os acomode, poco importa: tendrá la primacía por todas partes; será el gefe de los demas, que reconocerán siempre su superioridad: sin querer mandar, será el amo; sin creer que le obedecen, será obedecido.

Ha llegado á la madurez de la infancia: ha vivido vida de un niño: no ha comprado su perfeccion á costa de su felicidad: por el contrario, ha contribuido una á otra. Adquiriendo toda la razon de su edad, ha sido feliz, y libre en cuanto su constitucion le permitía serlo.

Si la parca fatal viene á segar en él la flor de nuestras esperanzas, no tenemos que llorar á un tiempo su vida y su muerte: no agravaremos nuestro dolor con la memoria del que le hayamos causado: dirémos: á lo menos ha gozado de su infancia: nada le hemos hecho perder de lo que le había dado la naturaleza.

Retrato y carácter del mismo discípulo en una edad mas avanzada; de su entrada en el mundo, y como se comporta en él.

Cualquiera que sea la categoria en que pueda haber nacido, y la sociedad en que principie á introducirse, su estreno será sencillo y sin esplendor. No plegue á Dios que sea bastante desgraciado para brillar en ella: no son sus cualidades de aquellas que dan golpe á primera vista: ni las tiene, ni las quiere tener. Hace poco aprecio de los juicios de los hombres para que lo haga de sus preocupaciones, y no se cura de que se le estime ántes de conocerle. No es modesto ni vano: su modo de presentarse es natural y sin afectacion: no conoce la sujecion ni el disimulo, y en medio de una concurrencia es el mismo que solo y sin testigo alguno. ¿Y por esto será grosero y desdeñoso, sin atencion con nadie? Todo lo contrario: si solo no tiene por nada á los demas hombres, ¿por que no los tendrá por algo viviendo entre ellos? No los prefiere á sí mismo en su corazon; pero tampoco les muestra una indiferencia que está muy lejos de tener: si no gasta las fórmulas de la cortesía, tiene las atenciones de la humanidad, no gusta de ver padecer á nadie: no ofrecerá su puesto á otro por melindre, pero se lo cederá voluntariamente por bondad, si viendole olvidado juzga que este olvido le mortifica; porque á mi jóven le costará menos estar en pié de su voluntad, que ver al otro estarlo por fuerza.

Aunque Emilio no estime generalmente á los hombres, no les manifestará desprecio, porque les tiene compasion y se enternece con ellos. No pudiendo darles el gusto de los bienes reales, les deja los de la opinion con que se contentan, no sea que quitandoselos sin resarcimiento, los haga mas infelices que ántes eran. No es, pues, disputador, ni tiene espíritu de contradiccion; tampoco es complaciente ni adulador: dice su parecer sin contradecir el de nadie, porque ama la libertad en todo, y la franqueza es uno de sus mas preciosos derechos. Habla poco, porque se cura poco de que se ocupen de él; por lo mismo, solo dice cosas útiles; de otro modo, ¿que le obligaria á hablar? Emilio es demasiado instruido para ser jamas hablador.

Lejos de chocar con el modo de obrar de los demas, Emilio de buena voluntad se conforma con él, no por parecer instruido en los

estilos, ni por afectar los modales de un hombre cortés, sino al contrario de temor de que se le distinga, para evitar que se le note, y nunca se halla mas á su gusto que cuando no se repara en él.

Aunque al entrar en el mundo ignora absolutamente los modales de él, no por eso es tímido y medroso: si se esconde, no es por confusion, sino porque para ver bien es necesario no ser visto, porque le inquieta poco lo que se piense de él, y le causa poco miedo el que le ridiculicen. Esto hace que permaneciendo siempre tranquilo y sereno, no se turbe por la mala vergüenza. Míresele ó no, siempre hace lo que sabe lo mejor que le es posible, y estando siempre observando bien á los demas, toma los estilos con una facilidad que no pueden tener los esclavos de la opinion. Puede decirse que toma mas pronto el estilo del mundo, precisamente porque hace poco caso de él.

No os engañeis sin embargo acerca, de su planta, ni la compareis con la de vuestros jóvenes pisaverdes. Es firme, no presumido; sus modales son libres y no desdeñosos: el aire insolente solo pertenece á los esclavos: la independenciam nada tiene de afectado.

Cuando se ama, se quiere ser amado: Emilio ama á los hombres, y por lo mismo quiere agradarles. Con mayor motivo quiere agradar á las mugeres. Su edad, sus costumbres, su proyecto de hallar una estimable compañera, todo concurre á alimentar en él este deseo. Digo sus costumbres, porque estas hacen mucho: los hombres que las tienen son los verdaderos adoradores de las mugeres: no tienen como los otros no sé que especie de algarabía burlona de galanteo, pero sí aquel celo, aquel interes mas verdadero, mas tierno, y que sale del corazon. Yo conocería cerca de una joven á un hombre que tiene buenas costumbres y domina á la naturaleza, entre cien mil disolutos. Juzgad lo que será nuestro Emilio con un temperamento nuevo y tantos motivos para permanecer en él. Cerca de ellas creo que alguna vez será tímido y confuso; pero seguramente no las desagradará esta confusion, y las menos bribonas tendrán demasiado el arte de gozar de ella y de aumentarla. En cuanto á lo demas, su obsequio mudará sensiblemente de forma segun los estados: será modesto y respetuoso con las mugeres casadas, mas vivo y mas tierno con las jóvenes doncellas.

Nadie será mas puntual que él en todas las atenciones fundadas sobre el orden de la naturaleza, y aun sobre el buen orden de la sociedad; pero siempre serán preferidas las primeras á las otras, y respetará mas á un particular de mas edad que él, que á un magistrado de la suya. Siendo pues ordinariamente uno de los mas jóvenes en las sociedades en que se halle, será siempre uno de los mas modestos, no por la vanidad de parecer humilde, sino por un sentimiento natural fundado sobre la razon. No tendrá la impertinente cortesanía y descaro de un jóven fatuo y presumido, que para divertir á la compañía habla mas alto que los hombres de juicio, é interrumpe á los de mas edad; ni autorizará por su parte la respuesta dada por un anciano caballero á Luis XIV, que le preguntaba ¿cual preferiria, si su siglo ó este? *Señor, dijo, he pasado mi juventud en respetar á los ancianos, y ahora es necesario que pase mi vejez en respetar á los niños.*

Teniendo una alma tierna y sensible, pero no apreciando nada por la tara de la opinion, aunque guste de agradar á los demas, cuidará bien poco de ser tenido en consideracion. De lo que se sigue que será mas afectuoso que cortés, que jamas tendrá altivez ni fausto, y que le moverá mas un cariño que mil elogios. Por los mismos motivos no descuidará ni sus modales ni su porte, y aun podrá quizá tener alguna afectacion en su trage, no para parecer hombre de gusto, sino para hacer mas agradable su figura.

Amando á los hombres porque son sus semejantes, amará sobre todo á los que se le parezcan mas, porque se tendrá por bueno; y juzgando de esta semejanza por la conformidad de los gustos en las cosas morales, tendrá mucho placer en hallar aprobacion en todo cuanto tiene relacion con el buen carácter. No se dirá á sí mismo precisamente: me alegro porque se me aprueba, sino me alegro porque se aprueba lo bueno que he hecho: me alegro de que las gentes que me honran se honren á sí mismas: en tanto que juzguen tan sanamente, será muy plausible merecer su estimacion.

RETRATO Y CARÁCTER DE SOFÍA Ó DE LA FUTURA ESPOSA DE EMILIO

Sofía es de buena índole: tiene un buen natural, el corazón muy sensible, y alguna vez esta extrema sensibilidad le da una actividad de imaginación que no es fácil moderarla: su inteligencia es menos exacta que penetrante; su genio fácil, y sin embargo desigual: su figura común, pero agradable: una fisonomía que promete alma y que no miente: puede uno acercarse á ella con indiferencia, pero no dejarla sin emoción. Otras tienen muy buenas prendas que á ella le faltan, otras tienen en mayor cantidad las que ella tiene; pero ninguna tiene cualidades mejor combinadas para formar un feliz carácter: ella sabe sacar partido hasta de sus mismos defectos: quizá si fuese más perfecta, agradaría mucho menos.

No es bella Sofía; pero los hombres cerca de ella olvidan las bellezas, y estas están mal contentas consigo mismas. Apenas es linda á primera vista, pero cuanto más se la vé, más se hermosea: con lo que tantas pierden ella gana, y lo que una vez gana nunca lo pierde. Es posible tener ojos y boca más hermosos, y una presencia más imponente; más no es posible tener estatura más proporcionada, talle más bien hecho, color más hermoso, mano más blanca; pié más lindo, mirar más dulce, fisonomía más tierna. Interesa sin deslumbrar, embelesa, y no se podría decir por qué.

Sofía gusta de ataviarse, y es inteligente en esto: su madre no tiene otra camarera que ella: tiene mucho gusto para componerse y que luzca su ropa, pero aborrece los ricos trajes: siempre se vé en el suyo la sencillez unida á la elegancia: no ama lo que brilla, sino lo

que sienta. Ignora cuales son los colores de moda, pero sabe perfectamente los que le caen bien. No hay jóven que parezca ataviada con menos estudio, y no hay una cuya compostura sea mas estudiada: ni una pieza de su trage está puesta por acaso, y en ninguna se echa de ver el arte. Su adorno es muy modesto en la apariencia, y en realidad muy provocativo: no hace ostentacion de sus gracias, al contrario las oculta, pero ocultandolas sabe hacer que se imaginen. Al verla, se dirá: he aquí una jóven modesta y prudente; pero miéntras tras se está junto á ella, los ojos y el corazon vagan sobre toda su persona sin que se puedan apartar, y se diria que todo este trage tan sencillo se ha puesto en su lugar, solo con el fin de que se le quite pieza á pieza la imaginacion.

Sofía tiene talentos naturales, los conoce, y no ha dejado de cultivarlos; pero no habiendose hallado en circunstancias de valerse mucho del arte, se ha contentado con ejercitar su bonita voz en cantar con arreglo y gusto, sus delicados piés en andar con ligereza, facilidad y gracia, en hacer la cortesía en todo género de situaciones sin sujecion ni desmaña.

Lo que hace mejor Sofía y lo que se la ha hecho aprender con mas esmero, son los trabajos de su sexo, aun aquellos de que se hace poco uso, como cortar y coser sus ropas. No hay una obra de aguja que no sepa hacer y que no la haga con gusto; pero la que prefiere á toda otra es el encaje, porque no hay ninguna que ofrezca una actitud mas agradable, y en la que se ejerciten los dedos con mas gracia y ligereza. Tambien se ha aplicado á todos los quehaceres de la casa: entiende de cocina y de reposteria, sabe el precio de los comestibles, conoce la calidad de ellos, sabe muy bien llevar las cuentas, sirve á su madre de mayordomo. Destinada á ser ella misma algun dia madre de familia, gobernando la casa paterna aprende á gobernar la suya; puede suplir las funciones de los criados, y siempre lo hace con gusto. Jamas se sabe mandar bien sino lo que se sabe ejecutar por uno mismo; y esta es la razon que tiene su madre para ocuparla de este modo. En cuanto á Sofía, no va tan allá: su primer deber es el de hija, y el único que por ahora piensa llenar. Su única mira es servir á su madre y aliviarla de una parte de sus cuidados.

Sofía tiene entendimiento despejado sin ser brillante, y sólido sin ser profundo: un entendimiento del que nada se dice, porque cualquiera que habla con ella nunca le encuentra sino como el suyo, poco mas ó menos. Tiene siempre el que agrada á las gentes que la hablan, aunque no muy adornado, segun la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mugeres; porque el suyo no se ha formado por la lectura, sino únicamente por las conversaciones de sus padres, por sus propias reflexiones, y por

las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. Naturalmente es alegre Sofía; era retozona cuando niña, pero su madre ha cuidado de ir poco á poco refrenando sus vicios de ligereza, temiendo que muy pronto una repentina mudanza la instruyese del instante que la habia hecho necesaria. Se ha hecho, pues, modesta y reservada aun ántes de que fuese tiempo de serlo, y ahora que este ha llegado, la es mas fácil conservar el tono que ha tomado, que lo que la seria tomarle sin indicar la razon de esta mudanza. Es una cosa graciosa verla alguna vez abandonarse por un resto de su antigua costumbre á vivezas de la infancia, y de repente volver sobre sí misma, callarse, bajar los ojos y ponerse encarnada: es preciso que el término intermedio entre las dos edades participe un poco de ámbas.

Sofía es en extremo sensible para conservar una perfecta igualdad de genio; pero tiene demasiada dulzura para que esta sensibilidad sea muy importuna á los demas: á ella sola es á quien hace mal. Digase una sola palabra que la incomode, no muestra enfado; pero se la comprime el corazon, y procura escaparse para ir á llorar. Que su padre ó su madre la llame en medio de su llanto, y la diga una sola palabra: al momento viene corriendo á jugar y reir, enjugandose los ojos con disimulo y procurando ahogar sus sollozos.

Tampoco está esenta Sofía de caprichos: su genio un poco arrebatado, cuando la irritan, degenera en obstinacion, y entónces está sujeta á escederse. Pero dejadla tiempo para volver en sí, y en el modo de borrar su culpa casi hará de ella un mérito.

Si se la castiga, es dócil y sumisa, y se echa de ver que su vergüenza no tanto viene del castigo como de su falta. Si nada se la

dice, jamas deja de repararla por sí misma, y de tan buena voluntad que no es posible guardarla rencor. Besaria el suelo delante del último criado, sin que esta humillacion la costase el menor trabajo; y tan pronto como se la ha perdonado, su alegria y sus halagos manifiestan de que peso se ha aliviado su corazon. En una palabra, lleva con paciencia los agravios de los demas, y repara con gusto los suyos. Tal es el amable natural de su sexo ántes que nosotros le hayamos estragado. La muger es hecha para ceder al hombre, y aun para aguantar su injusticia:

nunca reduciréis á los muchachos al mismo punto: se exalta en ellos el sentimiento interior y se indigna contra la injusticia: la naturaleza no los destinó á tolerarla.

Sofía ama la religion, practica la moral, y consagra su vida entera á servir á Dios obrando bien. En todas las instrucciones que acerca de este punto la han dado sus padres, la han acostumbrado á una respetuosa sumision: en vez de largos discursos de piedad, se han ceñido a predicarsela con su ejemplo, y este ejemplo está grabado en su corazon.

Sofía ama la virtud: este amor se ha hecho su pasion dominante. La ama, porque no hay belleza como la virtud: la ama, porque la virtud constituye la gloria de una muger, y porque una muger virtuosa le parece casi igual á los ángeles: la ama como la única senda de la verdadera felicidad, y porque en la vida de una muger deshonesta solo vé miseria, abandono, desgracia, ignominia: la ama, en fin, como preciosa á su respetable padre y á su tierna y digna madre: no contentos estos con ser felices con su virtud propia, quieren serlo tambien con la de su hija; y la primera felicidad de Sofía es la esperanza de hacer la de sus padres. Todos estos sentimientos la inspiran un entusiasmo que eleva su alma y tiene subyugadas todas sus mezquinas inclinaciones á una pasion tan noble. Sofía será casta y honesta hasta su último aliento: lo ha jurado en el fondo de su alma, y lo ha jurado en un tiempo en que conocia ya todo lo que cuesta cumplir semejante juramento: lo ha jurado cuando hubiera debido revocar esta promesa, si sus sentidos fuesen capaces de reinar sobre ella.

Sofía no tiene la dicha de ser una amable Francesa, fria por temperamento y coqueta por vanidad, que quiere brillar mas bien que agradar, y que busca la diversion y no el placer. La sola necesidad de amar es la que la devora, viene á distraerla y perturbar su corazon en medio de las diversiones: ha perdido su antigua alegria: la fastidian los retozones juegos, estos no son ya para ella. Lejos de temer el fastidio de la soledad, la busca: piensa en ella en aquel que debe hacersela dulce: todos los indiferentes la importunan: no necesita de cortejos sino de un amante: gusta mas de agradar á un solo hombre de bien y agradarle siempre, que elevar en su favor el grito de la moda que dura un día, y al siguiente se convierte en befa.

Las mugeres son los jueces naturales del mérito de los hombres, asi como estos lo son de las mugeres: esto es un derecho recíproco, y ni unos ni otros lo ignoran. Sofía conoce este derecho y usa de él, pero con la modestia que conviene á su juventud, á su inesperienza y á su estado: solo juzga cuando su juicio sirve para desenvolver alguna máxima útil. No habla de los ausentes sino con la mayor circunspeccion, sobre todo si son mugeres. Piensa que lo que las hace murmuradoras y satíricas, es el hablar de su sexo; en tanto que se limitan á hablar del nuestro, son equitativas. Por lo tanto, Sofía se limita solo á esto. En cuanto á las mugeres, jamas habla sino para decir todo lo bueno que sabe de ellas. Esto es un honor que cree deber á su sexo; y en cuanto á aquellas de quienes nada bueno sabe que decir, calla, y este silencio se entiende.

Sofía tiene poco estilo de mundo; pero es obsequiosa, atenta, y en todo cuanto hace tiene mucha gracia. Un feliz natural le sirve mas que mucho arte. Tiene cierta cortesía que le es propia, que no consiste en fórmulas, que no está sujeta á la moda, que no varia con ella, que nada hace por estilo sino que viene de un verdadero deseo de agradar, y que agrada. No gasta cumplimientos frívolos y no los inventa mas estudiados: no dice que está muy agradecida, que la honran mucho, que no se tomen la molestia, etc. Aun menos trata de volverlos en frases. A una atencion, á una cortesanía de estilo corresponde con una reverencia ó por un simple *muchas gracias*; pero esta palabra dicha por su boca vale tanto como cualquiera que

pudiera decirse por otra. Para un verdadero favor deja hablar á su corazon, y no halla en él un mero cumplimiento. Jamas ha permitido que el estilo francés la sujete al yugo de las monerías y de los ademanes, como el estender y apoyar su mano para pasar de un aposento á otro sobre el brazo de un sexagenario á quien ella desearia sostener. Cuando un petimetre perfumado la ofrece este impertinente servicio, deja su oficioso brazo en la escalera, y se pone de dos saltos en el cuarto diciendo: no estoy coja.

No solamente observa silencio y respeto con las mugeres, sino con los hombres casados

sados ó de mucha mas edad que la suya; jamas aceptará puesto superior á ellos, á menos que no sea por obediencia, y volverá á tomar el suyo inferior tan pronto como pueda; porque sabe que los derechos de la edad son ántes que los del sexo, como que tienen á su favor la presuncion de la sabiduria que debe ser honrada ante todo.

Otra cosa es con los jóvenes de su edad: necesita de diferente tono para imponerles respeto, y sabe tomarlo sin dejar el aire modesto que la conviene. Si son por sí misinos modestos y recatados, conservará de buena voluntad con ellos la amable familiaridad de la juventud: sus conversaciones llenas de inocencia serán chistosas, pero decentes; si se hacen serias, quiere que sean útiles; si degeneran en requiebros, bien pronto las hará cesar; porque desprecia sobre todo la mezquina algarabía del galanteo como muy ofensiva á su sexo. Sabe bien que el hombre que ella busca no la gasta, y jamas sufre con gusto de otro lo que no conviene á aquel cuyo carácter tiene impreso en el fondo de su corazon. La alta opinion que tiene de los derechos de su sexo, la nobleza de alma que le da la pureza de sus

sentimientos, la energía de la virtud que siente en sí misma, y que á sus mismos ojos la hace respetable, la hacen escuchar con indignacion las tiernas lisonjas con que se pretende divertirla: no las recibe con una cólera aparente, sino con un aplauso irónico que desconcierta, ó con un semblante frio que no se espera. Que un lindo Adonis le ensarte sus requiebros, le alabe con agudeza la

suya, su hermosura, sus gracias, y el precio de la felicidad de agradar; y es capaz la chica de interrumpirle diciendole con política: «Señor, me temo que sé yo todas esas cosas mejor que vos: si nada mas curioso tenemos que decir, creo que podemos acabar aquí la conversacion.» Acompañar estas palabras con una gran cortesía y hallarse á veinte pasos de él, es para Sofía obra de solo un instante. Preguntad á vuestros elegantes si es fácil hacer ostentacion de su charla con un genio tan desabrido como este.

No quiere decir esto, sin embargo, que ella no guste demasiado de que se la alabe; pero ha de ser con tal que esto sea de veras, y que pueda creer que en efecto se piensa el bien que de ella se dice. Para parecer uno sensible á su mérito, es necesario principiar por manifestarselo. Un homenaje fundado en la estimacion puede lisonjear á su altivo corazon, pero todo chasco de galanteo es siempre desechado: Sofía no está destinada á ejercitar el talento de un farsante charlatan.

PENSAMIENTOS MORALES

No puede reflexionarse sobre las costumbres, sin complacerse uno en recordarse la imagen de la sencillez de los tiempos primitivos. Es como una hermosa ribera adornada por solo las manos de la naturaleza, ácia la cual incesantemente se vuelven los ojos sintiendo un pesar en alejarse de ella.

La única leccion de moral que conviene á la infancia, y la mas importante á toda edad, es no hacer jamas daño á nadie. El mismo precepto de hacer bien es peligroso, falso y contradictorio, si no está subordinado á este. ¿Quién es el que no hace bien? Todo el mundo lo hace, asi el malo como los demas: hace un feliz á costa de cien miserables, y de aquí vienen todas nuestras calamidades. Las mas sublimes virtudes son negativas: son tambien las mas difíciles, porque son sin ostentacion y aun superiores al placer, tan dulce al corazon del hombre, de que otro se vaya contento de nosotros. ¡Oh, cuanto bien hace necesariamente á sus semejantes aquel de entre ellos, si hay alguno, que jamas les hace mal! ¡Que intrepidez de alma, que vigor de carácter necesita para esto! No racionando acerca de esta máxima, sino procurando practicarla, es como se conoce cuan grande y penoso es lograrlo.

El precepto de no dañar jamas á otro trae consigo el de estrecharse con la sociedad humana lo menos que sea posible; porque en el estado social el bien de uno constituye necesariamente el mal de otro. Esta relacion existe en la esencia de la cosa, y nada podria mudarla. Averigüese este principio: ¿cual es mejor, el hombre social ó el solitario? Un ilustre autor dice que el malo es el que vive solo, y yo digo que quien vive solo es el bueno: si esta proposicion

es menos sentenciosa, es mas verdadera y mejor razonada que la precedente. Si el malo estuviese solo, ¿que mal haria? En la sociedad es donde prepara sus máquinas para dañar á los demas.

Es necesario estudiar la sociedad por los hombres, y no los hombres por la sociedad; los que quieran tratar separadamente la política y la moral, jamas comprenderán ninguna de las dos. Dedicandose desde luego á las relaciones primitivas, se vé como deben ser afectados los hombres, y que pasiones deben nacer. Se vé que recíprocamente por el progreso de las pasiones estas relaciones se multiplican y se estrechan. La moderacion de los corazones hace á los hombres independientes y libres, mas bien que la fuerza de los brazos. Cualquiera que desea pocas cosas, depende de pocas personas; pero confundiendo nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, los que han hecho de estas últimas los fundamentos de la sociedad humana, han tomado siempre los efectos por las causas, y no han hecho otra cosa que estraviarse en sus razonamientos.

No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse por la esperiencia de otro, ó por la de uno mismo. En el caso en que es peligrosa esta esperiencia, en vez de hacerla uno mismo, se saca su leccion de la historia.

No vayamos á buscar en los libros principios y reglas que mas seguramente hallarémos dentro de nosotros mismos. Dejemos en ellos las vanas disputas de los filósofos sobre la felicidad y la virtud: empleemos en hacernos buenos y felices el tiempo que ellos pierden en buscar como debemos serlo; y propongamonos grandes ejemplos que imitar, mas bien que vanos sistemas que seguir.

Quien ha hecho por vivir de modo de no necesitar pensar en la muerte, la vé venir sin temor. Quien se duerme en el seno de su padre, no teme despertar.

Al oír las murmuraciones de los impacientes mortales, se diría que Dios les debe la recompensa ántes de contraer el mérito, y que está obligado á pagar anticipadamente su virtud. ¡Oh! seamos primero buenos, y despues serémos felices: no exijamos el premio ántes de la victoria, ni el salario ántes del trabajo. No en la lid, decia Plutarco,

son coronados los vencedores de nuestros juegos sagrados, sino despues que la han corrido.

El primer premio de la justicia es conocer que se practica.
La paz del alma consiste en el desprecio de todo lo que puede turbarla.

Si la razon constituye al hombre, la conciencia le dirige.

Las grandezas del mundo corrompen el alma; la indigencia la envilece.

Si la tristeza entenece al alma, una profunda afliccion la endurece.

Se pierde todo el tiempo que se puede emplear mejor.

Hacer un juramento criminal, es un segundo crimen.

¿Hay un estado permanente (en lo humano) destinado para el hombre? No, cuando todo se ha adquirido, es necesario perder; hasta el placer de la posesion se gasta por ella misma.

Las pesadumbres y las penas pueden tenerse por ventajas en cuanto impiden que se endurezca el corazon á las desgracias de otro: no se sabe que dulzura es la de enternecerse por sus propios males y por los de los demas. La sensibilidad introduce en el alma cierto contento de sí mismo, que es independiente de la fortuna y de los acaecimientos.

El país de las quimeras es en este mundo el único digno de ser habitado; y es tal la nada de las cosas humanas, que, fuera del ser existente por sí mismo, nada hay de bello sino lo que no lo es.

La pura moral esta tan cargada de obligaciones severas, que si se la recarga tambien de fórmulas indiferentes, casi siempre es á costa de lo esencial.

Nadie puede ser feliz si no goza de su propia estimacion.

Si la contemplacion de lo bello es el verdadero goce del alma, ¿como puede el malvado amarlo en otro, sin verse forzado á aborrecerse á sí mismo?

No hay asilo seguro sino aquel en que uno puede sustraerse á la vergüenza y al arrepentimiento.

Las malas máximas son peores que las malas acciones. Las pasiones desordenadas inspiran las malas acciones; pero las malas

máximas corrompen la misma razon y quitan todo recurso para volver al bien.

El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso: muchas veces hiere la mano que se sirve de él, y raramente hace bien sin mal.

El abuso del saber produce la incredulidad. Todo sabio desdeña la opinion vulgar: cada uno quiere tener una propia. La orgullosa filosofía conduce al espíritu fuerte, asi como la ciega devocion conduce al fanatismo.

El interes particular nos engaña: solo la esperanza de lo justo no engaña.

Tal es la suerte de la humanidad: la razon nos muestra el objeto, y las pasiones nos apartan de él.

Fuera de lo necesario físico, todo es origen de mal: la naturaleza solo nos da necesidades en demasía, y es muy grande imprudencia multiplicarlas sin necesidad y poner de este modo su alma en mayor dependencia.

El primer paso al vicio, es cubrir con el velo del misterio acciones inocentes: cualquiera que gusta de disfrazarse, tarde ó temprano tiene motivo para ello. Un solo precepto de moral puede valer por todos los demas, y es este: «No hagas ni digas jamas nada que no quieras que todo el mundo vea y entienda. » Por lo que á mí toca, siempre he mirado como el mas apreciable de los hombres á aquel Romano que queria se construyese su casa de modo que se viese todo lo que se hacia en ella.

El último grado de oprobio es perder con la inocencia el sentimiento que hacia amarla.

Hay objetos tan odiosos, que ni aun es permitido verlos á un hombre de honor: la indignacion de la virtud no puede soportar el espectáculo del vicio.

El sabio observa el desórden público que no puede impedir; le observa, y muestra en su semblante entristecido el dolor que le causa; pero en cuanto a los desórdenes particulares, se opone á ellos ó vuelve los ojos temiendo no se autoricen con su presencia.

Las ilusiones del orgullo son el origen de nuestros mayores males; pero la contemplacion de la miseria humana hace siempre moderado al sabio. Se mantiene en su puesto, no se agita por salir

de él, ni gasta inútilmente sus fuerzas para gozar de lo que no puede conservar; y empleandolas todas en poseer bien lo que tiene, es en efecto mas poderoso y rico de todo lo que desea menos que nosotros. ¡Ser mortal y perecedero! ¿Iré yo á formarme vínculos eternos sobre esta tierra en que todo muda ó pasa, y de la cual desapareceré mañana?

La paciencia es amarga, pero es dulce su fruto.

Es menester una alma sana para sentir los encantos del retiro.

Una alma sana puede hacer gustosas las ocupaciones comunes, como la salud del cuerpo hace gustosos los mas simples alimentos.

El entendimiento se estrecha á medida que el alma se corrompe.

Cualquiera que se avergüenza es ya culpable: la verdadera inocencia no se avergüenza de nada.

Todo lo que pertenece al hombre se resiente de su caducidad; todo es finito, todo pasajero en la vida humana, y aun cuando durase siempre el estado que nos hace felices, el hábito de gozar de él nos quitaría el gusto. Si fuera no muda nada, muda el corazon: la felicidad nos deja, ó la dejamos.

La injusticia y el fraude hallan muchas veces protectores, pero jamas tienen al público de su parte: en esto es donde la voz del pueblo es la voz del cielo.

PENSAMIENTOS DIVERSOS

Tantos libros de historia, de relaciones de viages, como se imprimen, nos hacen descuidar el libro del mundo, ó si todavía leemos en él, cada uno se atiende á su hoja.

No somos curiosos sino á proporcion que somos instruidos.

La ignorancia no es un obstáculo al bien ni al mal, es solamente el estado natural del hombre.

Jamas ha hecho mal la ignorancia: solo el error es funesto: no nos extraviamos porque no sabemos, sino porque creemos saber.

Naturalmente el hombre piensa poco. Pensar es un arte que se aprende como todos los demas, y aun mas difícilmente.

El estudio gasta la máquina, agota los espíritus, destruye la fuerza y adormece el valor; y esto solo demuestra que no es á propósito para nosotros.

Nada conserva mejor el hábito de reflexionar que el estar mas contento de sí mismo que de su fortuna.

Un tonto puede reflexionar alguna vez, pero siempre es despues de la tonteria.

PENSAMIENTOS DIVERSOS

Tantos libros de historia, de relaciones de viages, como se imprimen, nos hacen descuidar el libro del mundo, ó si todavía leemos en él, cada uno se atiende á su hoja.

No somos curiosos sino á proporcion que somos instruidos.

La ignorancia no es un obstáculo al bien ni al mal, es solamente el estado natural del hombre.

Jamas ha hecho mal la ignorancia: solo el error es funesto: no nos estraviamos porque no sabemos, sino porque creemos saber.

Naturalmente el hombre piensa poco. Pensar es un arte que se aprende como todos los demas, y aun mas difícilmente.

El estudio gasta la máquina, agota los espíritus, destruye la fuerza y adormece el valor; y esto solo demuestra que no es á propósito para nosotros.

Nada conserva mejor el hábito de reflexionar que el estar mas contento de sí mismo que de su fortuna.

Un tonto puede reflexionar alguna vez, pero siempre es despues de la tonteria.

Solo un geómetra y un tonto pueden hablar sin figuras.

La critica es una cosa bien cómoda; porque en lo que se ataca con una sola palabra se necesitan páginas para defenderse.

Pocas frases hay que aislandolas no se puedan hacer absurdas. Siempre ha sido esta faena el talento de los criticos de poco mérito, ó envidiosos.

Hay una nobleza de estilo que no siendo natural en nadie nace por sí misma, é indica la pretension de quien se sirve de ella.

Todo observador que se precia de talento es sospechoso. Puede sin pensar en ello sacrificar la verdad de las cosas al brillo de los pensamientos, y dar valor á las frases á costa de la justicia.

Hay cierto unísono en las almas, que al instante se percibe, y que muy luego produce la familiaridad.

El pensar varonil de las almas fuertes las da un idioma particular: las almas comunes no poseen la gramática de esta lengua.

El mas tardío en prometer es el mas fiel en cumplir.

Es un medio excelente de ver bien las consecuencias de las cosas, el sentir vivamente
mente todos los riesgos que nos hacen correr.

El misterio ha sabido alguna vez correr su velo en el seno de la alegre turbulencia y de la magnificencia de los festines.

La glotonería es el vicio de los corazones sin talento.

A todo se puede resistir menos á la benevolencia; no hay medio mas seguro de grangearse el afecto de los demas, que darles el suyo.

¡Que absurdos dicen aquellos que nos exhortan á que hagamos lo que dicen y no lo que hacen! Quien no sabe lo que dice, jamas lo dice bien; porque falta el lenguaje del corazon que mueve y persuade.

Los corazones á quienes inflama un fuego celeste hallan en sus propios sentimientos una especie de deleite puro y delicioso, independiente de la fortuna y del resto del universo.

Los consuelos indiscretos solo sirven para aumentar las violentas aflicciones.

La continuidad de los males es la que hace insoportable su peso, y el alma resiste mucho mas fácilmente á los vivos dolores que á la tristeza prolongada.

Un corazon enfermo casi no puede escuchar la razon sino por el órgano del sentimiento.

Cuando el amor se insinua en lo íntimo del alma, es bien difícil echarle de ella: se fortalece, y penetran sus rayos como una agua fuerte y corrosiva.

Un corazon lánguido es tierno: la tristeza hace que fermente el amor.

La florida algarabía del galanteo está mucho mas distante del sentimiento, que el tono mas sencillo que pueda tomarse.

Alabar a uno en su cara, á menos que no sea á su querida, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad?

Todo el mundo está lleno de esos mandrias que buscan, como se dice, el modo de tantear su hombre, es decir, descubrir alguno que sea mas mandria que ellos, y á costa del cual puedan hacerse valer.

Jamas nos fastidiamos de nuestro estado cuando no conocemos otro mas agradable. De todos los hombres del mundo los selvages son los menos curiosos: todo les es indiferente: no gozan de las cosas, sino de ellos mismos: pasan su vida en holgar, y jamas se fastidian.

El hombre de mundo está todo en su exterior

como no está casi nunca dentro de sí mismo, es siempre extraño, y está incomodado cuando se le obliga á entrar. Lo que es no es nada; lo que *parece* es todo para él.

El estudiante va á aprender el estilo del mundo á las salas doradas; pero el sabio aprende los misterios en la cabaña del pobre.

Una de las cosas que hacen mas inútiles las predicaciones, es que se hacen indiferentemente á todo el mundo, sin discernimiento y sin eleccion. ¿Como puede pensarse que el mismo sermon convenga á tantos oyentes, tan diversamente dispuestos, tan diferentes en talento, en genios, en edad, en sexo y opiniones? ^[1] Quizá no hay dos á los cuales pueda convenir lo que se les dice, y todas nuestras afecciones son tan poco constantes, que no hay quizá dos momentos en la vida de cada hombre, en que un mismo discurso haga sobre él la misma impresion.

Se prodigan las recompensas al genio y al talento despejado, y á la virtud no se le hace obsequio alguno. Hay mil premios para los bellos discursos, ninguno para las bellas acciones.

La libertad no está en ninguna forma de gobierno, está en el corazon del hombre libre: la lleva consigo á todas partes, asi como el hombre vil lleva la servidumbre.

El genio maléfico de la propiedad infecta todo lo que toca.

No hay asociacion mas comun que la del fausto y la sórdida mezquindad.

En todas partes donde se sustituye lo útil á lo agradable, gana casi siempre lo agradable.

¿Tuvo jamas grandes virtudes el hombre sin defectos?

Los hombres en el norte consumen mucho sobre un suelo ingrato; en el mediodía consumen poco sobre un suelo fértil. De aquí nace una diferencia que hace á los unos laboriosos, y contemplativos á los otros. La sociedad nos ofrece en el mismo caso la imágen de esta diferencia en los pobres y los ricos: los primeros habitan el suelo ingrato, los segundos el pais fértil.

Jamas he visto un hombre que teniendo nobleza de ánimo la muestre en su semblante: esta afectacion es mas propia á las almas envilecidas y vanas.

El mejor matrimonio espone á casualidades; y asi como una agua pura y tranquila empieza á agitarse cuando se acerca la tempestad, asi un corazon tímido y casto no vé sin algun temor la próxima mudanza de su estado.

Una buena madre se alimenta para alimentar á sus hijos, asi como la paloma ablanda en el estómago el grano con que quiere alimentar á sus tiernos pichoncillos.

Hay trabajo y no gusto en turbar el órden de la naturaleza, arrancandola producciones involuntarias que da con dolor en su maldicion, y que no teniendo ni calidad ni sabor, no pueden alimentar el estómago, ni lisonjear el paladar. Solo á costa de grandes gastos en sus hornos y estufas, logra un rico de Paris tener en su mesa malas legumbres y peores frutas de otro tiempo. Si yo tuviese cerezas cuando huela, y melones en el rigor del invierno, ¿con que placer los gustaria yo cuando mi paladar no necesita ser humedecido ni refrescado? ¿Me seria muy agradable en los ardores de la canícula la pesada castaña? ¿La preferiria, saliendo de la estufa, á la grosella, á la fresa, y á otros frutos á propósito para refrescarme y apagar

mi sed, que se me presentan sobre la tierra sin tantos cuidados ni fatigas? Cubrir su chimenea de vegetaciones forzadas, de flores pálidas y sin olor, es menos adornar el invierno, que quitar parte de su hermosura á la primavera; es quitarse el placer de ir al bosque á

coger la primera violeta, á observar el primer pimpollo, y esclamar en un transporte de alegría: ¡Mortales, no estais abandonados, aun vive la naturaleza!

¡Cuántas puertas de personas ilustres tienen suizos (ó porteros) que solo entienden por ademanes ó figuras, y cuyos oidos estan en sus manos!

El espectáculo del mundo, decía Pítagoras, se parece al de los juegos olímpicos. Unos tienen tienda en él, y solo piensan en su provecho; otros pagan con su persona y buscan la gloria; y otros se contentan con ver los juegos, y estos no son los peores.

Los Orientales, aunque muy voluptuosos, todos estan alojados, y sus casas amuebladas muy sencillamente: miran la vida como un viage, y su casa como una posada. Esta razon tiene poca fuerza sobre los ricos que se disponen para vivir siempre.

La caza endurece el corazon asi como el cuerpo; acostumbra á la sangre y á la crueldad. Se hace á Diana enemiga del amor, y la alegoria es justa; la languidez del amor solo nace en un dulce reposo; un ejercicio violento ahoga los sentimientos tiernos. El amante y el cazador se afectan tan diversamente en los bosques y en los lugares campestres, que sobre unos mismos objetos forman imágenes del todo diferentes. Las frescas sombras, los bosques, los dulces asilos del primero, solo son para el otro pastos de ciervos, espesuras y mansiones de liebres; donde el uno no oye mas que al ruiseñor y gorgoros de las aves, el otro se figura oír bocinas y ladridos de perros; el uno solo imagina Driadas y Ninfas, y el otro cazadores, caballos, y traillas de galgos.

El abuso del tocador no es lo que se piensa; procede mas bien de aburrimiento que de vanidad. No ignora una muger que pasa seis horas ataviandose, que no sale mejor puesta que una que solo ha gastado media hora; pero es tiempo ganado contra la inaguantable largura del día, y vale mas divertirse consigo que fastidiarse con todo.

Se cree que la fisonomía no es mas que un simple desarrollo de los rasgos ya marcados

por la naturaleza. Yo por mí pensaría que además de este desarrollo las facciones del hombre llegan insensiblemente á formarse, y tomar fisonomía por la impresion frecuente y habitual de ciertas afecciones del alma; estas afecciones se notan en la cara, nada es mas cierto; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en ella impresiones duraderas. He aquí como yo concibo que la fisonomía anuncia el carácter, y que algunas veces se puede juzgar del uno por la otra, sin ir á buscar esplicaciones misteriosas que suponen conocimientos que no tenemos.

Para vivir en el mundo, es menester saber tratar á los hombres, conocer los instrumentos que obran sobre ellos, calcular la accion y reaccion del interes particular en la sociedad civil, y prever tan exactamente los sucesos, que raramente nos engaitemos en las empresas, ó que á lo menos hayamos tomado siempre los mejores medios para conseguir el éxito que deseamos.

Como los hombres tienen tan diversas ideas, no se afectan todos del mismo modo: lo que parece evidente á uno no parece mas que probable á otro; el uno solo se mueve

por un género de pruebas, y el otro por otro género diferente: todos pueden convenir alguna vez en las mismas cosas, pero es muy raro que convengan en ellas por las mismas razones; lo que muestra cuan insensata es la disputa en sí misma: tanto valdria querer obligar á otro á ver por nuestros ojos.

Cada edad tiene sus resortes que la hacen mover; pero el hombre siempre es el mismo. A los diez años se le gobierna por un bollo, á los veinte por una querida, á los treinta por los placeres, á los cuarenta por la ambicion, y á los cincuenta por la avaricia. ¡Cuando anhelará solo la sabiduría!

Si pudiésemos prolongar la felicidad del amor en el matrimonio, tendríamos el paraíso en la tierra.

Es muy difícil que un estado tan contrario á la naturaleza como el celibato, no arrastre á algun desórden público o secreto. Es dificultoso huir del enemigo que se lleva consigo.

El tiempo pierde su medida para nosotros cuando nuestras pasiones quieren arreglar su curso á su voluntad. El reloj del sabio

es la igualdad de genio y la paz del alma; siempre está en su hora, siempre la conoce.

El mejor modo de juzgar de nuestras lecturas es sondear la disposición en que dejan nuestra alma. ¿Que especie de bondad puede tener un libro que no conduce á sus lectores al bien?

FIN

1. ↑. Prescindiendo de que en nuestra España no hay mas opinion que una (esto es tratandose de las religiosas), como que no se tolera otra religion que la católica, esta máxima del autor debe mirarse como un sofisma. En primer lugar, se ve que no son inútiles los sermones, como quiere suponer, pues que de ellos resulta á la sociedad en general mas bien que mal (y esto solo basta para hacer útil cualquiera cosa), cual es reformar las costumbres, á inspirar amor á la virtud por medio de los ejemplos que de ella se dan, y las máximas morales que contienen, para que el hombre arregle á ellas su conducta y sus acciones; y en segundo, si no se hablase al pueblo congregado, ¿como se propagarían las luces, como se darían á conocer las sublimes verdades de nuestra religion santa, si por sus ministros no se instruyese de ellas á este mismo pueblo sencillo é ignorante por medio de los sermones y pláticas doctrinales, que si no hacen efecto en dos o tres corazones corrompidos por el vicio (bien que estos no asisten á ellos), lo hacen generalmente en todas las almas buenas y sensibles que los oyen? ¿Y cuantas veces los sermones morales, fundados

únicamente en el evangelio, sin distracciones ajenas de él, han producido las mas bellas acciones, el destierro de los odios, la reconciliacion de enemigos eternos, el perdon de las injurias, los actos mas heroicos de piedad, los rasgos mas eminentes de amor á la patria, y las virtudes mas sublimes? Creo que Rousseau no desmentiría esta verdad tan acreditada por la experiencia de los siglos. (*Nota del traductor.*)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

SOBRE ESTA EDICIÓN ELECTRÓNICA

Este libro electrónico proviene de la versión en español de la biblioteca digital [Wikisource](#)^[1]. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Lo proporcionamos de manera gratuita gracias a que los textos utilizados son libres de derechos o están bajo licencia libre. Puede utilizar nuestros libros electrónicos de manera totalmente libre, con finalidades comerciales o no, respetando las cláusulas de la licencia [Creative Commons BY-SA 3.0](#)^[2] o, según sea, de la licencia [GNU FDL](#)^[3].

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en [esta dirección](#)^[4].

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:

- Caronte10
- Shooke
- LadyInGrey
- Freddy eduardo

- 201.255.229.46
- 191.89.86.214



1. [↑_https://es.wikisource.org](https://es.wikisource.org)
2. [↑_https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es)
3. [↑_https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html](https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html)
4. [↑_https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error](https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error)

1. [Título](#)
2. [Pensamientos \(Rousseau\)](#)
3. [Placeres, Diversiones](#)
4. [Teatro](#)
5. [Tragedia](#)
6. [Comedia](#)
7. [Cómicos, Cómicas](#)
8. [Música](#)
9. [Asambleas, ó reuniones de baile](#)
10. [Dibujo](#)
11. [Conversacion, Urbanidad, Arte de gobernar la casa](#)
12. [Juego](#)
13. [Amos y Criados](#)
14. [El campo](#)
15. [Pintura de la salida del Sol](#)
16. [Historia](#)
17. [Novelas](#)
18. [Viages](#)
19. [Sátira del siglo presente](#)
20. [Hombre](#)
21. [Estudio del hombre](#)
22. [Libertad del hombre](#)
23. [Naturaleza del hombre, Inmaterialidad del alma](#)
24. [Razon](#)
25. [Entendimiento del hombre](#)
26. [Grandeza del hombre](#)
27. [Debilidad del hombre](#)
28. [Sabiduría humana](#)
29. [Hombre salvaje](#)
30. [Hombre civilizado](#)
31. [Diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje](#)
32. [El hombre comparado con el animal](#)
33. [Muger](#)
34. [Jóvenes solteras](#)
35. [Sociedad conyugal](#)
36. [Obligaciones de las madres](#)